LA CARRETA

ENRIQUE AMORIM



TERCERA EDICION

LA CARRETA

OBRAS DEL AUTOR

Veinte Años, versos, 1920.

Amorim, cuentos.

Tangarupá, novela. (Tercera Edición).

Horizontes y Bocacalles, cuentos.

Tráfico, notas de la ciudad.

La trampa del pajonal, cuentos.

Visitas al Cielo, poesías.

Del 1 al 6, cuentos, 1932.

La Carreta, 1932. (Primera y Segunda Edición).

ENRIQUE AMORIM

LA CARRETA

NOVELA DE QUITANDERAS Y VAGABUNDOS

Tercera Edición

Comentarios de Daniel Granada, Roberto J. Payró, Silva Valdés y Martiniano Leguizamón.

EDICIONES TRIANGULO
BUENOS AIRES
1933

Talleres Gráficos Argentinos, L. J. Rosso, Doblas 955

CAPITULO I

Matacabayo había encarado los principales actos de su vida como quien enciende un cigarrillo cara al viento: la primera vez, sin grandes precauciones; la segunda, con cierto cuidado y, la tercera,—el fósforo no debía apagarse — de espaldas al viento y protegido por ambas manos.

Llegaba la tercera oportunidad.

Viudo, con un casal "a la cola", se dejaba estar en el pueblucho de Tacuaras.

En sus andanzas había aprendido de memoria los caminos, picadas y vericuetos, por donde se puede llegar a Cuareim. Cabellos, Mataperros, Masoller, Tres Cruces, Belén o Saucedo. Y en todos lados — boliches, pulperías y estanzuelas — se hablaba demasiado de sus fuerzas. Demasiado porque, menguadas a raíz de una reciente enfermedad, Matacabayo "no era el de antes".

El tifus que lo había tenido "panza arriba" un par de meses, le trajo consigo una debilidad sospechosa. No era el mismo. Tenía un humor de suegra y ya no le daba por probar su fuerza, con bárbaros golpes de puño en las cabezas de los mancarrones.

El día que ganó su apodo ganó también un potro. Necesitaba lonja y recurrió a un estanciero, quien le ofreció el equino si lo mataba de un puñetazo. De la estancia se volvió con un cuero de potro y un apodo. Este último le quedó para siempre. Y aquella vez se alejó ufano, como era, por otra parte, su costumbre. Ufano de sus brazos musculosos, que aparecían invariablemente como ajustados por las mangas de sus ropas. Las pilchas le andaban chicas. Espaldas de hombros altos; greñosa la cabellera renegrida, rebelde bajo el sombrero que nunca estuvo proporcionado con su cuerpo; las manoplas caídas, como si le pesasen en la punta de los brazos; el paso lento y firme de sus piernas arqueadas de tanto domar, y su mirada oculta bajo el ala, habían hecho de Matacabayo un personaje singular en varias leguas a la redonda de Tacuaras.

Hombre malicioso, estaba siempre decidido a la apuesta, para no permitir que

alguien tuviese dudas de su fortaleza, ni se pusiese en tela de juicio su capacidad. La pulseada era su débil y no quedó gaucho grandote sin probar. Los mostradores de las pulperías ya habían crujido todos bajo el peso de su puño, doblando a los hombres capaces de medirse con él. Andaban por los almacenes, un pedazo de hierro que había doblado Matacabayo y una moneda de a peso, hecha un arca con los dientes.

Pacífico y de positiva confianza, los patrones le admiraban y teníanle en cuenta para los trabajos de importancia. Durante mucho tiempo los caminantes que pasaban por Tacuaras preguntaban por él en los boliches y seguían contentos, después de ver el pedazo de hierro, la moneda arqueada y trabar conocimiento con "el mentao".

Pero no le duró lo que era de desear la fama de vigoroso. De todo su pasado sólo era realidad el mote. Una traidora enfermedad le había hecho engordar y perder su célebre vigor. Ya no despachaba para el otro mundo ni potros, ni mancarrones, pero algo aprendió en la cama... Aprendió a querer a sus crías. Miraba con ojos que lamían a su hija Álcira. Y a Chiquiño, el "gurí", no le perdía pisada. Debía encaminarlo, cuando

se alzaba en sus quince años bien plantados.

El recuerdo de su primera mujer no lo visitaba jamás. "Ni en pesadilla me visita la finada", solía decir. De ella le quedaban los dos hijos, como dos sobrantes del tiempo pasado. Su segunda mujer, Casilda, era una chinota desdentada, flaca, macilenta. Presentábale con razón o sin ella, diarias batallas. En cambio, era suave y zalamera con los hijastros, de quienes esperaba la alianza necesaria para vencer a su marido. Casilda se había encariñado con las criaturas, pero comprendía cuán lejos estaban las posibilidades de descargar contra su enemigo el asco que le inspiraba. Lo había fomentado infructuosamente en los hijos. Ellos renegaban de su madrasta, sobre todo el "gurí", quien tenía una admiración estúpida por las fuerzas de su padre.

Ubicado estratégicamente a la entrada del pueblo, por la puerta de su rancho cruzaba el camino. Ya bajo la enramada haciendo lonjas, o sentado junto al tronco de un paraíso, se le veía invariablemente trabajar en algún apero. A su alrededor iban y venían las gallinas y los perros. Unas y otros apartábanse cuando pasaba la menuda Alcira con el mate. Las famélicas

gallinas corrían allí donde Matacabayo arrojase el sobrante de yerba o el escupitajo verdoso. Y los perros, de tanto en tanto, venían a mirarle de cerca, como intrigados por el trabajo. A veces, una maldición echada al viento, como consecuencia de la ruptura de una lesna, atraía a los perros, atentos a su voz cavernosa.

Trabajaba sin cesar. Tan sólo hacía paréntesis para encender el pucho apagado, escupir y bajar de nuevo la cabeza.

Siempre había arreos para componer. Como estaba instalado a la entrada del pueblo, apenas llegaban los carreros le traían tiros rotos en el camino. Fácil era apreciar a la distancia el estado de los callejones. Manchones negros o parduzcos salpicaban el verde de los campos empastados. Los malos pasos se podían ver desde su rancho. Y en oportunidades hasta contemplar la lucha de los carreros empantanados.

Matacabayo estaba convencido que no había nadie como él para componer los tiros rotos y las cinchas y cuartas reventadas en el violento esfuerzo de los animales.

Fué explotador de aquel pantano, pero descubierta su treta, se resignó a usufruc-

tuarlo en sus consecuencias, más que en el propio accidente.

Cuando veía repechar una carreta, esperaba el paso de los conductores para ofrecerse. Así hizo relación y conoció a los "pruebistas" de un circo que marchaban hacia el pueblo vecino. Los vió venir en dos carros tirados por mulas. Los vió caer en el mal paso, encajándose uno tras otro en el ojo del pantano. "Peludiaron" desde las nueve de la mañana hasta la entrada del sol. Fué aquello un reventar de animales, de cinchas, de cuartas, de sobeos.

Como no se acercaban a pedir ayuda, no se molestó en ir a su encuentro. Por ello dedujo de que se trataba de gente pobre y forastera. Se las querían arreglar solos por lo visto.

De las once en adelante se abrió el cielo y cayó vertical un sol abrasador. Los accidentados viajeros no tomaron descanso hasta pasadas las doce, cuando, puesto en salvo el carretón mayor, pudieron pensar en el almuerzo.

Entre pitada y pitada, Matacabayo siguió cuidadosamente el andar de los forasteros. No se le pasó por alto el ir y venir de dos o tres figuras de colores. Al parecer, venían

mujeres en los carretones. Y su impaciencia se calmó al ver a los viandantes trepar la cuesta.

Rechinantes ejes, fatigosas bestias, llantas flojas que, al chocar con las piedras del camino, hacían un ruido por el cual fácil era deducir lo desvencijados que venían los vehículos.

Ladraron sus perros y Matacabayo levantó la cabeza de su trabajo. Clavó la lesna en un marlo de choclo y, como hombre preparado a recibir visitas — seguro del pedido de auxilio —, colocó tras de la oreja su apagado pucho de chala.

Se abalanzaron sus perros, saliendo desafiantes al camino. Pasaba la caravana de forasteros y, cuando Matacabayo comprendió que seguían de largo, se adelantó y les hizo señas. Detuvieron su paso los carros, envueltos en una nube de polvo. Las mujeres que en ellos viajaban se taparon la boca con pañuelos de colores. A Matacabayo le pareció que le sonreían y dió pasto a sus ojos mirando con interés aquel racimo de mujeres. Poco le costó convencer al mayoral de su destreza en componer tiros, arreos reventados, cualquier trabajo de "güasca". Cargó con los que pudo, prometiendo ir a

buscar los restantes en uso aún sobre las bestias. Al arrancar los carros, Matacabayo quedó apoyado a un poste del alambrado, acomodando sobre sus hombros los arreos a reparar.

Vió alejarse la caravana de forasteros y le llamó la atención un hermoso caballo de blanco pelaje que seguía a los carros.

En la culata de uno de los vehículos, con las piernas al aire, iban cuatro mujeres. Le saludaron con los pañuelos, cuando estuvieron a cierta distancia. Parecían ir muy contentas. Aquella alegría inusitada, le chocó a Matacabayo, quien al girar los talones para regresar a su rancho vió enmarcada en la ventana, con ojos condenatorios, a Casilda. Su mujer había visto la escena de despedida.

* * *

Un día el pulpero le dijo:

— Mata, te veo montar en mal caballo. Sin estribos, al parecer.

Matacabayo — solían llamarlo, más brevemente Mata — comprendió la alusión. Vivía acosado por los amigos:

— No descuidés tu trabajo, Mata, pa ayu-

dar a esa gentuza... Son pior que gitanos de disagradecidos.

El experto en "güascas" había abandonado su labor habitual, para inmiscuirse en los asuntos del circo. Amontonados en su cuartucho, estaban cabezadas, frenos y arreos de varias estancias vecinas. El nuevo negocio bien valía la pena de dejar a un lado el trabajo lento de hacer un lazo. Aquel circo de pruebas en la miseria, con sus carretones destartalados, iba a "clavar el pico" allí. No era posible de que saliesen de aquel atolladero de deudas, envidias y rencores viejos. El caso era sacarle partido al derrumbe. De todas aquellas tablas podridas, de todas aquellas raídas lonas y hierros herrumbrados podría surgir una nueva empresa. Se diría que le iba tomando cariño a los restantes cuatro trastos.

Como su actividad no menguaba, el hombre iba de un lado para otro, dentro del circo. Era la persona servicial, el hombre oportuno y solícito. Entraba en el carretón y no dejaba de dar charla a las cuatro mujeres que formaban la población femenina. Dos rubias, "Hermanas Felipe", amazonas; una italiana obesa y cierta criolla, llamada Secundina, mujer cincuentona, rozagante y

hábil, la cual terciaba aquí y allá, distribuyendo la tarea. Hacía en el circo el papel de "capataza" y, al parecer, no tenía compromiso alguno con los hombres de aquella comparsa.

Matacabayo puso sus hijos a disposición del circo. El director, Don Pedro, era un hombre raro, indiferente y hosco. Comprendiendo el estado calamitoso de la empresa, apenas si ponía interés en que no le engañasen en la administración y el reparto de los beneficios. Se decía en el pueblo que era el amante de una de las amazonas. Pero él se mostraba indiferente.

¿Que faltaba algo? Don Pedro encendía su pipa y prometía arreglar lo que no arreglaba nunca. Sin nacionalidad definida, dominaba dos o tres lenguas, maldiciendo en francés gutural y hablando en un italiano del Sur, "al flaco Sebastián", el boletero, quien representaba la inquietud encerrado en la taquilla. Este se lo pasaba vociferando, echando maldiciones. Pero nadie le hacía caso, a excepción hecha de la segunda amazona, hermana de la supuesta mujer de Don Pedro.

Kaliso, que así se llamaba el italiano "forzudo" del circo, vivía con los pies en

un charco de barro. Sus enormes pies sufrían al aire seco. Traía a su mujer y un oso. Ella, una sumisa italiana, y él — el oso — una apacible bestia. Formaban una familia. Comían juntos los mismos platos. Deliberaban poco y cuando lo hacían el oso subrayaba las palabras con su hocico, rozando la pared de madera de la jaula, con su balanceo idiota de animal mecánico.

Kaliso también se mostraba indiferente. Cuando se encolerizaba era al recordar cierta suma de dinero prestada a los que habían quedado presos, "los tres del trapecio", unos borrachos empedernidos. Al dueño del oso poco le interesaba la suerte del circo. Sabía que con su oso y la mujer, haciendo de gitanos, podían ir "echando la suerte por los caminos". Además, dada su vida económica, rayana en la avaricia, habían juntado algunos pesos. A Kaliso le tenían sin cuidado los preparativos de la primera función. Una vez levantadas las gradas entraría con su oso y asunto terminado.

Las amazonas, "Hermanas Felipe", no podían llevarse de acuerdo. En una la tranquilidad era efectiva. En la otra, la compañera del boletero, había preocupaciones y razones serias para no saltar muy a gusto

sobre las ancas de los caballos... El boletero sacaba muy poco partido de la función y se le debía dinero.

Las autoridades del pueblo les cobraban una suma absurda por el alquiler de la plazuela, pretextando que allí pastoreaba la caballada de la comisaría y que, al ser ocupado el campo por el circo, debían apacentar las bestias en prados ajenos. Don Pedro, el director, dispuso que se cobrase un tanto a las chinas pasteleras que desearan vender sus mercaderías en los intervalos de la función. Se trataba de una suma insignificante. Pero, al saberlo, el comisario impidió que se cometiese ese atentado a la libertad de comerciar de la pobre gente.

Aquello puso de mal talante a Don Pedro. Estuvo a punto de renunciar el contrato por cinco funciones. Contaba con la rentita que le podían producir aquel alquiler de los contornos del circo. Se sumaron a este contratiempo, seis u ocho más. Entre ellos, la repentina dolencia de Secundina, la chinota con quien se entendía Matacabayo para ordenar el trajín del circo.

Secundina, la criolla, tenía un carácter temerario. Desde su llegada marchó de acuerdo con Matacabayo. Por ella supo el

hombre los pormenores de la compañía. Don Pedro, en realidad, comprendía el fracaso. Solamente se ponía de malhumor si la contrariaban y, sobre todo, cuando lidiaba con las autoridades.

Como buen sujeto sin nacionalidad definida, odiaba a todas las razas. Le repugnaban los criollos y hablaba mal de los "gringos". Preocupábanle las resoluciones del italiano. Este era la atracción más importante y atrayente en el circo, desaparecidos los "hermanos del trapecio".

Matacabayo por Secundina lo supo todo. Adivinó también que la mujer le admiraba con una pasividad de hembra aplastada. Y, para Matacabayo, el espectáculo de la salud física de Secundina era una fuerte sugestión. Así que, cuando después del almuerzo se puso mal, con unos cólicos terribles, Matacabayo hizo ir a la cabecera de su cama — cueros y mantas en el piso del carretón — a su hija Alcira. Allí la tuvo, horas y horas, alcanzando agua y cuidando en los más mínimos detalles el bienestar de la enferma. Mientras tanto, Matacabayo enviaba su hijo al otro lado del río por unas yerbas medicinales.

Los días se habían acortado. Amenazador,

se avecinaba el invierno. A las siete de la tarde, los campos ya tomaban ese color verde oscuro que hace más húmeda y profunda la noche.

Sentado en unas piedras de la ribera, Matacabayo veía desnudar a su hijo. El muchacho, detrás de unas matas raleadas por las primeras heladas y la escarcha, íbase quitando resueltamente las prendas. Un gozo bárbaro, un temblor corría por las jóvenes carnes del muchacho. Se frotó los brazos, bajó a la ribera y entró en el agua. Con ella a las rodillas, mojó sus cabellos y, sin darse vuelta, resueltamente, tendió su vigoroso cuerpo en las hondas. A las primeras braceadas, dijo su padre, animándole:

— ¡Lindo, Chiquiño! — y encendió un pucho apagado.

Entre el ramaje se oyeron unos pasos. Volvió la cabeza Matacabayo y vió la figura menuda de su hija, dando saltos y apartando ramas.

— ¿Qué venís hacer? — la interpeló con violencia.

— La Secundina grita mucho, tata — dijo, deteniéndose repentinamente.

— ¡Vaya pa ya, le digo! — gritó el padre,

poniéndose de pie. — ¡No se mueva de la cabecera canejo!

La chica dió media vuelta y salió corriendo. Cuando su padre la trataba de "usted" ya sabía ella que había que obedecer de inmediato, "sin palabrita".

Matacabayo puso oído atento. Ya no se veía con claridad, pero fácil era percibir las brazadas de su hijo, como golpes de remos. Parecía contarlas con la cabeza gacha y la mirada fija en las piedras de la ribera.

Un silencio salvaje salía del boscaje, se alzaba del río, iba por los campos. Inmóvil el agua en la superficie, era signo de una seria correntada en lo profundo.

El río, de un ancho de trescientos metros de orilla a orilla, comenzaba a reflejar las primeras estrellas. Algunas luces de la otra costa cambiaban de sitio. Fijo los ojos en ella, Mata aguardaba a su hijo.

Se fué corriendo el nudo de las sombras y la noche se hizo cerrada y fría. El silencio se apretó más aun. Matacabayo hubiese querido escuchar dos cosas a un mismo tiempo: La voz de Secundina, quejándose, y las brazadas de Chiquiño al lanzarse al agua de regreso. Pero la primera señal del regreso de su hijo, fué una leve ola que

sacudió los camalotes. La ondulación del agua y luego los golpes de remo de los brazos. Se oyó la respiración fatigosa del muchacho. Matacabayo gritó, para indicarle el puerto de arribo. Y aguardó.

No era fácil oir con claridad los golpes en el agua. No se acercaban tan rápidamente como para diferenciarlos de los golpes del oleaje en las piedras de la orilla. Por momentos el viento parecía alejarlos. Mata temió que su hijo errase el puerto y lanzó un largo grito. El eco abarajó la voz y se la llevó por los barrancos. Aguardó luego unos instantes. No podía demorar tanto. Cuando vió entre las sombras inclinarse los camalotes como un bote que se tumba, dió un salto y cayó entre la maleza. Puso oído atento. Un chapaleo de barro venía de su derecha. Se inclinó y pudo distinguir a pocos metros el cuerpo de su hijo, tendido entre los camalotes. Corrió a socorrerlo.

Desmayado de cansancio, en completa extenuación, Chiquiño apenas había podido llegar a la costa. En la nuca traía atada una bolsita con las yerbas medicinales.

Apretado contra su pecho, Matacabayo tuvo el cuerpo inánime de su hijo. La reacción fué rápida. Frotándole los brazos, gol-

peándole en la espalda, al cabo de unos instantes el „gurí" comenzaba a vestirse. Cuando su hijo pudo hacerlo solo, Matacabayo se alejó para dar lumbre a su pucho de chala. El primer fósforo se le apagó al encenderlo. Corrió igual suerte el segundo, próximo a la boca. Pero se puso de espaldas al viento, protegiendo el fósforo con ambas manos, hasta quemarse los dedos, cuando la tercera tentativa. Y, el pucho de chala se encendíó, iuminando su rostro viril.

* * *

Padre e hijo andaban silenciosos camino al poblado. El primero, con su lío de yerbas medicinales. Chiquiño, frotándose los brazos como si tuviese frío. Subían y bajaban los barrancos, alígeros, sin hablarse, bajo un cielo cuajado de estrellas. Los animales les miraban pasar, e indiferentes seguían pastando. Los descalzos pies del „gurí", no se sentían al andar y eran las espuelas de Matacabayo que marcaban los pasos como avivando la marcha. Uno adelante, el otro atrás, rezagado, o a respetuosa distancia. Vadearon un pequeño paso, salvaron un barranco, traspasaron un alambrado.

Silenciosos como si fuesen a cumplir un rito. A retaguardia el hijo, se envalentonaba con su hazaña. Era él quien había cruzado el ancho río a fin de traer la medicina para la mujer que su padre perseguía. Se sentía hombre, varón útil y capaz, y el silencio íbale dilatando su propia hazaña. Aceleraron el paso cuando vieron las primeras luces. Y, ya el uno al lado del otro, se dirigieron hacia el carretón con el mismo aplomo en el andar, con idéntico impulso en la marcha. Al pasar frente a los primeros ranchos y bajo las miradas de algunos curiosos, Chiquiño sintió por primera vez que era tan hombre como su padre y capaz de hacer algo por una mujer. Sacó el pecho al andar, respiró hondo y pegado a Matacabayo, enfrentó la carreta.

CAPITULO II

Si bajo el amplio toldo agonizaba el circo, fuera, con virulencia de feria provechosa, ardía el paisanaje. La pandereta de Kaliso, en el redondel, hacía danzar el oso. El tambor de destemplado parche anunciaba la proeza de las Hermanas Felipe. Repetidos saltos y desdeñados ejercicios, ponían fin a la función. En una atmósfera de indiferencia, el clima del fracaso provocaba bostezos exagerados con intención derrotista.

Triunfaba, en cambio, el espectáculo gratuito, sin pretensiones y con alcohol abundante. Las carpas atraían público y numerosa clientela. Chinas pasteleras, vendedoras de fritanga y confituras, armaban alboroto alrededor del circo. Las inmediaciones de la toldería era recorrida por un gentío abigarrado de chiquillos, de chinas alegres y fumadores dicharacheros. Abundaban: ra-

padura, ticholo, tabaco y caninha — frutos del contrabando de la frontera del Brasil — endulzando bocas femeninas, aromando el aire y templando las gargantas. Terminada la función, la música empezaba con brío alrededor de algunos fogones nerviosos de llama verde y risotadas de ebrios.

Bajo las carpas corría el mate, cambiaban de sitio las mujeres, se acomodaban los hombres parsimoniosos, cigarrillo de chala a la boca, forrado cinto a la cintura.

El comisario, Don Nicomedes, ignoraba el truco y el monte que bajo cierta carpa se escondía. El comisario era un hombre obeso, gran comilón, de excelente carácter, pero enérgico. Cuando „se le volaban los pájaros" no había fuerza capaz de contenerle. De su labio inferior caído le colgaba una sonrisa peligrosa. No era hombre de dejarse llevar por delante, pero sí de tolerancia ponderada y amigo de hacer vista gorda. Le agradaba contemporizar con las gentes de toda calaña. Completamente rasurada su carota de mofletudas mejillas, aquella particularidad le daba un aire de buen comerciante tranquilo. En su arreglo, escrupulosamente cuidado de la cintura para arriba, se manifestaba su carácter donjuanesco, el

cual le hacía simpático a los ojos de todo el mundo.

Bajo aquellas lonas que entraban en su jurisdicción ardía un entusiasmo sano, todo él salpicado de dicharachos, blasfemias y promesas, farsa que divertía al comisario. Don Nicomedes parecía sentirse honrado de tener bajo su vista un movimiento de entusiasmo tan singular. La modorra acostumbrada, para su carácter jocoso, era como una afrenta. De manera que el circo gozaba de su particular simpatía. Veía con buenos ojos el alboroto de las pasteleras y se dejó llevar por el trato zalamero de Clorinda, una de las Hermanas Felipe. El talle fino y los movimientos ágiles de aquella amazona circense le tenían cautivado. Le gustaba verla con sus bien cuidados cabellos rubios al aire, que le caían en la espalda. Pocas veces en su vida había visto una belleza tan armónica. Aunque Clorinda distaba mucho de ser una beldad, el hecho de tener la cabellera rubia era un poderoso atractivo entre la gente de color oscuro y trenzas negras. En aquel sábado de excepción, desacostumbrado en el caserío, reinaban las Hermanas Felipe. Una alegría

inusitada corría pareja con el apetito de los trasnochadores de ocasión.

Las chinas pasteleras, vendedoras de "quitanda", agotaron sus manjares. En cuclillas o por el suelo tiradas, reían a gusto en vivos coloquios con la peonada de seis o siete estancias vecinas. Troperos, reseros y caminantes acamparon en el pueblo, precipitando marchas en días anteriores para llegar a él o demorando partidas, ante la perspectiva de una noche de holgorio. Pocas veces se les presentaba la circunstancia de hacer campamento con tantas posibilidades.

La gente del circo terciaba con las carperas, entrando en relación con el gauchaje dispuesto a gastar sus reales. Corrían buenos tiempos. Los sembrados habían rendido, y, cueros, grasa, lana, crin y cuernos tenían una cotización valiente.

Las Hermanas Felipe recorrieron en un paseo el caserío y estaban muy bien impresionadas por la excursión. La plaza en donde habían instalado el circo se veía rodeada de casas bajas, pintadas de rosado. En las esquinas, residencias importantes, se asomaban rejas pintorescas. Una de ellas, la de la comisaría, llamaba la atención por las flores rojas que la adornaban. Malvones

variados, en latas de aceite, alegraban los frentes, y por las tardes los dueños sacaban sus sillones de hamaca a la vereda, donde se columpiaban señoras respetables e inquietas niñas llenas de curiosidad. Más de una sonrisa habían cosechado las Hermanas Felipe, lo que les pareció un premio a su labor de amazonas.

Entre las chinas pasteleras se contaban algunas que no eran del lugar. Esta circunstancia daba un aire picante a la reunión. Dos de las vendedoras de quitanda eran brasileñas. Apuestas y rozagantes, llamaban la atención con sus trenzas aceitadas, su arreglo de fiesta, su buen humor de forasteras. Una se llamaba Rosita y Leopoldina la otra. De baja estatura ambas, vestían telas de vivos colores. Una vieja de voz nasal, regañona y tramposa, misia Rita, se encargaba de cobrar el precio de la quitanda, no perdonando un vintén y devolviendo los cambios de moneda, casi siempre con beneficio para ella.

En la boletería del circo, en cambio, se preparaba una trifulca. En la repartija de la ganancia nadie salía contento. Don Pedro perdió los estribos y se puso de mal humor. Kaliso amenazó con separarse de la compañía. Secundina, ya mejorada de su do-

lencia, participaba en las discusiones, afirmada en la fortaleza de Matacabayo, que se había hecho imprescindible para todos aquellos enjuagues.

Descartadas las pretensiones de las Hermanas Felipe — Clorinda tenía al comisario, catequizada; la otra, Leonina, mateaba muy de acuerdo con un tropero, — el asunto del circo sólo interesaba por un lado, a Don Pedro, a Sebastián, el boletero, y a Kaliso. A Secundina y a Matacabayo, por el otro.

Duró mucho la discusión sobre el balance del circo.

"El flaco Sebastián", el boletero, era el acreedor intolerante. Desde que habían desertado los „hermanos del trapecio", él había financiado la gira, bajo la dirección de Don Pedro. Este, impaciente ya por el desastre, se sentía agraviado ante la indiferencia de Clorinda. Aunque deseaba desprenderse de ella, le ponía de mal talante la elección de don Nicomedes, quien tenía en cierta parte la culpa del fracaso, pues si hubiese permitido cobrar un tanto a las carperas, las finanzas del circo habrían tenido un repunte. Por su parte, Sebastián, en los quince días de estada en Tacuaras, comprendió la separación inevitable de Leo-

nina. Le tenía cansado el carácter autoritario y el mal genio. No podía saber a ciencia cierta con quién era que se acomodaba. A ratos la veía con uno, a ratos con otro. Todos ellos eran caminantes, troperos o viajantes, al parecer con el "riñón forrado".

Kaliso insistió con su idea de separarse de la compañía y tanto Don Pedro como Sebastián pusieron el grito en el cielo. Las cuentas no salían justas jamás para el criterio de Kaliso. Fastidiado, Sebastián dejó en manos de Don Pedro el trabajo de aclararle las ideas al terco y se fué a dormir. Secundina y Matacabayo cobraron y desaparecieron. Al cabo de una hora el dueño del oso entró en razón y se distrajeron observando lo que pasaba en los alrededores del circo.

En la carpa de las vendedoras de pasteles, pasada la medianoche, la música calló, para dar lugar a relaciones de historias pintorescas, en boca de un cuentero recién llegado. Aparte de este episodio, la carpa parecía guardar o esconder algún secreto. Más aun cuando se hizo profundo silencio y el movimiento pausado bajo la lona se tornó sigiloso.

—¡Ayí hay gato encerrado! — aseguró

Don Pedro, mirando la carpa de las vendedoras de quitanda. — Me parece que esas forasteras han inventau la manera de pasarlo mejor...

Kaliso, que no podía estarse de pie, pues los tenía inflamados, se tiró al suelo y comentó:

— ¡Tantas mujeres juntas no pueden hacer nada bueno! ¡Menos mal que mi gringa duerme con el oso!

El fogón de las pasteleras pareció avivarse de pronto pero, repentinamente, entró en un silencio cada vez más sospechoso.

Don Pedro vió salir de la carpa a una de las Hermanas Felipe, a Leonina, llamada a veces "la leona". Aguzó la mirada, interesado por aquel tragín sin sentido, buscando a Clorinda. Desde que el circo había entrado en franca decadencia, la muchacha se interesaba menos por su director, desatendiéndolo y, al parecer, apartada de su lado. Don Pedro, a su vez, buscaba la coyuntura para zafarse. Quería deshacerse de ella y la dejaba libre por las noches, exigiéndole tan sólo el cumplimiento de su trabajo de amazona. A fin de que Clorinda se fuese acomodando con alguno de los visitantes, ricos al. parecer, el director tácita-

mente consentía su libertad. Y no perdía el tiempo la muchacha.

Una figura que desde hacía días preocupaba tanto a Don Pedro como a Kaliso cruzó sigilosamente camino de la carpa. Era Matacabayo, acreedor de contemplaciones por los servicios de mediador e intermediario que al circo había prestado desde la instalación.

Siguiéndole los pasos a Matacabayo pasó Secundina, quién jamás le perdía la pisada al gigantón.

Kaliso y Don Pedro se miraron un instante. No les cupo dudas de que una nueva organización extraña al circo y a la compañía era cosa ideada por aquel casal.

Debían interesarse por lo que pasaba.

Llegados a la reunión, para romper el hielo con que fueron recibidos, Don Pedro le pidió fuego al comisario. Kaliso, más atento a las circunstancias, dominando el ambiente allí formado, se agachó y, levantando un tizón encendido en una punta, mientras daba lumbre a su pucho apagado, aseguró:

—¡Ansina da gusto de ver a la mozada divertirse!

La Secundina se limitó a llamar a la

pastelera Rosita, que estaba bajo la lona. De la oscuridad salió la muchacha con los cabellos en desorden, el corpiño entreabierto y en enaguas. Al ver a Don Pedro se volvió al interior y no demoró en salir arreglada. Al momento salía, asimismo, de la carpa, un tropero alto, de pañuelo negro.

El comisario, luego de proporcionarle fuego al director, trató de entablar conversación:

— ¡Pucha, todo esto se lo debemo a ustedes!... Antes de venir a acampar por aquí, esto era un cementerio. ¡Aura da gusto ser comesario en Tacuaras!...

— Venimo como las moscas al dulce — agregó un tropero "medio tomado". — ¡Con una paicas ansina es lindo mojarse el traste!

— ¡Si seguís así te vas a secar! — sentenció una voz desde la obscuridad. Y la risotada fué general.

A pocos pasos de la lona, dos o tres parejas, de espaldas en el suelo, conversaban mirando las estrellas. Don Pedro se sentó al lado del comisario. Clorinda le cedió un banco de ceibo.

— ¿A que no vés una centeya? — desafió a Don Pedro la mujer.

La rubia se apartó de don Nicomedes para mirar más cómodamente el cielo.

— Es más fácil ver una centeya que dar con una mujer fiel — murmuró Don Pedro por lo bajo, para que sólo la muchacha lo oyese.

Clorinda, como si no hubiese oído nada, continuó:

— Pescá una centeya y pedile que te dé alguna cosa. Esta noche te la promete si tenés buena vista y mañana la tenés...

Cruzó el firmamento una estrella fugaz.

— ¡La viste, la viste! — gritó Clorinda señalando el cielo. — ¿A que no le pediste nada?

— ¡No me dió tiempo la chúcara,—dijo Don Pedro, mirando también el magnífico cielo estrellado de Marzo.

— ¡Yo le pedí una cosa! — aseguró la muchacha.

— ¿Qué? — curioseó don Nicomedes, el comisario.

— ¡Plata, que es lo que hace falta!

— ¡Ta que sos interesada, Clorinda! — le reprochó Don Pedro.

Secundina y Matacabayo, separados del grupo, mateaban a gusto y en silencio. Cuando le tocó el turno de un mate a

Kaliso, éste dió las gracias. No produjo buen efecto aquella negativa de seguir la rueda. Don Pedro, en cambio, aceptó, y con la bombilla en la boca, se dejó oir:

— Con que pedís plata a las estreyas, Clorinda..., ¿no?...

La muchacha, — conocía muy bien al director — comprendió que encubría reproche, al propio tiempo que ocultaba un plan desagradable su manera de inquirir.

Se quedó pensativa y miró a su hermana inteligentemente.

Cacarearon los gallos de la comisaría, llenando el silencio. A pocos pasos pastaba un mancarrón y el resoplar de su hocico asustó a una de las pasteleras.

— ¡Juera, bicho! — dijo, acompañando su palabra con un ademán.

Poco a poco iban desapareciendo los de la rueda. Las parejas distantes de la carpa seguían conversando. Tres troperos y algunos peones. El comisario aseguró que caía rocío y que el relente de la noche le ponía ronco al día siguiente. Se levantó, mirando a Kaliso, que se había dormido, con sus enormes pies al aire.

— ¡No le han de doler las patas al dor-

mir!... — aseguró Clorinda, poniéndose asimismo, de pie.

Don Pedro le dijo al comisario que tenía que hablarle y se marcharon, haciendo sonar las botas en el yuyal.

A pocos pasos de la carpa, don Nicomedes le asaltó al director con una advertencia:

— ¡Van a tener que pensar en marcharse, amigaso! — le dijo. — Esto no puede seguir así. Unos días está bien, pero...

— Yo creo lo mismo, comisario; esto no da para mucho tiempo...

— No, por mí podían quedarse unos días más, pero tengo miedo de que alguno de los estancieros juertes de por aquí, me presente queja.

— Yo digo — se explicó Don Pedro — porque la gente ya conoce todos los números... Pero, ¿de qué pueden quejarse? ¿No pago, acaso, el alquiler de la plaza?

— Sí, pero no pa hacer de esto lo que están haciendo — dijo el comisario, parándose de golpe.

— ¿Qué hacemos? El espectáculo del circo no puede ser mejor para un caserío como este...

— No se enoje, mi amigaso, y no se haga el desentendido... Yo le hablo del cojinche

ese que están armando... ¡Eso no puedo tolerar, canejo, por mucho tiempo! — dijo don Nicomedes alzando la voz.

— ¿Qué cojinche es ese?... Yo no sé de nada... — aseguró Don Pedro.

— ¡Avise, si me quiere hacér pasar gato por liebre! — le encaró estas palabras don Nicomedes, levantando su mano hasta la reja de la comisaría, como para sostener su pesado cuerpo. Y prosiguió enérgico: — Le hablo de ese negocio que han formau las carperas en combinación con su gente. Cuando se les acaban las fritangas y la rapadura empiezan a vender lo que no puede permitirse!... Entre la vieja Secundina y el Matacabayo ese, han armau un negocio muy produtivo... Las hermanas que jinetean, ya lo habrá visto usté, también se han enrolau... ¿Acaso usté no lo sabe? ¡Déjeme de cuentos, amigaso!... Yo se los permito por unos días, porque me gusta la alegría, pero más de una semana imposible. ¡La justicia no lo puede tolerar, amigaso!...

Don Pedro, rojo de indignación, juró ignorarlo todo. Dijo que habría de vengarse de aquella gente, que echaba a perder el oficio.

Don Nicomedes terminó el diálogo con una orden:

— Hay que preparar la retirada. Mañana deben empezar a levantar el toldo, y con la música a otra parte! Yo sé que las chinas pasteleras, la Leopoldina, Rosita y la vieja esa que les ayuda, son las que han inventau la cosa. Usté no tiene la culpa. ¡La indiada anda alzada y puede ser peligroso, si algún borracho le da por hacer escándalo una noche de estas!...

A Don Pedro se le ocurrió una idea. Y, hombre de empresa, se decidió a ejecutarla. Para ello sólo le hacía falta el apoyo del comisario:

— ¿Me deja una noche más, comisario? Mañana es domingo y va a caer gente al circo. Sólo le pido un favor. Obligue que en la carpa de las vendedoras de quitanda no se pueda hacer fuego, ni encender luz, después de medianoche.

A don Nicomedes no le gustó mucho el pedido. Rogó al director que le explicase sus planes. El hombre no tuvo reparo en ello desde que, sin la colaboración del comisario, sería imposible vengarse. Le enteró de un plan ingenioso para burlar a "las atrevidas".

—¡Sabe que es muy gracioso, amigaso, muy gracioso! ¡La pucha que había sido vivo usté!... Bueno hágalo, pero ni mus de habérmelo contau... Como me comprometa lo meto preso... ¡Já, já, já, que había sido bicho! ¡Me gusta ese escarmiento! Así no tendremos que proceder y tendrán una buena lición esas locas... ¡Pucha que me voy a rair con esa treta! Acetau, amigaso!

Don Pedro triunfaba, y se mostró satisfecho.

El asistente de don Nicomedes, que les había seguido sigilosamente, sin ser visto por el director, abrió la puerta de la comisaría. Rechinaron los goznes y salió un perro de la casa, coleando y haciéndole fiestas al comisario. Entraron los dos hombres y, frotándose las manos, el director se dirigió hacia la carreta donde tenía su cama tendida. Antes de cerrar los ojos para buscar el sueño, exclamó, fuera de sí:

—¡Malditas perras, me las van a pagar!

Amanecía.

CAPITULO III

En la boletería del circo — un cuartucho bajo, de techo de cinc y tablones desiguales, Kalizo, "el flaco Sebastián" y Don Pedro reían a carcajadas. Tan insólito era este final de función, tan diferente al de la noche pasada, que Matacabayo y Secundina estaban sobre ascuas y eran la desconfianza misma.

Antes de dar comienzo a la función, allá por las siete de la noche, había habido una violenta escena en medio del redondel. Mientras Matacabayo vareaba el tordillo de las Hermanas Felipe, apareció Casilda, en actitud beligerante. Era la primera vez que se atrevía enfrentar a su marido delante de gente. Descargó sobre él una serie de improperios que fueron multiplicados ante la llegada de Secundina. Su presencia irritó a la mujer, repartiendo sus insultos por igual

a uno y a otro. Desde lo alto de su cabalgadura el jinete dirigía aquel enconado debate de celos a flor de piel. El caballo daba saltos, encabritándose ante el castigo de las espuelas y las voces agrias de las mujeres. Los gritos de las hembras pusieron al animal saltarín y cabortero, y sacudía la cola, se paraba de manos, amenazaba dar con su jinete por el suelo. De uno y otro lado se cruzaban soez insulto Casilda y Secundina.

Matacabayo quería tranquilizar a las mujeres y apaciguar al tordillo encabritado. Enardecida su concubina, halló a mano un pedazo de madera y arrojólo a su contrincante, quien lo recogió, dando en el blanco a Matacabayo. Casilda intentó manotear las bridas del corcel, pero al acercarse, sólo consiguió ponerle más brioso.

Al jinete le era materialmente imposible contener al tordillo y apearse.

El escándalo atrajo al director, quien desde la puerta de entrada alcanzó a ver el epílogo de la trifulca.

—¡Parece que ensayan un número para esta noche! — dijo, y dejó que el asunto tomase su fin sin interrupciones.

Dos perros, que habían permanecido en

actitud contemplativa como Don Pedro, comenzaron a ladrar furiosamente.

—¡Chúmbale!... ¡Toca!... —azuzóles Don Pedro por lo bajo.

Los perros entraron francamente en la arena, como los mastines amaestrados de los circos, y uno de ellos se encargó de las faldas de Casilda. El otro intentaba morder las patas del caballo.

—¡Fuera, porquerías!... —gritó ronca Casilda, fuera de sí.

Pero el can —un cuzco decidido— no soltó las faldas de la mujer, tironeando con insistencia y tenacidad. La escena era realmente de circo. Salió, por fin, Matacabayo de la arena, haciendo un mutis saltarín por el fondo. Los perros continuaron sus ladridos hasta que las mujeres abandonaron la carpa, dando fin a la reyerta.

Cuando Casilda quiso presentarle quejas al director, el hombre encendió la pipa parsimonioso y, sin quitársela de la boca, la echó a rodar. La Casilda le endilgó epítetos y salió masticando palabrotas. A la puerta del circo la esperaba su hija Alcira, flaca, raquítica, con las piernas magras llenas de picaduras y dos trencitas escasas que le golpeaban las espaldas.

Aquella escena tenía comentadores entusiasmados cuando el comienzo de la función y al ver a los tres hombres reir en la taquilla, Secundina y Matacabayo creían que de ellos se mofaban.

Pero en otra cosa mucho más interesante estaban empeñados los tres extraños sujetos. Don Pedro frotaba entre sus manos, al parecer, billetes de banco. Los contaba y se los iba entregando a Kaliso, quien, luego de manosearlos, se los pasaba al "flaco Sebastián".

¿Qué dinero se repartían aquellos tres hombres? El director dijo socarronamente:

— Clorinda le pidió plata a una estreya.

— La va a tener... — reflexionó Sebastián.

— ¡Y de la buena, caray!... — terminó Kaliso, riendo y dando una caricia a uno de los billetes.

— Este está muy grueso. Hay que mejorarlo rebajándolo un poco.

— Dejá no más, que yo lo arreglo — contestó el boletero, recojiendo el billete.

— ¡Qué buenos falsificadores somos!... — dijo Kalizo, sentándose, pues sus pies ya no podían sostener aquel abdomen suyo tan caído, como embolsado en la cintura del pantalón.

Los tres sujetos parecían niños empeñados en un juego divertido y diabólico. Se habían tomado un trabajo singular. Luego de comprar una gran hoja de papel secante obscuro, y con gran cuidado fueron cortándola en pedazos del tamaño de un billete de un peso. Después de darle la forma y la suavidad de un billete de banco, lo frotaban entre sí, y, comparándolos con una pieza legítima de papel moneda, se los iban pasando de mano en mano sin mirarlo, para ver si era fácil confundirlos con el modelo.

— ¡A ver, vamos a experimentar! — observó picarescamente "el flaco Sebastián". — Yo, sin mirarlos, debo sacar del bolsillo el peso verdadero.

Hizo la experiencia y sacó uno de los fabricados. El éxito era rotundo. Sin mirarlos, fácil era confundir los billetes. Radiantes de alegría los pasaron de mano en mano, ya estirados, ya hechos un rollito misterioso.

— Esto va a colar muy bien — aseguró Don Pedro, en el colmo de la dicha. — Tendremos una venganza de primer orden.

Fabricada la moneda para pagar los servicios de aquellas prostitutas debutantes que merecían castigo por desertoras e infieles, sólo les restaba convencer a los tro-

peros y peones de las estancias vecinas, de que participasen en la treta.

Eligieron para el caso, cinco de los troperos más capaces de engañar a las vendedoras de quitanda. Y no les fué difícil alcanzar la complicidad de aquella gente, dispuesta siempre al embrollo y la picardía. Aparecieron en seguida voluntarios. Tres peones, dos de ellos asiduos visitantes en las pasadas noches, quienes frecuentaban a las pasteleras y miraban con codicia y ardor a las Hermanas Felipe.

La venganza debía de comenzar por vejar a las amazonas y no era difícil treta, ya que ellas eran las más decididas en hacer dinero en aquella forma.

Se repartió la moneda falsa, aquellos pedazos de papel secante, entre la mozada más decidida. Tan sólo era de esperar que la orden del comisario no fuese violada.

Don Nicomedes repitió una vez más, al terminar la función, por si hacía falta, que debían abstenerse de encender candiles, so pena de pasarlos al calabozo a los desobedientes.

— ¡Mijitas, si quieren andar bien con la justicia, no me comprometan y cumplan al pie de la letra lo ordenado! — dijo el comi-

sario muy serio. Y explicó en seguida ; — Ya tengo quejas del vecindario. Me dicen que se pasan la noche despiertas y que desde las casas se ven las luces, andar de un lau pal otro, como ánimas en pena. Esta noche, si quieren aprovecharla bien, cuiden de no dejar encender fósforos a los paisanos. ¡No hay mate ni cigarro!...

Las pasteleras, las vendedoras de quitanda y otras chinas que, conocedoras del éxito de aquellas reuniones, habíanse enrolado en la empresa, estaban satisfechas con la determinación. Sin luz, en plena obscuridad, salían favorecidas. Creyeron que en aquella forma podrían devolver cambios provechosos para ellas y hasta desvalijar tranquilamente al paisanaje.

Secundina y Mata, organizadores de aquella nueva empresa, cayeron en la trampa. Pensando bien del bonachón de don Nicomedes, esperaron una noche óptima.

Los peones y los troperos — formaban un total de quince clientes — alardearon de ricos. Había en sus palabras esa seguridad que da el cinto repleto, el estómago lleno y el deseo libre para hacerse el gusto. Se hablaba en las ruedas de diez y veinte pesos, con un coraje que infundía miedo y

envidia. Un mulato retacón, hombre capaz de pasarse toda una noche mirando fijamente a una mujer que le gustase, ofreció a la Clorinda cinco pesos "por un rato". A la leona", uno de los troperos le hizo promesas por demás atrayentes. Las vendedoras de quitanda veían una noche redonda de ganancias y nadie se preocupó de los pasteles y las tortas. La rapadura, el ticholo y las cuerdas de tabaco en rama, eran despreciados y en líos andaban por el suelo. Servían para que, sobre ellos, se dejase el sombrero aludo, el cinto con revólver, la vaina con su cuchillo de puño de plata, el par de botas con espuela o alguna prenda interior...

El chinerío, aumentado considerablemente esa noche por ser la última, trabajaba sigiloso en las sombras y ya era una que se marchaba abrazada de un paisano, ya era otra que discretamente se metía en las carpas. En la confusión provocada por la oscuridad, saltaban las risas nerviosas de las mujeres y rebotaban las palabrotas de los hombres. Los ayes de las mujeres se apagaban bajo las pesadas lonas. Alguna salía y entraba indecisa; otra se defendía de los requiebros. Cedían todas al fin. De vez en

cuando un chistido como de lechuza, surgía del interior de una carpas, imponiendo silencio. Era unas veces Misia Rita, la que administraba a las vendedoras de pasteles. Era en otras ocasiones la celosa Secundina, quien indignada por el barullo, por el cosquilleo que los hombres imponían a las muchachas, se asomaba a la puerta e imponía silencio con un chistido seguido de alguna palabra condenatoria. Temían el escándalo pero al comenzar la reunión, no se podía contener a las pasteleras excitadas, quienes se sentían como niñas jugando a las escondidas. Era picante aquella obscuridad para las hembras. Y, sin duda, era más aun motivo de regocijo la comedia a representar por los hombres, cuyos protagonistas esperaban "echar una cana al aire", pagarla en papel secante y desaparecer de la toldería...

La crueldad tiene formas inesperadas de alegría. La trampa, el embrollo, el engaño, hacían la noche de juerga más llena de matices y la escena de la farsa les avivaba, poniéndoles charlatanes y nerviosos. Estafarían con todas las de la ley. Alevosía y nocturnidad difícil de despreciar para quienes recorren los pueblos dispuestos siempre a la aventura, contentos de poder contar

después, trances arriesgados. Premeditación de aquellos trashumantes sujetos — Don Pedro, el boletero Sebastián y Kaliso, — pícaros del tinglado tradicional, farsantes y cómplices de tretas y engañifas, siempre prontos a vengar agravios, estafar, recorrer la tierra en pos de la aventura, explotar a las hembras y engañar a los hombres.

* * *

— ¡Hasta el linyera va a mojar!... — aseguró el boletero, finalizando el amplio comentario. — Le conté la cosa y abrió unos ojos más grandes que dos de oro!

Un pobre linyera hacía días que rondaba el circo en busca de trabajo. Rubio, de ojos claros, llamaba la atención porque de todo y a todos sonreía. Una sonrisa infantil, le hacía enseñar una dentadura de incisivos pequeños y parejos, que le mostraban más inofensivo. Se le veían al reir las encías rosadas. No tendría más de treinta años, pero las patas de gallo, las arrugas en la frente y su natural agobiado, le aumentaban la edad.

Había que hacerle dos o tres veces una pregunta para que respondiese. De primera intención no iba más allá de una sonrisa.

Mugriento, raído, con un insignificante lío de yerbas al hombro, cayó a Tacuaras. Y no varió un ápice, ni su indumentaria, ni sus modales.

Hizo amistad con un paisano conversador, quien "improvisaba" a cada instante y con cualquier motivo. Con él andaba el linyera. Le seguía como un perro.

Desde luego que el paisano conversador, con su labia, le tenía cautivado. Era un tipo ladino y receloso, que hacía pocas amistades donde iba. Le llamaban "El guitarra," y, aunque les hacían gracia la charla y las improvisaciones del paisano, no era personaje simpático.

— ¡Parece que tiene malas costumbres! — le dijeron al linyera.

El rubio sonrió.

— Tenga cuidau, muchacho, no le afloje la rienda — aconsejóle el mismo. — Yo sé de alguna historia feaza...

Dos troperos que rodeaban al linyera, insinuaron al enterado que contase el cuento.

— ¡Pucha!... ¿Cuento le yamá a eso? ¡Si se escaparon los gurises pcr milagro e Dios! En yegó a las casas y apenitas vió dos lindos paisanitos rubios como este linyera... de entradita no má si hizo el distráido y largó

su matungo sotreta en un potrero que tenía un bajo, de ande no se véia las casas... Preguntó si podía largarlo ayí... El estaba enterau que era una invernada y se hizo el sorprendido: ¡Canejo!, gritó, chicotiando un palenque; no lo había pensau... Y entonce le pidió a uno de los gurises... que, como les digo, eran lindazos, como una muchacha de lindo y le pidió que le ayudase a tráir el matungo. ¡Pá que habrá dicho que sí el gurí!... ¡Cuando estuvo en el bajo le yevó la carga! Había de ver la disparada del gurí! Aura le conocen las mañas al Guitarra. Cuando cai por los pagos donde lo tienen marcau, las mujeres sienten asco y los gurises le arisquean.

—¡Tené cuidau, linyera! — díjole uno de los oyentes, golpeándole en la espalda.

El linyera sonrió una vez más.

—¡A lo mejor al mozo le gusta! — bromeó el paisano de la historia.

—¡Buena porquería!

—¡Eso no es pa los cristianos!

Y, en ese instante, se oyó la voz de El guitarra, quien improvisaba payadas en un círculo donde abundaban las parejas.

—¡Pará la oreja que'l Guitarra rasca la tripa!

Acompañado por un rasgueo de guitarra, escucharon esta improvisación:

Esta noche la junción
va ser a candil dormido,
¡nunca cosa igual se vido,
parece en rivolución!

Cuando el jefe nos mandaba
volcarle el agua al fogón
y naide hacía custión
ni nenguno se mamaba!

Aurita va a ser ansina
tuitos de pico cerrau,
algún manotón de ahogau
en la teta de una china

que si es gauchasa y ladina
va saberlo aprovechar!
Está lindo pa gatear
de la sala a la cocina!

¡Que nenguno se entreviere
ni sufra una reculada!
Ya toda la paisanada
puede tantiar lo que quiere!

Los autores materiales de la farsa descansaban en la carreta, fumaban y reían, distantes unos doscientos metros de las carpas de las vendedoras de pasteles. Vigilaban el escenario, esperando el resultado de la estratagema, listos ya para levantar campamento al día siguiente, con todo lo que de valor tenían en el circo. Los caballos, las lonas, instrumentos de música y las Hermanas Felipe. Con ellas habría que arrear también.

Don Nicomedes esperaba, asimismo, el resultado de lo que él consideraba una lección para terminar con la extraña especie de mujeres, tan nueva por aquellos pagos. Apostado a pocos pasos de la carreta conversaba con un vecino, un almacenero del lugar. Este estaba al tanto de la tramoya y ponderaba la picardía de Don Pedro, seguro de que aquellos serviría de escarmiento.

El asistente del comisario, un sargento más serio que un mojón, había sido comisionado para vigilar las tolderías. Pasadas las doce de la noche, se acercó a su superior y le enseñó los papeles que le había entregado misia Rita.

— Mire lo que me dió la bruja esa, comesario — dijo, alargándole dos papeles de los

preparados por Don Pedro. — ¡Pa comprarme un par de botas, dijo la Mandamás!...

Don Nicomedes cogió los papeles y curioseó:

— Y, ¿qué hace la vieja esa en la función?...

— ¡Y... es la capataza, mi superior, la que guarda la plata! Sentadita en el suelo, la muy disgraciada, no pierde el paso a la Leopoldina, la Rosita y láutra paisanita de la quitanda... La vieja es la que manda más, la que capitanea a las carperas.

— Pero son diablas estas paicas — comentó el almacenero. — Venirse al pueblo nada menos a hacer esas porquerías. ¡Cochinas! ¿Se dá cuenta?...

— ¡Pero se las ha fumau lindo el gringo del circo, amigaso! Me gusta el hombre ese, pa lidiar con mujeres. Al ñudo no más, es el que los capitanea a todos esos...

El asistente reía disimuladamente, pasándose la mano por los caídos mostachos.

— Me voy, pa no dar lugar a desconfianza — dijo el comisario. Y, al darle la mano al almacenero, aseguró:

— ¡Mañana no queda ni rastros de toda esa gentuza, y a vivir tranquilos en el po-

blau!... ¡Pero hacía falta una lición ansina, para estas emputecidas del otro lau!...

En la toldería el entusiasmo continuaba. Secundina y la bruja Rita hacían rollitos con la plata. Después iban los supuestos billetes bajo la media o el corpiño.

Entraban y salían los paisanos de las carpas. Algunos alejados de las lonas, fuera del control de la Mandamás, en el pasto mojado por el sereno, cumplían con el deseo, los ojos atentos a la carpa de la vieja bruja. Había también pasteleras desinteresadas, que tenían sus simpatías para tirarse entre los yuyos.

Clorinda y Leonina, pasaron hasta la madrugada conformando aquellos labios húmedos, aquellas manos ásperas, aquellos tórax fornidos, sin decir palabra, sin explicar las cosas, sin contener las ansias. A Clorinda le tocó en suerte un hombre extraño, que formaba parte del núcleo de los troperos. Era un sujeto alto, de cara despejada y facciones nobles. Vestía de luto y tenía esa mirada tan característica de los hombres que sufren en silencio. Al ver el entusiasmo de sus compañeros en la treta de estafar a las mujeres, no titubeó un momento en ser partícipe de la canallada.

Entre los hombres de campo hay una solidaridad mucho mayor que entre la gente de la ciudad. Así como es obligada la hospitalidad, es, asimismo, tácito el convenio de hacer frente único de faz a la hembra. No podía aquel extraño sujeto traicionar a su grupo. Tendría unos treinta años, y se llamaba Chaves. Treinta años de soles y vientos cálidos, que bien pueden sumarse cuarenta de vida. Se dejaba llevar por la alocada algarabía de sus compañeros y había aceptado ser de la partida ideada por Don Pedro. En su bolsillo tenía unos diez o quince pedazos de papel secante. Convenció a Clorinda y con ella se fué a la carpa.

No procedió como los otros, que se lanzaban frenéticos sobre la presa. Se sentó en un cajón de querosén y acariciándose el caño de las botas, en plena oscuridad, provocó las palabras de Clorinda, como si quisiese investigar en ellas. La muchacha, tirada en el suelo sobre unas mantas, le aguardaba.

— ¿De ande sos? — le preguntó muy por lo bajo Chaves.

Aquella investigación, aquella pregunta hecha en la oscuridad, sorprendió a Clorinda.

— ¿Qué más da de dónde sea?... — le contestó bostezando.

— ¿Venís del sur?...

— Sí.

— ¿Cuánto tiempo hace que estás con esa gente?

— ¡Parecés comisario, hombre!... Te da por preguntarme ahora... Durante el día te quedás cayadito como con miedo y ahora querés conversar. ¿Sos casado?

— No, soy viudo — dijo con voz velada el hombre. — Hace poco tiempo perdí mi mujer.

— Me lo imaginaba, por el luto... ¿Sos de por aquí?

— De muy lejos, mijita... ¡Y me he enredau en tanto camino, que cada día que pasa, me parece que está más lejos mi casa!...

— Vení, acostate, y me contás de dónde sos... Yo también he corrido mucho. Pero no con el circo. Anduve con un corredor de ferretería, por todo el Norte...

— ¿Dónde aprendiste a jinetear?...

— De chica, en una estancia. Mi padre era capataz y yo caí en la bobada de acostarme con el patrón... Mi padre mató al patrón de una puñalada...

— ¿Está preso?

— Sí, y atacado de tuberculosis a los huesos. No puede moverse. ¡Ya va para tres años que no lo veo!

— La cárcel debe de ser cosa brava.

— ¿Nunca estuviste preso?

— Sí; despaché a un bolichero para el otro mundo y me tuvieron dos años a la sombra. Lo maté peliando.

— ¡A mí me gusta el hombre capaz de pelear! Una vez conocí uno que tenía un tajo de puñal como una víbora, que le arrancaba del pescuezo y caía hasta la vejiga! ¡Parecía imposible que hubiese estado abierto como una res!...

— Tocá este tajo que tengo en la espalda — dijo Chaves, acercándose y guiando la mano de la mujer bajo la camisa.

— ¿Una puñalada de atrás?

— ¡Eso mismo, pero el que me la hizo, está bajo tierra!

La mano de Clorinda quedó junto al cuerpo del tropero. Era una mano fría y pequeña, sobre la piel sudorosa de Chaves.

— ¡Acostate, hombre! — le insinuó la mujer.

Volcó su cuerpo el hombre, quien cayó como un saco pesado. No se movió hasta

que Clorinda sacó su mano de bajo la camisa. Las ropas, traspasadas de sudor, olían fuertemente. Ella lo besó en el pescuezo y comenzó a respirar hondo, cerca de su oído.

— ¿No te cansás de esta vida? — volvió a interrogar Chaves.

— ¡Claro que me canso!... ¡Si por lo menos sacásemos algunos pesos! Pero el negocio del circo es un desastre. Se nos escaparon dos pruebistas con toda la plata que hicimos en la ciudad. ¡Al menos es lo que dice Don Pedro!...

— Me gusta verte saltar sobre ese tordillo. No falté a una sola de las funciones. Aura me gusta tocarte las piernas y pienso que no son las mismas que saltan sobre el pingo...

— ¿Qué creés? ¿Que me las cambio o tengo piernas de repuesto?

— No, pero no me parece que sos la misma.

Le acariciaba las piernas con suavidad. La muchacha reía de aquella ocurrencia. Al pasar las manos por los músculos de las pantorrillas se detenía y los apretaba un tanto. Al llegar a la liga, sostenes de las medias, hacía picar los elásticos sobre la carne.

—¡Ché, que me duele!... — protestaba Clorinda.

Se quedaron un rato silenciosos. La oscuridad que los envolvía parecía pesar sobre los cuerpos, juntándolos al mismo tiempo.

— Me gustaría verte a la luz las piernas desnudas... ¡Lástima que no se pueda ni encender un fósforo!...

— ¡Viejito caprichoso!...

— Tenés la misma voz que la finada... Así me decía ella siempre: ¡Viejito caprichoso!...

— ¡Dejate de hablar de muertos, caray!... Cerrá los ojos y dame un beso...

— Si abro los ojos no te veo lo mismo...

Se quedaron silenciosos, respirando juntos. La mano de Clorinda iba y venía por la cicatriz de la espalda de Chaves, como si con ello se distrajese. Chaves seguía acariciándole las piernas, sin articular palabra. Pasaron varios minutos y ninguna variante. Clorinda pensaba en cosas lejanas. El cuerpo de Chaves le daba calor y se dejaba estar sin pedir más. El tropero, con la boca en el pescuezo de Clorinda, permanecía silencioso. Trataba en vano de reconstruir las escenas de acrobacia que había visto hacer a la mujer. Concentraba toda su ima-

ginación, a fin de revivir los momentos cautivantes del circo. Quería tener en aquel instante el mismo deseo violento de posesión, de cuando veía a Clorinda sobre el caballo. Tenía que volver la misma sensación pasada, dueño de la cual, lo pasó abstraído contemplándola. Inútilmente se esforzaba en verla con la imaginación. No podía. No sentía su cuerpo adueñado por el sortilegio de la acróbata. Pensó que pasándole las manos por los cabellos, tan admirados al verles caídos sobre su espalda, podría representarse la ansiada visión. Pero era imposible. Se le aparecían cosas vagas y lejanas, pensamientos absurdos, sin ninguna relación con lo buscado. Aguardó unos minutos más y en un momento creyó ver a la muchacha saltando sobre las ancas del tordillo, con sus piernas bien contorneadas, con la cabellera rubia al aire, con sus faldas de colores vivos. Encendido de deseo, volvió a reconstruir la escena y a acariciar a Clorinda; pero se esfumó de pronto la visión y vió a un amigo suyo, domando un potro del mismo pelo que el de la acróbata. Abrió los ojos y por la abertura de la carpa, descubrió las estrellas. Fastidiado, sin advertirlo, repentinamente se incorporó:

— Bueno — dijo, como si saliese de una pesadilla. — ¡Dejame ir! Tomá esos pesos.

Clorinda, desde el suelo, no le dijo nada. Bostezó una vez más y tendióle la mano con indiferencia.

Cuando Chaves sintió entre las suyas el falso dinero, se sorprendió. Había olvidado por completo la farsa. Apartó los pedazos de papel secante y, buscando en el cinto unos pesos que tenía, dijo:

— ¡Tomá, pa comprarte algo!... ¡Me voy!...

Apenas había dado unos pasos, cuando la mujer le chistó.

— ¿Qué te pasa, hombre! — le dijo. — ¿Qué tenés?... ¿Estás enfermo?... ¡Hablá!

Chaves iba a encender un fósforo para dar fuego a un "charuto", cuando se acordó de la orden.

— ¿Qué te pasa?... ¿No podés decirme? ¿Tenés algo o no te gusto?...

El tropero alto, enlutado, desde arriba, bajó la mirada buscando el bulto de la mujer.

Ante su inexplicable silencio, insistió Clorinda:

— ¿No te gusto, hablá?

Y él le respondió, fuera de sí:

— ¡El finau no me deja!... ¡Maldito sea!... ¡Desde hace tiempo no puedo hacer!... ¡No me deja, carejo, no me deja hacer!... ¡Maldito sea!...

Y salió al campo, haciendo sonar con rabia las espuelas en la tierra dura, pisoteada por los que le habían precedido.

* * *

Afuera continuaban formados los grupos y las conversaciones en baja voz. Alguien dirigió la palabra al tropero enlutado, pero él continuó como si nada hubiese oído. Se fué como una sombra, sin decir palabra. Secundina llamó a Clorinda. No demoró ésta en salir y una pareja aprovechó el lugar que ella dejaba, con la premura de quienes quieren aprovechar bien el tiempo.

Eran varias las carpas. Las vendedoras de quitanda dicharacheras, animaban la concurrencia.

Entraban, salían... Se dejaban llevar por la cintura o simplemente esperaban atentas boca arriba al hombre que les tocaba en suerte.

Saciaron sus apetitos, calcularon sus ganancias, entre un desorden de cojinillos,

arpilleras, sacos y paquetes de fritangas y rapadura. El aire fuertemente impregnado de olor a tabaco les había trastornado. Los silencios que por momentos se hacían fuera, les infundió miedo. Era la soledad agigantándose.

Por la tiniebla de la carpa pasaba el de los cabellos largos y lacios; el de fuerte musculatura y el de magras carnes; el de violento olor a cueros; el de boca carnosa y bigotuda; el desdentado; el de barba y el lampiño, el de largo facón o el de pesado revólver, todos diferenciados, ya sea por la indumentaria o por algún atributo natural sobresaliente, pero idénticos en el fondo: bestias sedientas de placer. Así fué pasando el pesado desfile de varones sin piedad, cruel y sensual. Jauría que Don Pedro había preparado para lanzarse sobre ellas y a la cual acabaron por tomar un asco primitivo las dos mujeres del circo.

Pasó por la oscuridad aquel paisanaje mentiroso; pasó frenético, sediento y áspero, dejando en las manos de las hembras o bajo los jergones de las camas improvisadas, papeles miserables e inútiles. Pasó caliente y pesado por los brazos sumisos de las mujeres; pasó bajo la joroba parda de las carpas.

CAPITULO IV

A uno y otro lado del camino, las tierras laboradas ofrecían un paisaje hermoso. Hondonadas y cuestas, abierta en surcos la tierra negra, infundían en el ánimo un estado noble de amor al trabajo. La entraña abierta por el arado exhalaba un olor penetrante. Paralelos los surcos, determinaban un orden perfecto en las ideas de los que le contemplaban. A lo lejos, un rancho daba la sensación de la propiedad, lo que llaman el progreso lento y seguro. Un labriego, de pie en el medio de la tierra arada, aparecía como surgiendo del surco. Alta y fornida estaca de carne y hueso, que traía a la mente una idea sana y alentadora. Imágenes de salud y de vida surgían al contemplar la labor realizada tal vez por aquel ejemplar humano, de pie sobre la tierra. Aquel hom-

bre era un poco árbol y otro poco bestia de labranza. Era una presencia sugerente.

Clorinda, cabizbaja, dejaba ir sus ojos por la tierra arada. A lo lejos se perdían las últimas casas del pueblo, cada vez más pequeñas, a cada paso más insignificantes.

La carreta avanzaba por el camino. Clorinda era la única que iba silenciosa. Leopoldina y Rosita, las chinas vendedoras de quitanda, parecían viajar muy contentas y alegres. Entre las dos iba una brasilerita robusta y sana, una muchacha de escasos quince años, de pechos opulentos, carota rosada y trenzas a la espalda. Se llamaba Petronila. Tenía unos ojos picarescos y una dentadura pareja, fuerte y blanca, que al reir le aclaraba las facciones.

Adelante iban Secundina y Chiquiño. El muchacho arriaba los animales, conduciendo el carro.

Del circo había salido esta aventura hacia el Norte. Matacabayo, dueño de la situación, catequizó, conjuntamente con Secundina, a la rubia Clorinda. Leonina no quiso correr la suerte de su hermana y, apresuradas por el comisario, tuvieron que decidirse sin pensarlo mucho.

La reconciliación de Clorinda con Don

Pedro no pudo realizarse. Las Hermanas Felipe supieron quién era el canalla que había armado la trampa de la noche pasada. Todas las culpas cayeron sobre el director. Sebastián y "la leona" casi no tuvieron resentimiento. El tordillo de la acrobacia, por ser el boletero quien más dinero tenía invertido, quedó en manos de Leonina. Esa misma tarde cruzarían el río para seguir hacia el Norte, con Kaliso, su mujer y el oso. Don Pedro se insolentó con el comisario y fué pasado al calabozo. Se guardó los pesos de las últimas funciones y entregó uno de los carretones a Matacabayo, quien lo adquirió por una bicoca. Pagadas las deudas en un santiamén, huyeron todos y quedó Don Pedro a la sombra, con el dinero, tranquilo, resignado, pipa en boca, y negra y misteriosa mirada.

Clorinda divisó las últimas casas y sintió que una congoja le apretaba la garganta. La tierra partida con honradez, la tranquilidad del paisaje y aquella visión de seguridad que le infundía el rancho clavado en medio del labradío, terminó por entristecerla del todo.

Oía la conversación animada de las muchachas. No eran más jóvenes que ella las

dos carperas, pero tenían un carácter más libre de acechanzas. Nada les importaba dejar el caserío, si tenían promesas de Secundina de acampar en la proximidad de un almacén, donde se correrían carreras al día siguiente. Çlorinda pensó si no sería mejor entregarse como aquellas tres mujeres y confiar en el porvenir. Pensó, para su tranquilidad, que en el almacén hallaría otra vez a los troperos. Tal vez el de negro, Chaves, volvería a preocuparle.

La Secundina se lo había dicho:

— Te tengo reservado un estanciero que me pidió te llevase a las carreras. Si te acomodás con él, te vas a ráir de todas las mujeres de la tierra!

Un vecino del lugar le había insinuado a Matacabayo su deseo de entrar en relaciones con la rubia. No quería, lo advirtió, ir al campamento.

En aquella promesa fincaba el viaje de Clorinda.

El sol se ocultó tras las casas del pueblo y la tierra arada, más negra en el crepúsculo, fué quedando atrás. Una nube de polvo velaba el horizonte. Las ruedas del carromato chocaban en las piedras del camino. Los cuatro caballos que le arrastraban eran

fustigados por Secundina. Las bridas, en manos de Chiquiño, convertido en un hombre responsable.

Matacabayo había ido adelante, para conseguir lugar donde ubicar el vehículo.

Se hizo la noche y las mujeres se cansaron de reir y comentar las escenas de la jornada anterior. Se habló de misia Rita, quien prometió venir con pasteles y fritangas a las carreras; se pasó revista a uno por uno de los troperos. De don Nicomedes se habló con encono, y hasta de Casilda, abandonada como un trasto, con Alcira, su pequeña hijastra.

Secundina no quiso terciar en la conversación. Llegaban a un paso difícil en el camino.

Entrada la noche, acamparon. Las tres horas de rodar por malos caminos habían hecho enmudecer a las vendedoras de quitanda. Pero cuando vieron las luces de un nuevo caserío se animaron. Era el rancherío de Cadenas.

— ¿Vamo hasta las casas! — invitó Leopoldina a las otras mujeres.

Puso oído atento a la invitación Secundina y, cuando Rosita incitaba al resto a

dar un paseo por el boliche, la mujer se interpuso:

— ¡No, no! Ya saben que la Mandamás soy yo, por ahora — dijo con tono enérgico. — Tengo que dir primero yo, con la Clorinda. Después van ustedes.

Clorinda no respondió. Se dejaba llevar, embargada por una pena inesperada. Pensaba en Don Pedro, entre rejas, solo, abandonado, y le entraron ganas de llorar.

Chiquiño largó los caballos al callejón. No bien terminó la tarea, se hizo presente Matacabayo. Venía en pingo escarceador, puro ruido de coscoja y chocar de rebenque en la carona.

Con pocas palabras se entendieron con Secundina.

— ¡Nos están esperando! ¡Vamos!

Clorinda no se opuso y marchó al caserío animada por la curiosidad.

A caballo el hombre. Las dos mujeres al paso, por el ancho camino.

Petronila y Rosa, preparadas las camas, se echaron a dormir. Bajo el carromato, Chiquiño y Leopoldina tomaban mate.

No se cruzaron una sola palabra, no se miraron una sola vez. Los ojos de ambos estaban fijos en la llama de la pequeña

hoguera encendida. Al pasarse el mate, o arreglaban un tizón, evitando mirarse, o se acomodaban alguna de las pilchas de sus vestimentas. Chiquiño lo saboreaba hasta hacer ruido con la bombilla. Daba vueltas en la yerba, hurgaba sin necesidad y volvía a llenarlo para pasárselo a la muchacha. Cada vez que ella se inclinaba para alcanzar el mate, dejábase ver su seno firme, dentro del corpiño abundante. El muchacho parecía rehuirle, esquivar la mirada, seguir empeñado en mantener el fuego.

Leopoldina era pequeña, baja de estatura, invariablemente pálida y ojerosa. Empolvada con exceso, tenía polvo hasta en las cejas y las pestañas. En las manos lucía tres sortijas. Un cinturón le ajustaba la cintura, partiendo su cuerpo en dos. Arriba, los senos firmes. Abajo, las piernas gruesas, de muslos de gran curva hacia adelante. Dos o tres veces se puso de pie, para comprobar si Rosita y Petronila dormían. Al volver a sentarse, cuando cruzaba las piernas, le saltaban las rodillas de bajo las faldas cortas.

No se dijeron ni una palabra; no se miraron cara a cara ni una sola vez. El uno no buscaba los ojos del otro. Antes bien,

evitaban de mirarse, como si mutuamente temiesen reprocharse algo.

Poco a poco se fué apagando la luz de la lumbre. Quedaron dos tizones ardiendo y un humo enérgico de leña verde subía hasta las dos caras, irritándoles los ojos. El agua estaba fría; no obstante, seguían mateando. Sin decir palabra, sin cambiar una mirada, fijos en su sitio, el uno frente al otro, tizones por medio, el humo entrambos. La mirada baja, los ojos adormecidos, sobre la frente el sombrero, Chiquiño, hosco, defendía su ánimo cobarde. La mujer, aparentemente fría, dibujaba círculos en la ceniza extendida alrededor del fogón, con la punta de una ramita.

Se quedaron sin lumbre. Apenas se distinguían las caras. En la penumbra, aprovechando aquella semioscuridad que ensombrecía los rostros, se miraron de pronto. Se miraron fijo, como si se hubiesen arrepentido al unísono. Chiquiño forzó una estúpida sonrisa nerviosa. Se le aclararon las facciones a la muchacha y picarescamente aguzó la mirada. Fijos los ojos, estuvieron mirándose, transformando poco a poco las miradas, cambiando los rasgos fisonómicos. Demasiado largo le pareció el mirar a Chi-

quiño. Breve a Leopoldina, cuyo coraje se afilaba, audaz y en punta, en un amago de sonrisa.

Titubearon sin saber porqué, en un indeciso malestar, sin fuerzas para salir del trance embarazoso.

Movidas por idéntico pensamiento, como si temiesen ser descubiertos, a un mismo tiempo tornaron ambos la cabeza, escudriñando la densa oscuridad que se interponía entre el carro y el pueblucho. El oído atento, no recogió un solo eco. Buscaban el ruido anunciador, la pisada delatora de algunos pasos. La noche silenciosa que reducía el camino al tamaño de una senda ajustada, les dió un valor inesperado que se hizo firmeza y deseo en Leopoldina; seguridad e impulso en el muchacho.

— ¡Vení, vení!... — alcanzó a articular la boca de la mujer. Y no había terminado su invitación cuando Chiquiño la hacía rodar sobre el pasto. Como dos sombras unidas, proyectadas por una luz que cambia de lugar, se apretujaron contra una de las ruedas del carro. Luego una vibración del cuerpo de Chiquiño y el largo suspiro de Leopoldina, sin palabras ya, apresando el deseo tartamudeante del muchacho.

El campo exhalaba un olor fuerte, a pasto quebrado y húmedo.

Solapada y encubridora, la lumbre tenía dos puntas de fuego en los tizones. Y una nubecilla de polvo cruzó por el humo, dorando la escasa claridad.

CAPITULO V

Era domingo, en las enaguas almidonadas de las chinas; era domingo en el pañuelo blanco, rojo o celeste que engalanaba a los hombres; era domingo, en el caballo enjaezado con primor... Domingo en la lustrada bota, en la espuela reluciente, en la crin recién tusada de los pingos. Era domingo en el camino trillado y en el vaso de caña servido hasta los topes. Era domingo en los palenques, cruzados de cabestros. Domingo en la taba por el aire y en la apuesta sin medida y corajuda. Domingo ruidoso, en los cintos gordos de patacones. Domingo alegre en el moño primoroso, oscilante en las trenzas, prendido en los corpiños. Domingo tendido sobre los mostradores, tintos en vino. Domingo en el chaschás de las bolas de billar y en la confusión gárrula de los tacos. Domingo en la

carcajada y las palabras sin control. Y domingo en la seriedad responsable del comisario, en la preocupación avarienta del bolichero y en la artimaña celestinesca de la Mandamás.

"La lechuza" — veinte casas a lo largo del camino — era un caserío para los domingos. Tres o cuatro boliches tenían caballos apostados en las puertas, filas de cabalgaduras de todos los pelajes, de todas las marcas. Las colas inquietas, alzaban nubes de moscas, y el piso, verde de bosta fresca, ponía una nota de color en la tierra parduzca y árida.

Volantas, sulkis y jardineras, próximas a una enramada baja, de techo pajizo raído por los vientos.

El boliche más frecuentado era una casa baja, de frente de un rosa desteñido. A la derecha, maizales. A la izquierda la cancha de carreras. Quinientos metros aplanados, donde se abría un trillo polvoriento.

Los ponchillos de verano aleteaban en la puerta del boliche y de bajo de ellos se movía la mano que registra el cinto, sube la bombacha caída o palpa la culata del revólver o el mango del cuchillo. A los pobres

borrachos se les desarma. A los ricos se les respeta el derecho de seguir armados.

A pocos pasos de la pulpería, próximo a un rancho de totora, manipuleaba un par de gatos barcinos un personaje llamativo. Vestía camisa roja, bombacha azul y alegraba su cabeza de negro motudo un chambergo de paja, cuya ala estaba unida a la copa por un broche dorado descomunal. Se llamaba Paujuán — acoplamiento de los nombres Pablo y Juan.

Con una carcajada de loco atraía a los habitantes de los ranchos que no concurrían al boliche.

Brasileño el sujeto, explicaba en una jerga pintoresca la utilidad de los gatos.

La concurrencia, mujeres y niños en su mayoría, se mostraba incrédula. Paujuán presentábales las carreras de gatos y hacía un formal desafío a los felinos de "La lechuza".

Las carcajadas del negro atrajeron público. Mientras preparaba la cancha, lanzaba pullas, zahería a alguien, bromeaba con los gurises.

Se había formado una rueda inquieta alrededor suyo. Demoraba ex-profeso para atraer a la gente.

Desembolsó por fin la pareja de gatos, que tres o cuatro veces había amenazado con dar libertad.

De la pareja, uno era rabón, con las orejas cortadas. Si su maullido no entrase en su cuerpo, cómo entraba, largo y lamentable, la gente hubiese dudado de que era un gato.

Paujuán sacó del bolsillo un reseco marlo de choclo y, dejándolo caer, cogió por la cola al otro gato. Lo levantó en el aire y fué acercándolo poco a poco al marlo. Furioso el animalejo, estiraba sus patas, armadas las uñas, buscando algo de que prenderse. Con un manotón, alcanzó el marlo y el enfurecido animal llevóselo a la boca, hundiendo en él sus colmillos. La escena duró unos instantes, hasta que el negro sonrió satisfecho, sentenciando:

— Istá furioso.

Largó el gato dentro de la bolsa, donde maullaba el compañero rabón. Ante la expectativa de muchos — ya aumentada considerablemente la concurrencia — comenzó a desenvolver un ovillo de gruesa piola. Arregló cuatro estacas de estaquear cueros y clavándolas a cierta distancia, preguntó si en el boliche había gatos. Unos chicos co-

medidos trajeron al momento dos ejemplares negros, que maullaban rodeados por los perros.

Al verles, el negro opinó que estaban muy gordos y pesados para correr.

Los paisanos le observaban. Matacabayo y Secundina se acercaron a curiosear.

Colocadas las estacas una frente a otra, a una distancia de diez pasos largos, unió las dos primeras con la piola. Luego hizo la misma operación con las restantes.

La expectativa se hizo cada vez mayor. Aparecieron dos chicos más, con sendos felinos. A uno y otro lado del negro maullaban gatos de varios pelajes. Miserables animales sarnosos, que hacían sonreír a Paujuán.

Terminada la tarea de extender las líneas, exclamó:

— Bueno... Isto e pra meus bichinhos... A segunda volta eu desafío a todos os gatos de "La lechuza".

Se apretó más aun la rueda. En el centro, el negro se sentía admirado y motivo de atención. Se destacaba espectacular, con su camisa roja y su bombacha azul.

El negro se encaminó con el gato rabón hacia una de las estacas. Un collar de trapo

se ajustaba alrededor del pescuezo del animal. En el collar, una argolla, en la cual ensartó la piola, que volvió a atar fuertemente a la estaca. Así amarrado, el rabón se quedó quietecito maullando.

Con el otro felino hizo igual operación. Como a los gallos antes de entrar en el reñidero, trató de enfurecer con el marlo a los gatos.

Cada gato en la estaca correspondiente y en medio el negro, con el saco de arpillera que los contenía.

— ¡Bueno, hay que apostar! — gritó. Y, encarándose con Matacabayo, le interrogó:

— ¿A queim aposta o sinhor?

— Hacelos correr, no más... Dispués apostamos.

— ¡A no, sinhor! ¡Teim que fogar!

Dos paisanos quisieron apostar entre sí.

— Voy al rabón.

— ¡Yo voy al barcino coludo, cinco pesos!

Y uno del grupo que permanecía atento bromeó con el que ofrecía cinco pesos contra el rabón:

— ¡Qué vas a apostar vos, que tenés la bolsa como buche de pavo rastrojero!

Un pavo que se alimenta en los rastrojos tiene el buche lleno de pajas inútiles. El

herido con aquel dicho abarajó la broma y se adelantó:

—¡A vos mismo te los juego!

—¡Pero si no corren ni nada que se le parezca! — terció otro.

Ante la incredulidad de la gente, Paujuán, gran conocedor de su público novato, creyó conveniente hacerlos correr para demostrar la forma cómo se desempeñaban los felinos.

—¡Eu vo facer una experiencia!

Y, dispuesto a la demostración, de pie entre los dos animales, pidió cancha para sus pupilos.

Levantó la bolsa en alto, en ademán de dar la orden de partida, y lanzando un ronco ¡Aura!, bajó el brazo, sacudiendo en el suelo el saco de arpillera. Y la pareja de gatos rompió, asustada, en feroz carrera, ante la amenaza de un castigo. Huyeron bajo la tendida cuerda sin apartarse de ella, hasta dar con sus cuerpos en la otra estaca. Chocaron en el extremo de la cuerda y se tumbaron, previo vuelco por el aire. El rabón llegó primero e inmediatamente revoleó por el aire la cola el otro animal. Como dos briosos caballos, luego de haber corrido, los gatos daban saltos, atados a la cuerda, amarrados a las estacas.

Una descomunal gritería saludó el triunfo. Era una realidad las carreras de gatos. Ya no había dudas. El negro acariciaba su pareja, desafiante y triunfal.

El comentario cerró más el círculo de curiosos. Matacabayo demostraba un entusiasmo repentino.

—¡Lindo, canejo, lindo! — exclamaba, fuera de sí.

Dos o tres paisanos, alejados del grupo y cuchillo en mano, preparaban estacas. Se buscó cuerda en la pulpería y estaban dispuestos a acollarar los gatos que habían traído los chicos.

Al poco rato había tres felinos más, prontos para participar en las carreras.

Matacabayo levantó apuestas y aparecieron contrincantes y jugadores.

Caía la tarde del domingo.

Se acercaron al grupo, Chiquiño y Leopoldina, primero. Después Rosita y Clorinda.

Se corrieron, una tras otra, muchas carreras, las cuàles ganaba con frecuencia el rabón a quien sólo le hacía mella un gato cruza de montés que trajeron de un rancho. Era un ejemplar bravío que, no bien caía el golpe de negro en terra partía hecho

una furia y se estrellaba en la estaca del otro extremo.

Se fué haciendo el crepúsculo. Corridas las carreras de caballos, se acercaron los jinetes a ver lo que acontecía en aquella rueda.

Apenas se veían los objetos a corta distancia. No obstante lo avanzada de la noche, se repetían las apuestas, saltaban los gatos envueltos en una nubecilla de polvo dorada por las luces últimas del crepúsculo. Y, las cabezas gachas, los cuerpos inclinados y los gritos de los jugadores, entraron en la noche, cerrándose la fiesta con las carreras de gatos.

En la pulpería — que ya se sabía de la expulsión del pueblo vecino de las vendedoras de quitanda — se comentaba el hecho y se dijo que el negro formaba parte del circo.

Matacabayo invitó a Paujuán para seguir andando en su carro, con las chinas carperas, que tanto público atraían, seduciendo a la paisanada.

Si Matacabayo y Secundina conquistaban al negro, perdían, por otro lado, a Clorinda La amazona no podía resistir a la atracción de Don Pedro. Aprovechó el regreso de la

gente de Tacuaras y en una volanta, sin despedirse, regresó en su busca.

La noche en el carretón fué triste. Rosita, Petronila y Secundina recibieron pocas visitas. Matacabayo, en la pulpería, fué inclinando el codo — uno tras otro vaso de caña — y estaba completamente borracho.

Chiquiño y Leopoldina habían desaparecido en uno de los caballos del carro. Se les había visto camino del rancherío de Cadenas.

En la borrachera oyó Matacabayo insulos, vejámenes y toda clase de humillaciones.

— ¡Andá con tus quitanderas! ¡Aprendé, viejo sonso, a domar mujeres! ¡Para nada te sirve haber matau matungos!...

A la mañana siguiente, rumbo al Norte, siguieron los restantes, incluyendo a la troupe el negro de las carreras de gatos.

Las primeras quitanderas sufrían el primer fracaso.

CAPITULO VI

"El paso" de Mataperros bordeado por un boscage seco, pleno de resaca. Los árboles de un color pardusco, mostraban ramas tronchadas, hojarasca en las copas, plumas, esqueletos de pescado, trapos y hasta alguna viruta de latón enredada entre el ramaje. Hacía apenas unos quince días, el arroyo se había salido de su cauce, arrastrando cuanta basura hallara por las riberas.

Desde lejos se veía el cambio de color de los árboles. Tan sólo los más altos, enseñaban un verde viejo y el nivel de las aguas, había llegado hasta tres metros de la normal.

La entrada del paso, aunque se marchase a caballo, se mostraba dificultosa. Había que ir apartando ramas secas, plagadas de resaca, que formaban nidos metidos en las horquetas.

Abajo, en el cauce, corría un hilo de agua

solapado. A simple vista nadie podría creer en unas crecidas capaces de arrasar con los montes.

Entre la maraña, en cuclillas Chiquiño y tirada en el suelo Leopoldina, se hallaban desde hacía más de dos horas. La mujer, no podía continuar el viaje, padeciendo un agudo dolor en la cintura. Tirada en un barranco, se quejaba ante la pasividad de aquel mozo que habíala sacado campo afuera, sin saber dónde diablos llevarla. Había escogido los callejones y el campo abierto, como quien elije un rancho cualquiera en la inmensidad del mundo.

Chiquiño se sentía en su medio natural. El campo abierto, le parecía suyo, como cualquier otro siente la sensación de la propiedad, en un cuarto de tres por cuatro. El mundo, el campo que tenía por delante era suyo, con sus montes, sus cerrilladas, sus arroyos y sus cuchillas. Suyo, para andar con aquella china que había ganado bajo un carretón, una noche, en plena soledad. Se la había ganado a su padre, a la Secundina, a los del circo, a la noche y a todos los que se la quisieron escamotear. Era cosa suya, la primera cosa alcanzada y por ello, la que más había que conservar.

Rodaron por los callejones. Hizo dos o tres jornadas provechosas, en las esquilas, mientras Leopoldina le aguardaba en un zanjón cualquiera, lavando su ropa para no aburrirse.

Con aquellas changas, pudo seguir adelante, guareciéndose en los montes si llovía, pidiendo posada en las estancias donde generosamente engañaban su hambre, con algunos "mates lavados".

Cualquier cosa, hasta robar, cuerear ajeno, antes que volver atrás, regresar a Tacuaras o "La lechuza". Y menos aun por un dolor que a él no le dolía.

En „el paso de Mataperros" acampados vieron venir la carreta. Andaba lentamente, tirada por dos yuntas de bueyes, bajo un vuelo violento de teros anunciadores. Cuando cayó al paso, reconoció el caballo de su padre. Tocando los bueyes, con el cuerpo hecho un arco, venía Matacabayo, paso a paso. Oyó su voz cavernosa:

—¡Lunarejo!... ¡Negro!... Güey, juerza güey!

Tirados en el zanjón, no se movieron. A Chiquiño le latía el corazón y sintió desmayársele las fuerzas.

— ¡Es tata, siguro que es tata! — díjole a la mujer. — ¡Pande irá!...

Cayó "al paso" la carreta, dando tumbos en las piedras, haciendo sonar su techo de cinc, desvencijado, crujiendo las ruedas y rechinando los ejes. El cencerro de los bueyes se apagaba a veces, para oirse la voz de Matacabayo:

— ¡Lunarejo! ¡Güey!... ¡Tire, canejo! ¡Negro, Negro, derecho, derecho!

Salvadas las piedras, cayó la carreta en la arena y el pedregullo de la costa.

Matacabayo detuvo la marcha y los bueyes en el agua, miraban pasar las ondas, tal vez sedientos, agitando las colas, con las cabezas tiesas, rígidas, inmóviles. Sólo la cola daba la impresión de que vivían, de que eran algo sensible en el conjunto.

Chiquiño espiaba todos los movimientos. Vió bajar a Secundina y esconderse tras unas matas. Vió apearse a su padre y abrir las piernas, mirando para abajo, muy junto al encuentro de su caballo. La picana vertical al suelo y la inclinada cabeza de su padre, le dieron ganas de correr hacia el autor de sus días. Estaba viejo, parecía cansado. Ya había llegado a los oídos del hijo, las noches de borrachera de Matacabayo. Había per-

dido sus fuerzas, primero, después la vergüenza, como resultante, sin duda, de la senil cobardía.

Conocedor de ciertas amenazas que Matacabayo había proferido en su contra, asegurando un castigo para "el gurí desalmao", Chiquiño no tuvo coraje de acercarse. Aunque su padre tal vez supiese un remedio para curar a Leopoldina, prefirió evitarle. Tenía pensado dirigirse al rancho del curandero Ita, un indio ayuntado a una china milagrera y "dotora en yuyos".

Observaba atento los movimientos de su padre en el alto obligado.

Y dejó que la carreta siguiese su marcha, con Secundina y otras mujeres que se asomaron al caer al arroyo. Dejó pasar la carreta, último negocio de su padre, cuyas fuerzas perdidas parecía haberlas recogido la Secundina para dominarle definitivamente. La vió repechar, con sus bueyes pachorras, la cuesta del otro lado y oyó los gritos de Matacabayo, entre el crujir del techo y el rechinar de los ejes.

Por entre el ramaje se fueron perdiendo de vista, poco a poco, por el callejón encrespado de cardales. Un revuelo de teros,

zigzageaba bajo, casi rozando el arqueado techo de cinc.

Cuando dejó de quejarse Leopoldina, era casi entrada la noche. Cargó con ella, la puso sobre el lomo de un bayo bichoco que había comprado a un borracho de "La lechuza" y rumbeó para el rancho del indio.

* * *

Se sorprendieron al ver que llegaban tan pronto. Se vieron en el camino del indio Ita. Un sendero viboreante, entre matas de mío-mío y cola-de-zorro. Al fondo del potrero, el rancho de Ita, de totora, raído por el tiempo, sin un árbol, chato y rodeado de maleza; de esos yuyos que se forman robustos al crecer en tierra abonada por los desperdicios. Los cardos de metro y medio de alto; el maíz desarrollado hasta el vicio.

Había entrado la noche y los perros no salieron a ladrarles. Extrañados, Leopoldina y Chiquiño, sujetaron los pingos.

— ¿Qué habrá pasau? — interrogó el muchacho. — Tengo enyegau muchas veces y nunca dejó de ladrarme „El Sentencia"...

"El Sentencia" era un mastín cimarrón,

propiedad del indio Ita, conocido en veinte leguas a la redonda por su tamaño. Tan "mentau" era "El Sentencia", que aparecía en los sueños y en las pesadillas del paisanaje.

El indio Ita, vivía con su mujer, una esquelética china, a la cual le quedaba pelo apenas para hacerse un par de trencitas miserables, de cuatro dedos de largo.

"La Pancha", así se llamaba la mujer, era experta en yuyos y milagrera. No había enfermedad conocida, que ella no curase, desde "la paletiya cáida" hasta el "grano malo". Pero, cuando la visita de Chiquiño con su china, "La Pancha" se hallaba en cama, moribunda.

Como no salió "El Sentencia" a rezongar, Chiquiño comprendió que algo grave pasaba en el rancho del indio Ita.

— Luz hay — aseguró Leopoldina, — pero naide se mueve en el rancho.

Avanzaron unos pasos más y, cuando estaban a cincuenta metros, ambos se apearon y, rienda en mano, siguieron silenciosos por el sendero.

Cacarearon unas gallinas, que dormían entre las zarzas. Al enfrentar la puerta entreabierta por donde salía un chorro de

luz, Chiquiño golpeó las manos con miedo.

Nadie chistó. Se miraron ambos, sin comprender lo que pasaba. La luz escasa del candil que humeaba dentro del exiguo rancho, no les permitía ver el desorden de bancos de ceibo, cajones vacíos y trastos viejos que se hallaban diseminados a la entrada. Sin duda habían estado varias personas reunidas.

No se oía ni un murmullo.

— ¡Andarán por el campo, siguro! — dijo un tanto fastidiado Chiquiño.

— Tengo miedo, viejo... Aquí se siente el silencio que deja el diablo al pasar...

— Cayate, vieja, me tenés cansau con tus sustos. Ta, con las mujeres!

Y, contrarrestando las palabras de su compañera, golpeó sus manos con violencia.

Al instante, se abrió la puerta y apareció en la semiclaridad, la silueta inconfundible de Chaves, el tropero enlutado de la noche de Tacuaras. Tuvo que agacharse, para traspasar el umbral.

— Güenas noches.

— Güenas, Chiquiño... Yegás justo en las boquiadas de "la Pancha"... Entregó su alma a Dios, la disgraciada!

— Dios me perdone! Qué mala seña! — exclamó Leopoldina.

— Y ¿qui hay con eso? — corrigió desafiante Chiquiño. — Alguna brujería, sin duda, ¿no?

— Es malo yegar a un lugar, en el momento de morir algún cristiano...

Salieron del rancho sollozando, una vieja y dos muchachas. En seguida les siguió un paisano de pelo largo, encanecido, con el sombrero en la mano.

Las mujeres lloraban con gemidos histéricos. El paisano de los largos cabellos, sacudía de un lado a otro la cabeza. Chiquiño se asomó a la puerta y vió al indio Ita, arrodillado al lado de la cama de "la Pancha".

— Acabó de matar "El Sentencia" de una puñalada — dijo Chaves, — pa conseguir la vida de su hembra... Y, ahí lo tiene, solo, tirau al lau de la cama. ¡Qué enjusticia!

Leopoldina empezó a llorar. Gimió de golpe, al punto de asustar su caballo, del cual no había largado la rienda. Chaves se encargó de atarlo al palenque y, entonces, Leopoldina, se entregó a un llanto sin me-

dida, quejumbroso, al lado de la vieja y las muchachas.

— De nada le sirvió sus yuyos — dijo el hombre de los largos cabellos, — ni el sacreficio del Sentencia! ¡Pobre la Pancha!

Sólo se oía el llanto de las mujeres. Chiquiño, al lado de la muerta, contemplaba al indio Ita, en sus tribulaciones y quejidos. Se agachó y le dijo:

— ¡Ai que ser juerte, Ita!... ¡Resinación, amigaso! Aquí estamo pa lo que quiera mandar.

El indio Ita, se puso de pie repentinamente. Su alta figura, proyectaba quebrada sombra sobre la cama, sombra que ascendía en la empalizada de paja, se doblaba en el techo, como volviendo hacia él.

— Siguro, — dijo el indio — ai que ser juerte, como era la finada, que aura está en brazo de la muerte!

La mirada del indio se hizo dura. Frunció el entrecejo y se quedó mirando el cadáver, inmóvil como dominado por una idea. Sus facciones finas, se aguzaron más aun. Se diría que toda su raza, acudía de golpe a dar carácter a su figura, típica y exacta.

Entraron en el rancho Leopoldina y una de las muchachas. No cesaban de llorar.

Lloronas de profesión, por encargo, muchas veces, ahora berreaban de lo lindo. Tras ellas, la negra silueta de Chaves.

El indio Ita no se movía. Como era su costumbre, le gustaba sobremanera sorprender al paisanaje con actitudes extrañas. Había llegado al pago, hacía quince años. Su mujer, fué milagrera desde el primer momento. Y él, sabía tanto de curtir cueros y cuerear en mil formas zorros, nutrias y venados, que se había conseguido la admiración de todos. Pero sus usos y costumbres eran muy particulares. No se apartaba de ciertos ritos de su tribu lejana.

Observaba el vuelo de las aves, escudriñaba el cielo, hablaba con la luna. Todos estos apuntados hábitos, sorprendieron en un principio. Pero, como en repetidas ocasiones acertó, anunciando con muchos días de anticipación, mangas de langosta, lluvias con piedra y algún otro fenómeno extraordinario, acabaron por tenerlo como Mano Santa o como un poco brujo. No se sabía de dónde había venido. Siempre que se hablaba de ello, respondía que la selva impedía ver el lugar.

Ita, dándose vuelta autoritario, exclamó:

— ¡Vayan pa ajuera! ¡Dejenmé solo!

Y, cuando las lloronas salían y se agachaba Chiquiño, para salvar la puerta, se oyó la voz del indio que agregaba:

—¡Aura, hay que despedirse!...

Aseguró la puerta por dentro. A oscuras las mujeres, bajo una enramada que servía de gallinero, cesaron de llorar, ante el revuelo que producía su llanto entre las aves.

Los tres hombres se quedaron silenciosos, hasta que Chaves preguntó a Chiquiño hacia dónde marchaba.

—¡Voy pa la frontera, a buscar trabajo!

—Y ¿el viejo Mata? — inquirió nuevamente.

—Juyó con las carperas y la Secundina.

El paisano de los cabellos largos, encendió un pucho apagado, en su yesquero.

—¡Vaya rezando un padrenuestro, hija! — le dijo a la menor de las muchachas. — No hay que olvidarse que le curó el pasmo la finada. ¡Hay que rezar por su almita!

—Bueno, tata...

Y, la muchacha, en voz baja, comenzó una oración.

Los tres hombres la escuchaban, mirando de cuando en cuando el cielo, como si buscasen algo.

—Pobre Sentencia! — exclamó el de

los cabellos largos. — Un sacrificio enútil...

— Siguro, pa qué esas cosas, digo yo — agregó Chaves. — Este hombre está medio embrujau. Tuitos lo'jindios dicen que eran ansina!

— Cada cristiano tiene su creencia! — dijo Chiquiño — y no hay más que respetarla.

— Siguro — agregó sereno y firme el de los cabellos largos. — En su tribu, asigún cuenta él, las cosas eran muy diferentes!

Se hizo un silencio todo hormigueado de palabrejas breves o entrecortadas.

Chiquiño se ofreció para ir a comprar velas, pensando en la última frase del indio: ¡Aura, hay que despedirse!...

— No sabemos entuavía cómo quiere velarla el indio — dijo Chaves. — ¡Quién sabe!...

— ¡Aura un Ave María, m'hija! — ordenó el hombre a la misma criatura. — ¡Pa eso se le ha enseñau!

Y, en coro, las cuatro mujeres, rezaron en voz baja, en la enramada miserable donde las gallinas, de cuando en cuando, lanzaban un cacareo de protesta.

Chiquiño insistión en ir a comprar las velas. Como Ita demoraba en salir, deci-

dieron llamarle. El hombre de los cabellos largos se dirigió a la puerta y metiendo la mano en una rendija, agrandó el espacio, consiguiendo mirar para adentro. Un desgarrador suspiro salió de su garganta, al mismo tiempo que exclamaba fuera de sí:

— ¡La Virgen me perdone!... ¡Joi Dió!

Y, tapándose los oídos, despavorido, corrió hacia donde estaban las mujeres.

Chiquiño y Chaves, se abalanzaron hacia la puerta, seguros de que algo terrible debía pasar allí dentro. Como ante esos espectáculos impresionantes, que por un extraño fluído, corre el sentido trágico del acontecimiento, sin que haya sido aún conocido por los demás, erizados de curiosidad dramática, se precipitaron hacia la puerta del rancho.

Y, como presas de pavor, los dos hombres, el alto de negro, Chaves, y el muchachón recién lanzado a los caminos y las pampas, Chiquiño, ambos pudieron ver la escena pavorosa que dentro del rancho, acababa de descubrir el hombre de los cabellos largos. Ita, el indio milagrero, desnudo, y desnudo el cuerpo de la finada, desnudo el cadáver de la Pancha, estaban amándose. Bárbaramente unidos, frenético el indio desde la

vida, y yacente y fría la mujer. Los caídos brazos de la hembra, pendían de la cama, mientras iba la cabeza del indio, de un lado a otro del rostro pálido, besándola, en aquellas apresuradas últimas nupcias, a la luz de un candil, parpadeante y amarillo.

* * *

Cuando el indio Ita, se había despedido de su mujer; cuando quedó frío el cuerpo de la Pancha, a lo largo del catre y con los brazos ahora sobre el pecho; cuando se había despedido definitivamente, salió afuera y la noche, enorme y vacía, se le presentó como una inmensa cueva. Le habían dejado solo.

Se oía un galope apresurado por el camino. El indio Ita, sintió el frío del hocico de su perro. Sintió que le lamía una mano. Oía el ir y venir del "Sentencia". Y, se quedó inmóvil, fijo en su sitio, como un símbolo.

El silencio le pesaba sobre los hombros.

* * *

Chiquiño huía presa de pavor. Nada podía explicar a su compañera. Cuando intentó

hacerlo, vió tan real el cuadro del indio en sus nupcias impresionantes, que no pudo hablar. Y huyó, a galope largo por el camino, erizado de miedo, perdido en la noche.

* * *

Desde aquel episodio, después de ver al indio Ita „jinetear a la muerte'' — como decía Chiquiño al contar la historia, varios meses después, — desde aquella primera noche de hombre "acoyarau'', no paró de andar.

Las cuchillas le vieron bordear las cañadas, cruzar campos, vadear arroyos crecidos. Le vió la gente galopar bajo la lluvia portador de un chasque, acompañar a algún forastero, casi siempre contrabandista; servir de guía a la diligencia, cuando ésta se veía obligada a salvar un pantano, o evitar un encuentro con la policía, si llevaban tabaco.

Sólo tenía un temor: cruzarse con su padre. Si oía hablar de quintanderas o simplemente de fiestas en los boliches, evitaba pasar por el lugar señalado.

Matacabayo seguía rumbo al Norte, midiendo leguas al paso cachaciento de la ca-

rreta, unas veces dormido sobre el caballo y otras escudriñando las luces en el horizonte.

Y, se perdió internándose en los pagos, donde no habían pulperías con pedazos de hierro doblados por sus manos, ni monedas de plata arqueadas con sus dientes.

Se lo llevó el camino.

CAPITULO VII

— ¡Dejáme, dejáme ver si pasa el patrón! — rogaba libertándose de los brazos de Maneco, la china Tomasa. — ¡Dejáme, te digo!

Y, consiguió asomarse a la ventana del rancho, para ver pasar a don Cipriano, el joven patrón de la estancia.

— ¡Tá que sos guisa! ¡Te va a ver y va a mandarte que le cebés el mate!... ¡No te asomés, cristiana!

Maneco, que había conseguido meterse en el rancho de las sirvientas a la hora de la siesta, estaba ansioso, con las bombachas medio caídas, la golilla por un lado, el cinto en el respaldo de la cama de hierro.

La ventana era más bien alta y desde la cama, que se hallaba recostada a la pared, Tomasa, de rodillas, podía espiar al patrón. Con el corpiño abierto, dejaba al aire parte

de sus abultados senos, que rozaban en la pared de barro cuando la muchacha inclinaba el busto para somarse.

Escondido tras ella, Maneco metía las manos entre la pared y el cuerpo de la moza, tratando de separarla de la ventana y aprovechándose, de paso, para acariciar aquel cuerpo duro, de carnes firmes y olorosas.

Tomasa persistía en estar asomada a la ventanuca. Quería ver pasar a don Cipriano, un hombre hermoso si los podía haber, pero frío e indiferente a las mujeres. Después de hacer una corta siesta, todos los días, atravesaba el patio de naranjos y se iba a los galpones, a conversar con la peonada. Tomasa quería verle pasar, quería darse el gusto de verle pasar, arrogante, con paso firme, mientras ella tenía a Maneco en la cama, con las bombachas caídas. Arrodillada en el lecho, espiaba, alejando a veces las manos del mozo, que, de puro confianzudo, ya iba metiéndolas donde no debía.

— ¡Bajáte cristiana boba! ¡Aura que pude ganarme sin que me viesen, debemo aprovechar! — insistía Maneco, vehemente, acalorado, con la camisa pegada a las espaldas sudorosas.

— Andá, sosegate, dormí un poco. ¡Yo no dejo de mirar la pasada del patrón!

— Pucha, ni que estuvieses enamoretiada de don Cipriano! — exclamó Maneco

— No digás zonceras, negro. E pá estar segura de que no me va a yamar.

Maneco no quiso insistir y se limitó a acariciar el vientre, los senos apretados de Tomasa, sin que ésta ofreciese resistencia.

Era un día de sol vertical, sin una brisa, de calor sofocante. En el rancho, la atmósfera era pesada, y por él, iba y venía una clueca, que ya no podía resistir más el nido. Con el pico abierto, se acercaba a la puerta y miraba de arriba a abajo.

Maneco, remangado, ora acariciaba el cuerpo de su china, ora se quedaba quieto, con la cabeza junto a las caderas de la muchacha, respirando fuerte, en un delicioso sopor. Tomasa no protestaba. Antes bien, pareció ceder, colocando ambos codos en el marco de la ventana y dejando a Maneco que desnudase las cintas de sus enaguas. De rodillas en la cama, separada ahora del muro, Tomasa se mostraba dócil al muchacho, quien a su albedrío, levantaba las faldas, acariciaba los muslos, besaba a su gusto.

No se atrevía a hablar. Comprendió que una sola palabra lo echaría todo a perder. Y, silencioso, se aprovechaba de la licencia inesperada que Tomasa le ofrecía, besándole los brazos.

La moza, miraba con ojos encendidos a su patrón, quien, bajo un alto naranjo, conversaba con uno de los alambradores de la estancia. ¡Qué bien quedaba don Cipriano, cuando levantaba la mano y se afirmaba en el tronco del árbol! ¡Qué esbelto era y cómo resaltaba su figura! Fumaba. Conversaba. Le explicaba al alambrador algún trabajo, y, de tanto en tanto, una mirada al pasar, iba a darle emoción extraña a Tomasa. ¡Cómo gozaba viéndole!

Don Cipriano, acariciaba el tronco del árbol. Don Cipriano se pasaba las manos por el pecho. Don Cipriano arrancaba una hoja del naranjo, la deshacía entre los dedos y se la llevaba a la nariz. Don Cipriano, miraba hacia el rancho, sin querer, pero miraba. Y, Tomasa, se estremecía al hallar sus ojos, aun a tanta distancia. Don Cipriano se pasó la mano por la nuca, se rascó en el pecho. Tomasa devoraba sus movimientos, le seguía en todos sus ademanes, besaba a la distancia, los brazos del

patrón, sus brazos robustos y blancos, a pesar del sol que tomaban en las faenas. Tomasa habría dado su vida, por tenerle cerca, en aquella aplastante siesta, con toda la modorra de la hora, con toda la molicie del instante, encendida por las caricias del muchacho.

Maneco respiraba como si hubiese corrido tras de un animal chúcaro, de apié, en el rodeo. No quería hablar, no quería romper aquel sortilegio. Le caían por la cara gruesas gotas de sudor y había empapado ya, las enaguas ligeras de la muchacha. Ella también, dominada por la voluptuosidad, transpiraba y se le iba poco a poco humedeciendo el corpiño ajustado. Al notarlo, Maneco levantó la mano y deshizo el nudo que en la espalda lo sostenía. Y cayeron, firmes y temblorosos, los abundantes senos, como caen, sobre el agua de la vertiente, las cabezas sedientas de las bestias.

Tomasa cerró las piernas y apretó el cuerpo contra la pared de barro, aprisionando las manos del muchacho. Maneco no se atrevía a encerrarla entre sus brazos y tumbar aquel cuerpo caliente sobre la cama, como se tumba una vaquillona para meterle la marca de fuego.

Sintió, poco a poco que, trémulo, el cuerpo aflojaba, cedía a una extraña gravedad, desplomándose. Entonces vió los ojos y la boca de Tomasa; su cabeza inclinada, vuelta hacia atrás. Le miraba como si despertase. Pero, de pronto, la pieza obscureció, porque la china, con un resuelto manotón, violentamente, cerró la ventana. Y, cayeron unidos en el lecho... La gallina clueca lanzó un grito de alarma.

Don Cipriano se había metido en el galpón, se lo había devorado el galpón, sin que volviese una sola vez la cara hacia el rancho del servicio.

El odio al patrón, se hizo amor violento por Maneco.

* * *

Desde la carreta, la estancia se veía sin rencor. Se veía con los ojos de la fatalidad, con la mirada de la resignación, con la tranquilidad de quienes todo lo acatan y están ya sometidos. La carreta, el azar, lo que se gana y se pierde en los caminos, lo que puede hallarse, lo inesperado, capaz de surgir del fondo de la noche sin fondo; caer del cielo en los días que ni en el cielo se cree.

Desde la carreta, se veía la estancia como se ven las rocas en la ladera de las sierras, como se ven los inmensos árboles al borde del camino. Como cosas de Dios, del destino, de la fatalidad. Estancias arboladas, casas firmes, algún torreón pequeño. ¿Por qué estaban ellas enclavadas en los cerros y tenía que rodar la carreta, como rancho con ruedas, siempre por el camino, sin hallar un trozo de tierra que no fuese de nadie? ¿Es qué no habría un rincón en el mundo, para dar de comer a los bueyes, sin tener que pedir permiso, poder largar el caballo, sembrar un poco de maíz y esperar la cosecha? ¿Un pedazo de tierra sin dueño, no habría en la tierra tan grande tan grande que siempre tenía horizontes extraños?

Pero, de la carreta, no se veía la estancia nada más que como un fenómeno de la naturaleza, como una vertiente, como una cerrillada.

Habría en ella mujeres, hombres, agarrados a la tierra, firmes en el suelo.

Pasó la carreta. Tan lento era su paso, que cambiaban antes las formas de las nubes que de sitio su techo curvo, su lomo

pardo. Se diría que la iban arrancando, poco a poco, a tirones de la tierra. Se diría que estaba aferrada a ella, se diría que era una piedra grande, tirada por una yunta de bueyes.

De la estancia, se veía la carreta pasar, se le veía desplazarse lentamente, con rumbo fijo. Porque, una carreta que pasa, da siempre la impresión de que lleva el rumbo firme, que va segura hacia algún lado. ¿Para qué moverse en el campo, si no para ir a algún sitio seguro, para conquistar algo? Nadie dió jamás un paso, nadie anduvo una legua tan sólo, sin conquistar un palmo de tierra. Sin embargo aquella carreta, solamente cuando estaba detenida en la noche, tenía rumbo.

Desde la estancia se la veía pasar indiferente. Ya los perros habían vuelto del camino, luego de cerciorarse de que no pasaban enemigos suyos. Olfatearon el barril de agua que pendía entre las ruedas y ladraron por si acaso, al hombre que iba montado,

La peonada se enteró del paso de las quitanderas. Tomasa oyó el comentario. Por la noche, un sábado primaveral, Maneco,

y con él, el resto de los peones, rumbió para el "Paso de las Perdices".

A media noche, silenciosamente, don Cipriano cruzó el patio de los naranjos. Se lo tragó una sombra, y desapareció en el rancho de las sirvientas.

CAPITULO VIII

Aguas arriba... Aguas arriba... Bajan, con lentitud, en el telón del paisaje, repetidos árboles, repetida maleza, uniforme ribera. De vez en cuando, desde la costa, un animal mira absorto la marcha fatigosa de la embarcación. Se suceden las playas cenagosas, se repiten los árboles seculares y los matorrales; los camalotes, las playas de arena y las temblorosas ramas de los sarandíes.

Bajan las riberas lentamente, mientras remonta con dificultad la barcaza. Seis hombres escudriñan la selva, la floresta salvaje, de donde brotan gritos ásperos y trinos dulzones. El resoplar del motor a vapor va arrancando pájaros de las playas, cuyos vuelos, duplicados sobre las aguas, tienen siempre el mismo zig-zag, idéntico planeo. Por momentos, las explosiones del motor parecen obstinadas, agujerear el si-

lencio, donde las horas se pegan como las moscas en un papel engomado. Cuesta salir de una hora, para entrar en la otra. Al sol, el tiempo es impenetrable y hay que vencerlo.

Las nubes amenazan lluvia.

Ayer llovió y la cubierta quedó limpia y olorosa. Salieron de la lluvia para entrar en el calor. Los seis hombres no se hablan con las manos inútiles y la boca seca. Cuando el barco se aproxima a las costas para ganar tiempo en alguna curva del río, entran trinos de pájaros por las ventanas de babor, para salir por las persianas bajas de estribor, donde el sol se obstina en entrar.

Las seis miradas buscan en la frondosa ribera dónde posar la visual. Descubren la copa de un árbol cien metros antes de enfrentarlo y cuando están próximos se deshace el símil que imaginaron a la distancia.

"Parecer la cabeza de un burro", piensa uno. Desde otro punto de vista, el árbol parece una torre. pero al enfrentarlo es simplemente un árbol.

No pasa lo mismo con las nubes. Cuando una tiene la forma de un muslo de mujer, sigue pareciéndoles tal cosa hasta más de media hora.

Llevan catorce días de marcha, sin hallar puerto propicio. Por la noche se detienen a pescar, en "las canchas" apropiadas o junto a "sangradores", donde es fácil sorprender "tarariras" grandes, en las ollas, cuidando sus huevos.

Al día siguiente siguen andando. Son seis hombres, cinco humildes y uno soberbio: el capitán. Tórax ancho, brazos al aire, tostados por el sol; ojos pequeños y dañinos, frente estrecha, bigotes caídos sobre un carnoso labio inferior. Se alegra por la noche y se complace en contar historias escabrosas, cuentos de mujeres de razas desconocidas para el resto de la tripulación. Cinco mestizos, achicharrados por el sol, entecados, enfermizos. Uno con un pulmón de menos, el que va en la caldera. Otro, con asma. Un tercero, desdentado, flaco, roído por alguna enfermedad. Sin bríos los restantes, chiquitos, apocados, mestizones sumisos, doblados de cargar sobre los hombros cajones cuyo contenido jamás conocieron.

Dentro de tres días tendrán un puerto. Cuatro ranchos en un riacho, abajo y arriba de una barranca. Esto lo saben los tripulantes por el capitán, quien conoce el puerto, y, según su entusiasmo, espera pasarlo bien.

La noche antes del arribo el capitán está nervioso. Como los camarotes — si así puede llamárseles a los cuartuchos de a bordo — están separados por un tabique miserable y en un lado apenas por un encerado amarillo, el capitán pide que cese la tos de uno de los tripulantes, que dejen de conversar otros dos, cuyos cuchicheos le impiden pegar los ojos.

Han detenido la marcha, están anclados. En el silencio nocturno se oyen las voces de protesta del capitán y queda todo en silencio ante la orden superior. El tic-tac de un reloj, el ir y venir de las ondas y la música de los grillos en la ribera espesa de bosques.

Y fácilmente se duermen con un zumbido de mosquitos, que hace tiempo dejaron de percibir los oídos.

* * *

Noche entrada, con dificultades, frente al atracadero amarraron la barca. En el rancherío del puerto no se hacía mucho gasto de luz. Exaltaban la noche los ladridos de los perros, lejanos y próximos.

El capitán, bien comido y mejor bebido,

se dió sendos golpes en el pecho con las manoplas abiertas. Parecía llamar en su cuerpo algo que se había dormido durante el viaje, como si despertase un otro yo, decidido y valiente.

Supo, por un amigo que en el rancherío tenía, el arribo de un carretón con quitanderas.

— No son muchas, pero de las tres hay una de mi flor — le enteró el camarada de tierra.

Algo distante del caserío, en un fogón bajo la carreta, pestañeaba una luz. Allí era el campamento.

El capitán, que toda vez que arribaba hacía subir alguna china al barco, se guardó muy bien de bajar a tierra, a fin de evitar encuentros con viejas amistades.

— Tráela a bordo a la bonita — pidió el capitán.

— ¡Se la mando en seguida, antes que yueva, capitán!.— prometió el demandado.

La precaución no estaba de más. Se avecinaba un chaparrón con toda seguridad, pues los "jejenes" estaban rabiosos y había nubes de mosquitos en el aire.

En el primer momento pensó en enterar a la tripulación de aquel acontecimiento.

Pero luego desistió, pensando que, en caso de ir a tierra alguno de ellos, podía ser visto por la chica a la cual prometió volver. Enterada su amiga del último viaje, iba a desbaratar los planes. Además, los mestizos y mulatos de la tripulación estaban sin fondos para ir a tierra. ¿Qué iban a hacer, por la noche, si no se acercaban a la rueda jugosa de las quitanderas? ¡Nada! ¡Que se quedasen a bordo!

Llegó una de las quitanderas en momentos que la garúa arreciaba. Con los cabellos empapados, apareció una buena cuarterona, ancha de caderas, firme de pechos, con unas piernas flacas, inverosímiles, verdaderamente desproporcionadas con el resto del cuerpo. El rasgo que más sedujo al capitán fueron los dientes blancos, fuertes y parejos de la cuarterona.

Como llovía, el comedido camarada regresó a tierra sin más trámites. En su reducida cabina, el capitán no podía estar sino abrazado a la quitandera. De pie o de cúbito dorsal, pero abrazado.

Supo su nombre, supo su edad, supo cómo viajaban, para dónde iban, de dónde venían. Todo esto lo iban sabiendo, al mismo tiempo, los cinco tripulantes, quienes

simulaban dormir, engañándose los unos a los otros.

El capitán mintió, exageró, prometió. No era de esperar otra cosa. Los tripulantes supieron del engaño, de la exageración, de la falsedad de aquellas palabras. Pero todo eso no tenía importancia para quienes oían, unos a través de un tabique y tras de un encerado el resto. ¡Si la lluvia arreciase por lo menos! Si no hubiese llovido habrían podido tender las camas en la cubierta. Pero a que pensar en esas cosas. En realidad era agradable oír las mentiras del capitán, sus invenciones novedosas, las falsas promesas. El capitán mintió hasta en lo atañedero al manejo de la barca. No habían desplegado una sola vez las velas y quería hacerle creer a la pobre quitandera de que volaban sobre las aguas. ¡Aguas arriba, nada menos! La tripulación pesaba las palabras del capitán, pero cuando el hombre comenzó a contar novedades, hechos reales, cosas sucedidas en el barco, como una vez que vararon en el paso del Hervidero, les pareció muy aburrida la conversación y dos de ellos se durmieron de verdad. Se le oyó bostezar a uno, soñar en voz alta al otro. Era cosa de dormirse el oír al capitán decir aquellas ton-

terías. El número de bagres pescados, el día que sacaron un surubí, la vez que se clavó un anzuelo en el vientre. Pero, al llegar a este punto de la conversación, los que estaban despiertos oyeron la voz de la quitandera, seguida de una carcajada.

— ¿Aquí te clavaste el anzuelo?... — Y golpeó, al parecer, el vientre del capitán.

— Sí, aquí en las berijas. Decí que estaba de berijas dobladas, pescando, y no se me hincó del todo.

— ¿Tenés cosquillas? ¡A ver! ¡A ver! — la quitandera reía a carcajadas y el capitán le pidió silencio, explicándole que había cinco hombres a su mando durmiendo pared por medio.

— ¿Cinco hombres? — preguntó la quitandera, asombrada.

— Cinco muchachos que deben roncar. — Hizo una pausa. — ¡Escuchá!

Efectivamente, se oían ronquidos.

El silencio impuesto y aquella breve pausa les hizo cambiar el rumbo de la charla. Comenzaron a besarse. Ella, creyendo serle más grata, le hacía cosquillas y el capitán, sensible a aquel mimo, daba saltos en la cama.

Arreció la garúa. Corría el agua en la

cubierta, sonaban las gotas en la chimenea y en la ventana salpicaban con violencia.

— Esto es como una isla — dijo la quitandera.

— Claro, es un barco... ¿No habías subido nunca a una embarcación?

— En una chalana, hace tiempo, y en la balsa, pero no es lo mismo — respondió desatenta.

Se hizo una pausa. La lluvia parecía amainar.

— De manera que estamos rodeados de agua, solos... — murmuró impresionada. — Yo no podré dormir boyando en el río...

— Se duerme mejor, más blandito — contestó el capitán, acariciándola.

— Y, ¿hay cinco hombres más en el barco?

— Cinco.

— Dormidos de siguro...

— Tenemos que madrugar mañana, para rumbiar al Norte.

— Cinco y vos seis... — dijo la quitandera. — Sobre el agua, rodeados de agua... Me da miedo...

— Cayate, y dame un beso.

Y, seguida a la palabra, la acción. Y el rechinar de un elástico, protestando el peso

de los cuerpos, y la madera frágil del tabique crugiendo, y el golpe de un codazo en la cabecera y palabras entrecortadas por suspiros ahogados.

La quitandera no podía sacarse la idea de los otros hombres, acostados tabique por medio, roncando, tosiendo. Les tenía tan presente que le era imposible atender como debiera al capitán. Aquellos cinco hombres, ¿cómo eran? ¿Altos, bajos, negros, blancos? ¿Estarían dormidos o escucharían las palabras de amor del capitán? Aprovechó un instante de, tranquilidad para llamarle la atención:

— A ver. ¡Parecer que uno tosió!

— Dejá quietos a los otros. Dame la boca y cayate. ¡Están dormidos!

Se hizo una larga pausa. La lluvia había cesado. El más leve murmullo podía ser oído, en el silencio nocturno.

Los tripulantes no dormían. Los tres desvelados se guardaban muy bien de dar señales de vida, evitando así que la escena se desarrollase.

El capitán optó por apagar el farol que pendía del techo. Lo dejó con la mecha baja, poniendo la cabina en una media luz que disminuía poco a poco.

La quitandera fijó sus ojos en el farol, hasta contar las tres últimas llamitas. Cuando se hizo la obscuridad completa, abrazó al capitán, sin poder desprenderse de la idea obsesionante: Estaba ella sola, sobre las aguas, con seis hombres. Se había acostado con seis hombres a un tiempo, pues oía roncar a uno, toser a otro, darse vuelta a un tercero, y sentíase clavada en el duro lecho por el vigor del capitán. Vigor de los seis hombres, sobre las aguas, bajo la lluvia... Olía a seis hombres, a seis bocas envenenadas de tabaco, olía la boca del capitán. Su pesado cuerpo caía sobre el de la quitandera, ahogándola. En vano, con los puños cerrados, intentó una y otra vez separar aquel cuerpo del suyo.

— ¿Qué te pasa? — la increpó con violencia el capitán.

— Nada, que me apreta demasiau... — y aprovechó para quejarse.

— Bueno, cayate ahora, porque si no te meto el puño en la jeta!

Crugía el elástico, se quejaba el madero del tabique donde se apoyaba la cabecera del camastro.

* * *

La farsa del sueño simulado tocó su término cuando el capitán cerró estrepitosamente la puerta de la cabina. Hizo temblar los tabiques el insulto, acompañando al puntapié que propinó, a un mismo tiempo, el capitán a la infeliz quitandera. Los tres tripulantes desvelados levantaron simultáneamente la cabeza. Se oyeron los pasos de la mujer por la cubierta. Marchábase insultando y entre juramentos y maldiciones.

No había llegado a tierra, traspasado aún el planchón de madera, cuando los tres tripulantes insomnes, descalzos, en paños menores, se agolparon sobre la quitandera. Un paso en falso y el más audaz caía sobre la mujer en una charca barrosa. Disputándose la presa, los tres hombres anduvieron un trecho, como tres hormigas con un pedazo considerable de azúcar. La mujer era una carga ya sobre el hombro de uno, ya entre los brazos del otro, ya entre las piernas del tercero.

Se defendía como podía, lanzando puñetazos en el vacío o certeros golpes por las espaldas. Mordía, furiosa, gritaba; cuando dejaba de morder, arañaba con furia.

— ¡Los ha mandau el canaya! — alcanzó a decir en un momento.

— ¡Te juro que no! — aseguróle uno de ellos, empeñado en besarle la boca.

Aquel juramento la tranquilizó, dejando hacer. Cayó en una barranca pedregosa, sin oponer resistencia.

— ¡Dejala por mi cuenta! — pidió el del juramento. — ¡Dejala conmigo primero!

Para dar una muestra de acatamiento, la cuarterona, que había demostrado una fuerza poco común, dió dos manotones a uno y otro de los tripulantes, reservando para el que había jurado un abrazo significativo.

— ¡Qué brutos, qué bestias! ¡Los parta un rayo! — blasfemó la mujer.

— ¡Descansá, vieja, descansá! — le insinuó el elegido.

Este era un mulato retacón, barbilampiño, de largos cabellos lacios y voz afeminada.

— ¡Así se le hunda el barco al miserable! — dijo, respirando fuerte, la mujer. — ¡Me ha dau una patada que casi me tumba!

— ¡Pobrecita! — agregó uno de ellos.

— Todos son unos lobos y están combinados para esto — aseguró la infeliz.

— No, viejecita — dijo el mulato, con su vocesita aniñada. — Nosotros oímos la pelea con el capitán y te queremos defender.

— ¡Yo sabía que estaban atrás ustedes

y tenía miedo! ¡La primera vez me dejé hacer, pero después!... — y cortó su explicación uno de los apartados, ansioso de ver terminadas las explicaciones:

— ¡Bueno, metele con ése! ¡Dispués venimos nosotros!

Y se alejaron un tanto, atrás del barranco. En cuclillas, frotándose los brazos desnudos, en donde los mosquitos comenzaban a picar, esperaron su turno los dos hombres. Se oía el oleaje golpear en el casco del barco.

La quitandera recibió a los tres, de cara al cielo, de espaldas al suelo pedregoso. Amanecía cuando la dejaron en camino al carretón. Las aguas del río reflejaban el tinte rosado de la aurora. Sorteando piedras, cruzando barrancos, alzando teros, que revoloteaban encima de su cabeza, iba despertando el campo, medio dormida ella, desfalleciente, embarrada de pies a cabeza, con los cabellos al aire del amanecer. De sus caderas amplias y voluminosas caían terrones de barro que habían quedado adheridos a la ropa.

Llegada al carretón tomó cuatro mates y se tumbó en un cojinillo. Dormía profundamente, con la cara bañada de sol, cuando

por el río, agua arriba, iba navegando el barco con los seis tripulantes.

El sol le bañaba el rostro, el aire le agitaba los cabellos y le alzaba las faldas. Algunas hierbas secas se le habían metido entre los senos. Un perro, a pocos pasos, la miraba, con el hocico alargado, con el olfato atento. Y, altas, las voluntariosas y combadas caderas de la cuarterona, parecían desafiar desde el sueño en que estaban guarecidas.

CAPITULO IX

"Correntino" era un paria sobre quien pesaba el apodo de "Marica". Paria de un pobre lugar de la tierra, donde había una mujer por cada cinco hombres.

Chúcaro — así lo calificaba la gente del lugar, — rehuía al trato y a la conversación, como si huyese de un contagio. No le vieron jamás a solas con una mujer, ni menos aun rumbear para los ranchos en la alta noche... Correntino no les había visto ni las uñas a las chinas del pago. Cada una de aquéllas tenía dueño o pertenecía a dos o tres hombres a la vez... Los sábados se las turnaban, siempre que no estuviese alguno borracho y alterase el orden, antojándosele ir al maizal, cuando otro estaba con alguna de las muchachas. De noche se oían silbidos convencionales, de algún inquieto que esperaba turno.

Como todo se hacía a ojos cerrados, en las noches oscuras, a Pancha o Juana — o a cualquiera otra del lugar, — se le presentaba difícil distinguir bien al sujeto. A lo sumo podían individualizarlos por el mostacho o por la manera de reir... Otras veces sabían quién las amaba, por alguna prenda personal abandonada entre el maizal quebrado.

El único zonzo que no procuraba conseguir concubina era Correntino. Cuando en la pulpería se hablaba de aventuras de chinas y de asaltos de ranchos, Correntino, ruborizado, enmudecía.

En los bailes conversaba con las viejas. Se ofrecía para cebar mate y así pasaba las noches enteras, hasta el amanecer, indiferente a todas. Lo más que hacía era sonreír cuando alguna pareja volvía a la "sala" después de un buen rato de ausencia... En los cabellos de las chinas las semillas de sorgo o las babas del diablo, hablaban a las claras del idilio gozado...

Cuando le veían ensimismado, las viejas interrogaban:

— ¿No te gustan las paicas, Corriente?

— ¿Pa qué, si todas andan ayuntadas?...

Entonces, algún viejo dañino sonreía con la comadre, agregando:

— Es medio marica el pobre, ¿sabe?

Correntino estaba acostumbrado a aquella clase de bromas. Apenas si se atrevía a cambiar de lugar, para evitar que siguiesen molestándole.

— Dicen que muenta una yegüita picasa redomona... — maliciosamente remataba la broma un mal pensado.

— Y pué ser no má — respondía la vieja. — ¡Conozco cristianos más chanchos tuavía!

Correntino tenía tal fama de "marica", que a doce leguas a la redonda no había quién ignorase la historia del muchacho. En los días de carreras, Correntino era el motivo de las conversaciones sucias e intencionadas.

Una tarde, al entrar el sol, cruzó por el callejón, con rumbo al Paso de las Perdices, un carretón techado con chapas de cinc. Una yunta de bueyes lo arrastraba. Al anochecer concluían sus dueños de instalarse en el paso. Levantaron un campamento en forma.

Al día siguiente, los merodeadores y la policía concurrieron a averiguar quiénes

eran y qué era lo que se les ofrecía por aquellos lugares. Los estancieros temían que fuese una junta de gitanos ladrones. El comisario, desde arriba de su caballo, hizo el interrogatorio. Cuando vió asomada a la ventanilla de la carreta la sonriente y linda cara de una china de cabellos trenzados, se apeó, y, al cabo de unos minutos, chupaba de la bombilla "como un ternero mamón".

En la carreta viajaban cuatro mujeres, una criatura como de trece años y una vieja correntina, conversadora y amable, con algo de bruja en la cara y de hechicera en sus maneras.

La criatura, a quien llamaban "gurí", uñía los bueyes y dirigía la marcha. Era un adolescente tuerto y picado de viruela, haraposo y miserable. Las mujeres, casi todas ellas ya maduras, cuando no avejentadas, hacían de hijas de la vieja. Esta, una setentona correntina, de baja estatura, ágil y cumplida.

En su mocedad se llamaba La Ñata, ahora misia Pancha o la González...

— ¿Andan solas? — preguntó el comisario, con los ojos puestos en la más joven.

— Voy pa la casa e mi marido, cerca e

la pulpería de don Cándido. Si me da permiso vamo a dar descanso a los güeyes...

Al poco rato el comisario hablaba a solas con la más joven y bonita, mientras la celestina y las otras mujeres espiaban los movimientos por una rendija de la carpa que instalaban.

Muy pronto la vieja supo conquistar al comisario, mediante la entrega gratuita de la muchacha. El comisario toleraba así la estada de las quitanderas.

Poco a poco fué atrayendo gente para el fogón, mientras el pulpero se indignaba en vano, alegando preceptos morales. Bastó que la Mandamás concurriese el primer domingo a unas carreras que se organizaron en la pulpería, para que todos se congregasen en el flamante campamento.

— Vengan pa mi carpa dispué de la carrera... Hay de todo en la carreta, menos ladrones como en el boliche... La vieja González es gaucha y los compriende...

Ese mismo día la vieja consiguió una concurrencia inmejorable. Todos aquellos que habían ganado en las apuestas estaban a la noche en su campamento. Allí pasaron alrededor del fogón, sin hacer escándalo, comentando y bebiendo sin exceso. El co-

misario había hecho fogón aparte y mantenía el orden con su presencia. De cuando en cuando alguno se apartaba, subía a la carreta y se dejaba estar allí dentro con alguna de las chinas... Después, era otra la pareja, sucediéndose sin contratiempos, salvo una pequeña discusión sobre el precio, que provocó uno de los concurrentes desconformes. Con su tacto admirable, la Mandamás conformó al descontento.

— Pero amigaso, si la Flora le ha aguantau mucho rato — argumentaba la vieja. — Déle un pesito más y van a ser compañeros...

Aquella casi promesa ablandó al tacaño.

Al clarear el día el comisario subió a la carreta con la menor. La Mandamás dormitaba, apoyando la cabeza en la llanta de una de las ruedas de la carreta. Un cojinillo le servía de almohada. En la carpa, las otras mujeres intentaban descansar. Gurí repuntaba los bueyes para conducirlos a la aguada.

El sol limpio contemplaba el cuadro sucio de los fogones del campamento. El caballo del comisario, ensillado y sin freno, se alejaba pastando.

* * *

Eran las cuatro de la tarde cuando pasó el comisario con Correntino en dirección a la aguada. La Mandamás, con una de las ambulantes, lavaba unas ropas en la orilla del río. Cuando vieron venir al comisario con un desconocido, la González se puso de pie y forzó una gran reverencia. Guiñando el ojo, le preguntó cómo había pasado la noche y quién era el "muchacho lindo" que le acompañaba. Como Correntino continuase el camino, introduciéndose en el monte, el comisario pudo decirle que se trataba de un "marica".

— Llévelo a la carpa, comesario, yo sé desembrujar maricas... ¡Habré lidiau con cristianos maricas en la vida perra! — dijo la vieja. — Reepúntelo pal campamento esta noche y veerá si no le quito las mañas, comesario. Mi dijunto hombre era ansina.

A la noche cayó el comisario con Correntino. Ya había gente encerrada en la carreta. Un "tape" que venía, como un loco furioso todas las noches, proporcionando pingües entradas.

El representante de la justicia hizo fogón retirado del grupo mayor. La china más bonita — que era una cosa del comisario, "escriturada pa él", — como decían los

peones del pago, cuando le vió apearse corrió a su lado.

— Linda china, ¿verdá, Correntino? — le sopló al oído el asistente del comisario.

Correntino, indeciso y cobarde, no se atrevió a hablar, cohibido y amedrentado. Con la cabeza descubierta, lucía su lacio cabello renegrido. Los ojos le brillaban. En cuclillas, sus fornidos hombros y su espalda eran estatuarios.

La vieja celestina, que le miraba largamente como si quisiera recordar algo vago, le preguntó con un dejo de cariño en la voz amiga:

— ¿De ande es el hombre? Se pué saber...

— De Curuzú-Cuatiá.

— ¿Conoce los Sanches de la picada?

— ¿Los de la picada del Diablo? Siguro, si ahi m'criau... En el puesto de los Sanches...

La vieja no dijo una palabra más. Ya era suficiente... "Marica" y de Curuzú-Cuatiá... Y se dijo para sí:

— Igualito al finao, igualito...

Las parejas seguían haciéndose regularmente y subiendo y bajando de la carreta con idéntica regularidad. Como la casa-vehículo distaba un trecho del fogón, en el

pastizal seco y espeso bien pronto se hizo un caminito recto. La luz del fogón alcanzaba a alumbrar la mitad del tránsito.

De cuando en cuando, una risotada recibía a la pareja que tornaba al fogón... La vieja, el comisario, la querida de éste y Correntino seguían con solapados ojos el movimiento.

A tres metros del fogón del comisario, Gurí, tirado en el pasto, con las piernas caídas en una zanja, tenía los ojos brillantes y fijos en el grupo mayor. Ansioso, parecía asomar la cabeza y esconder el cuerpo. El mentón, apoyado en el borde de la zanja. El tórax y la punta de los pies, eran los puntos de apoyo del puente de carne que arqueaba su cuerpo. Y debajo de aquel arco doloroso, las manos...

Así estaba durante las noches de fiesta del campamento, hasta que, rendido, rodaba al fondo de la zanja, para quedarse dormido como un tronco, boca arriba, con las manos en cruz sobre el pecho hasta el primer albor...

La celestina pasaba de una mano para la otra piedritas blancas. Cada una de las que aparecían en su mano siniestra representaba una cierta cantidad de dinero que,

como administradora, debía reclamar a sus pupilas. Así no perdía la cuenta y ninguna de las ambulantes podían salir con más dinero del que les correspondía. Por distraída que aparentase estar, la González no descuidaba el negocio. Por cada pareja, tenía una piedrita blanca en su mano izquierda.

De pronto, la celestina llamó a una de las mujeres que estaba sin compañero.

— Petronila, vení pa acá; acercate, canejo. Parecés chúcara...

Petronila, comprendiendo el llamado, se echó cerca de Correntino.

— ¿Por qué no se acerca al fogón grande? —preguntó la mujer.

— Y... pa no desprecear a la señora — contestó indicando a la celestina con un movimiento de cabeza.

La mujer echó para atrás sus cabellos, voluptuosamente, guiñando un ojo a Correntino.

Su empolvado pescuezo y la garganta deforme comenzaban el desnudo. Dejó correr su mano habilísima hasta muy cerca de las piernas del hombre y comenzó a arañarle las ropas, como si jugase con él. Al cabo de unos minutos, Correntino arras-

tró su cuerpo sobre el pasto, alejándose un poco. Sonriente y temeroso, mirando la boca de Petronila, ardía en deseos.

La vieja saboreaba la conquista, como si aquello representase mucho dinero. El comisario se hacía el ciego, acariciando el mate mientras chupaba.

Cuando la mujer pudo acercar sus labios a los de Correntino fué para no despegarlos más. Se abrazaron de pronto. Revolcáronse en el pasto, hasta que uno del grupo mayor — que abrochándose el chaleco regresaba de la carreta — rió como un bárbaro, exclamando:

— ¡Correntino revolcándose! ¡Si parecen brujerías! ¡Había sido picante la Petronila!

— ¡Pa mí que le han dau algún yuyo en el mate! — agregó otro.

Correntino, mareado, no veía nada. La mujer, al sentir la risotada, largó su presa y se puso de pie. Miró el cielo tontamente. Las estrellas iban poco a poco borrándose. Se oía a lo lejos arrear animales. Amanecía. El campamento quedó desierto. Cuando todos se fueron para el caserío, Correntino subió a la carreta, esperando allí a Petronila, que hablaba casi en secreto con la vieja.

—Le levantás la camisa... Debe tener en el lomo unas cicatrices machazas!

Petronila, cuando subió, halló a Correntino arrodillado en el piso de la carreta. La aguardaba. Gateó hasta él, dejando entreabierta la cortina de cuero, intencionalmente.

La luz de la alborada entraba por las rendijas de la carreta. En las paredes, un espejo de marco de grosera madera con una cinta colorada; un cuerito de venado y otro de zorro, servían de tapujo para ocultar unas tablas roídas por el tiempo; el piso, cubierto en un extremo por un colchón de lana revuelta y apelotonada; del techo pendía una lámpara de kerosene que jamás la ponían en uso. Enredados en un montón de crin, dos peines desdentados terminaban la decoración.

Cuando Petronila trepó a la carreta, la inquietud de Correntino se manifestó en una pregunta:

—¿Se jué el comesario, m'hija?

—Se jué pa las casas; no güelve hasta la noche.

—Y la indiada, ¿se jué?

—No queda ni un ánima; acostate, acostate...

Petronila de un tirón se desprendió los broches del corpiño. Con los senos al aire, flácidos y estrujados, se puso a peinar sus cabellos, en los cuales las canas eran cosas dolorosas... Correntino la miraba con respeto, inmóvil. Petronila se tiró largamente en el colchón.

Las maderas del piso crujieron. Por la entreabierta ventanilla de cuero entraba el frescor de la mañana.

— Primero cerrá bien, Petronila, ¿querés?

La mujer, ante la desconfianza de Correntino, irguiéndose, juntó el cuero al marco de la ventana. La celestina, que estaba abajo de la carreta acechando, seguía los movimientos de la pareja. Al hacerse silencio, escurrió su menguado cuerpo entre los arreos y enseres, para colocarse estratégicamente. Cuando creyó que la pareja estaba entregada al sueño vivo y brutal, asomó su cabeza encanecida por la cortina de cuero, largando sus ojos sucios y turbios dentro del carretón. La luz que se colaba ayudó a la vieja en su afán de identificación. Al principio la escena le resultó confusa, más tarde fué dominando el lugar... Encima de Petronila, rendida, Correntino parecía

un monstruo aferrado al piso. La mujer le levantaba la camisa y acariciaba con las manos las amplias espaldas.

La vieja vió las dos cicatrices, anchas y profundas, huellas de dos troncos de ñandubay, caídos sobre aquellas espaldas cuando Correntino aun era un niño. Escondiendo la cabeza, la González murmuró:

— ¡Es m'hijo... Marica como el padre!

Y, llevando a la boca unas hojas verdes y polvorientas que arrancó del pasto, se alejó rumiando unas palabras.

* * *

Desde entonces, Correntino fué de los más asiduos y afortunados concurrentes a la carreta. Petronila tenía orden de no cobrarle. La vieja quitandera se vanagloriaba de haber desembrujado un marica. Correntino, desde entonces, resultó un hombre en toda la extensión de la palabra. En el Paso de las Perdices él y el comisario, eran los únicos que se turnaban para pernoctar en la carreta.

Correntino fué poco a poco oyendo con gusto los cuentos de aventuras y terciando en más de una conversación. Le respetaban,

como se suele respetar a los aventajados y preferidos.

Pero llegó el hastío del comisario, junto con la protesta de los vecinos serios, que no podían tolerar por más tiempo a las quitanderas. Una noche el comisario dejó de concurrir al campamento. Al otro día, el asistente llegó con la orden de desalojo. Se les ordenaba que esa misma noche preparasen la marcha y pasaran el paso.

Aunque el asistente hizo la siesta con una de las ambulantes, a la noche comenzó la marcha. Correntino y Petronila se vieron por última vez.

— Yo voy a dir con vos pal otro lau, Petronila.

— No se puede, Correntino; e lo e don Cándido me espera mi marido...

— Y quedate aquí; hacemo un rancho y vivimo junto...

— No se puede; mi marido es muy celoso y te mataría...

Correntino no se animó a insistir. La carreta iba cayendo al paso. La noche era de luna. Gurí, desde su caballo, tocaba los bueyes con la picana, silbando un estilo viejo y triste. La celestina, con un envoltorio en las manos, escuchaba el diálogo con honda

tristeza. Las otras ambulantes, tiradas en el piso de la carreta, tomaban mate. Correntino, desde su caballo, estiró la mano para despedirse. La vieja no se animaba a decirle nada.

— Cuando podás dir por lo de don Cándido, nos veremo — dijo Petronila al darle la mano.

Los ojos de la vieja estaban llenos de lágrimas. Porque eran lágrimas de ojos secos y viejos, no era necesario el pañuelo para secarlas; las enjugaba el viento. En cuclillas, en el borde del piso del carretón, iba la vieja despidiéndose del lugar. La noche era serena y tranquila, para aquellas almas resignadas y mansas.

— Hasta la vista, Felipiyo — exclamó la vieja al darle la mano.

Correntino oyó su nombre, pero le pareció aquello una alucinación, un sueño. No podía ser verdad que lo llamasen por su nombre, era imposible. Nadie le llamaba así desde hacía muchos años. Su oído había perdido la costumbre de escuchar esa palabra, que pertenecía a su infancia.

El paso lerdo y cachaciento de los bueyes daba la impresión de las almas gastadas y de los sexos maltratados.

La carreta repechaba la otra orilla. El agua en el paso seguía corriendo. La noche y la selva recogían el ruido de la carreta, rechinante en sus ruedas resecas. El carretón lentamente seguía por el camino. Las ruedas lloraban. El canto del muchacho era un canto triste y hondo de medianoche. Las quitanderas contaban con una jornada más en sus vidas errantes. Habían pasado por el "pago" del Paso de las Perdices como pasarían, si pudiesen y el hambre lo exigiera, por todos los "pagos" de la tierra. Conformando a los hombres y sacándoles sus ahorros; mitigando dolores, aplacando la sed de los campos sin mujeres. Ahora, en la alta noche, el trajín y el tedio de la sensualidad las haría dormir.

Correntino, de regreso, enderezó su caballo hacia la pulpería. No podía más de sed. Tenía la boca seca y los ojos mojados.

Bebió para refrescar el pecho y secar las lágrimas. Después, borracho, se puso a llorar como un niño sobre el mostrador. De allí le echaron y siguió llorando junto a la tranquera.

Durante una semana no le vieron hacer otra cosa más que llorar como un idiota. Borracho o fresco, lloraba siempre.

Y era tan de "marica" eso de llorar "por una hembra", que a los diez días de la desaparición de las quitanderas Correntino perdió la fama de hombre, para volver a conquistar el apodo de "marica".

Hasta que un día, unos forajidos, de rabia y de asco al verle tan llorón, para quitarle las mañas, perversos e indignados, le dieron una paliza brutal en medio del campo desierto. Y, a consecuencia de la zurra, una madrugada le hallaron moribundo en el Paso de las Perdices.

El viejo carretón de las quitanderas siguió andando por los campos secos de caricias, prodigando amor y enseñando a amar.

CAPITULO X

Gruñían diez cerdos negros en el chiquero. Pasada la tormenta, los animales, famélicos, engullían barro, rezongando en pesado paseo de un lado para otro. Parecían fieras furiosas en su impotencia. El cerco de piedra que limitaba el chiquero oponíase a las bestias ansiosas de espacio. Llevaban dos semanas sin un solo bocado, sin un solo pedazo de carne. Mordidas algunas en peleas terribles, ya aparecían dos cerdos fuera de combate, enclenques, flacos, enfermos. En un estado miserable, pero aun con fuerzas, quedaban cinco. El resto, tres hembras de tetas flacas y caídas, se hallaban echadas en una esquina. Gruñían lúgubres de la mañana a la noche. Se quejaban durante el temporal como si pidiesen al cielo lo que les estaban negando desde hacía tres semanas. Con los hocicos rojos de sangre levantaban

barro, absorbían el agua densa de aquel pantano pavoroso. Husmeaban en las piedras, miraban el cielo.

Nadie se acercaba al chiquero. No lo permitía Chiquiño desde hacía tres semanas. Se oía en la alta noche el lamento de los cerdos como el de jabalíes en celo. A veces no se podía dormir, no podía dormir la mujer de Chiquiño, sufriendo a la par que las bestias y reclamando de su marido las razones de aquel suplicio.

Chiquiño no respondía. Taciturno, iba de un lado para otro, seguido de su perro, un mastín barroso que se diría iba recogiendo la cólera que al andar dejaba caer su dueño.

El rancho estaba lleno de tragedia, de misterio, envuelto en una atmósfera asfixiante. Nadie aguantaba allí más de una hora. Chiquiño no hablaba. Salía al campo, iba al boliche y volvía siempre cabizbajo, torvo y enmudecido. Se arrimaba al chiquero, distante unos cien metros del rancho y volvía maldiciendo. Su fuente de recursos era precisamente la cría de porcinos. Los vendía muy bien y cuidaba de aquel plantel, en otro tiempo, con atención y recelo. Temía que le robasen algún ejemplar y más

de una noche salió con el revólver en la mano a defender su riqueza.

Pero una noche oyó a los chanchos rezongar. Y, levantado repentinamente, descubrió que su mujer andaba por el chiquero. Al mismo tiempo alcanzó a ver por el camino un jinete que se alejaba al trotecito. Buen conocedor, no le fué difícil descubrir el alazán de un vecino, Pedro Alfaro. Si no era éste que acababa de verse con su mujer, era de alguien que había utilizado aquel animal. Desde aquella noche no le daba sosiego a su sombra.

A la mañana siguiente entró en averiguaciones. Fué hasta la pulpería y preguntó por Alfaro.

— ¿Tiene siempre el alazán marca cruz? — inquirió a uno de los parroquianos.

— Hoy se habló de que lo vendía a Fagundes — respondió el interpelado.

A Chiquiño le bastó el dato. Volvió a su casa y sin amenazas le aplicó una soberana paliza a su mujer. No dijo ni una palabra, no se quejó ni recriminó la acción, ni tuvo un solo reproche para su mujer. Esta lo creyó borracho y se dejó azotar sin más quejas que las del dolor físico.

Hacía tres semanas que Chiquiño pre-

paraba su venganza. Y Alfaro no pasaba por el camino, para ir a matarlo. Pasaron tres días más de espera. Pedro Alfaro no se hacía ver. Una noche, sábado de borrachera, encontró a su enemigo en la carpa de unas quitanderas. En la francachela y la jarana, Chiquiño aparecía más bien sereno. Acarició las dos mujeres que venían en la carreta y al enemigo le dió toda clase de seguridades:

— ¡Las mujeres son pa todos, canejo!... ¡Tuitas debían ser como éstas!... — decía para que Alfaro no tuviese recelos.

Mirando la carreta, Chiquiño retrocedió a sus días lejanos. Bajo la carreta había tenido el primer encuentro con la quitandera Leopoldina, allá por las inmediaciones de La Lechuza. Aquel vehículo le recordó su mocedad y le hizo crecer el impulso de la venganza. Mirándola de reojo, evocó su pasado. Había en sus ojos un algo misterioso que atrajo a su lado a una de las carperas. Se le acercó con zalamerías, preguntándole cosas sin importancia. Con ella cayó a la carpa, donde tirado en el suelo conversó en voz baja. La atmósfera de aquella reunión no era, por cierto, limpia. Entre las miradas de unos y de otros corría un

aire helado. Nadie se atrevía a mirar cara a cara a quien dirigía la palabra. Pedro Alfaro, con la cabeza baja, articulaba una que otra palabra, receloso y poseído de aquella extraña situación. Nadie sabía a ciencia cierta porque no se animaba el diálogo, por que el buen humor que siempre caracterizaba a las gentes de la carreta, no aparecía para nada. En vano las quitanderas intentaban bromas y chanzas. El nivel de la conversación no era alzado pese a los esfuerzos. Tanto Chiquiño como Alfaro y dos troperos que habían caído a la rueda, se iban sintiendo incapaces de separarse del vacío extraño y embarazoso. Rondaba por allí un huésped desconocido. Alguno de ellos, sin duda alguna, maquinaba alguna traición. Los hombres del campo presienten las tragedias, los crímenes, como los animales las tormentas. Bebían para separar aquella idea de sus mentes. Les iba poco a poco royendo un presentimiento de reyerta, un anunciarse de armas blancas, algo así como un anunciador olor a pólvora. La pendencia lucía oculta su daga brillante.

El alcohol por momentos parecía acercarlos. Pero era una falsa escaramuza. Alfaro le pasó la botella a Chiquiño...

Bebieron al fin juntos y, cuando amanecía, ambos andaban paso a paso por el callejón...

—No la tengo más a la Leopoldina... La muy rastrera se jué con el sargento... —dijo al enfrentar su rancho.

Pedro Alfaro comprendió que no sospechaba de él. Confiado, ya más libre de su cola de paja, le tendió la mano para despedirse, desde arriba del caballo. Y, desde su cabalgadura, en menos de un suspiro, Chiquiño le asestó una puñalada tan feroz, que tumbó a Alfaro del caballo. No habíanse los animales aun asustado de aquellos movimientos inesperados y violentos, cuando el agresor, apeado del caballo, separaba casi la cabeza de su enemigo, en un tajo de oreja a oreja.

En el barro fresco, a pocos pasos de su rancho, quedó tendido el cuerpo de Alfaro.

Sostuvo Chiquiño su pingo por las riendas, lo ató en el alambrado y volvió como fiera hambrienta sobre su presa. El caballo del muerto se alejó al trote largo, espantado, pisándose las riendas.

Chiquiño no titubeó. Cargó con el cuerpo sobre las espaldas. Pendía la cabeza, dejando correr un hilo de sangre. Ya había

aparecido su perro barroso, quien lamía la sangre derramada como si le hubiesen enseñado a borrar las huellas comprometedoras. Le seguía, lamiendo a cada paso las gotas de sangre caídas sobre el pasto húmedo.

Anduvo hasta el chiquero. Los chanchos gruñían. Iban y venían de un lado para otro, alzando barro, inquietos en el amanecer que daba un tinte rosado al círculo pantanoso donde se debatían los animales hambrientos.

Volcó el cadáver en el chiquero. El cuerpo, al caer, hizo un ruido como de pellejo a medio llenar. Salpicó la sangre y se abalanzaron las bestias como fieras sobre los despojos de Alfaro. Gruñían, rezongaban, se peleaban los unos con los otros, a dentelladas, para ver quién daba el mejor golpe de colmillo. En un segundo, andaban las piernas de Pedro Alfaro por un lado, los brazos por otro. Un cerdo le vaciaba las vísceras.

— ¡Aprendé, miserable!

El sol iba saliendo. Un rayo rojo a ras de tierra doraba los campos. Ya tenían sombras el perro y la baja figura de Chiquiño. Unas sombras largas sobre la tierra

fresca, sobre los pastos verdecidos. Las dos sombras iban hacia el rancho, paso a paso. En el alambrado, con la cabeza gacha, la resignación pasiva de su caballo.

Chiquiño no se acordó de él. Los chanchos gruñían demasiado para que se ocupase de otra cosa. Se sentía deshecho. Entró en el rancho y halló a su china dormida boca abajo, hundida en el sueño, como él lo estaba en el crimen. Cerró un postigo, por donde entraba el sol iluminando la pieza. Y se volcó en el catre, como un fardo.

Bajo de su cama, el perro barroso se lamía las fauces, mirando hacia la puerta por donde entraba el fresco agradable de la mañana.

CAPITULO XI

Cándido, el loco del Paso de las Piedras, suele salir al encuentro de los forasteros. Descamisado, sucio y "en patas", responde invariablemente a todo aquel que le dirige la palabra:

— El lau flaco, ¿sabe? El lau flaco.

Muy pocos procuran explicarse las razones que mueven a hablar en forma tan absurda e incoherente a Cándido, el loco descamisado. Sólo les entretiene el hacerle tragar piedras redondas por una copa de "caninha brasileira"... Se agacha, elige las piedras más lisas, se las echa a la boca una tras otra, hace unas muecas horribles, pestañea y su garganta deja pasar, una por una, las piedras redondas... Sonríe después, comprendiendo que ha hecho una gracia, y reclama la prometida copa de caña.

Mientras la bebe — por lo general de un

sorbo — se golpea con la otra mano la boca del estómago. Quince o veinte piedras redondas recién llegan a afectar su estómago y es cuando el loco cree que ha hecho una cosa seria.

Suelen preguntarle los viajeros:

— Ché, Cándido, loco sucio: ¿está abierta la tranquera para ir a la balsa?... — O, muy frecuentemente: — ¿No sabés si andan por aquí las quitanderas?

El loco, que camina agachado, mirando el suelo, al parecer buscando piedras redondas para su colección, responde:

— El lau flaco, ¿sabe?...

Esas son las únicas palabras que dice desde hace mucho tiempo.

Cándido parece buscar algo.

— ¿Qué perdiste, Cándido?...

— ¡El lau flaco! ¿sabe?

— Bueno, voy a preguntarle otra cosa: ¿Tienes hambre, Cándido?

— ¡El lau flaco, el lau flaco!..., ¿sabe?...

Si se le mira fijo, sorprenden sus vagos y nublados ojos de loco, que más bien miraban para adentro.

Pero aparece de pronto un nuevo personaje.

Se trata de un curioso vagabundo, muy

conocido y apreciado por las quitanderas, que, al igual de los hombres de la ciudad, los cuales se dedican a espetar chistes y a narrar anécdotas, hace las delicias de cuantos concurren al boliche.

Le llaman "El cuentero". Es un tipo apuesto, fuerte, bien formado. Usa lacia melena. Tiene una voz firme y de timbre sonoro. Al momento de entrar el cuentero en el rancho, se forma una rueda de curiosos. Los de la rueda festejan las gracias del habilísimo sujeto. Narra anécdotas, cuenta historias, habla de aventuras picarescas y, entre sorbo y sorbo, entretiene a los parroquianos, sin que decaiga un solo momento la atención de los circunstantes. Como jamás comete la indiscreción de hablar en primera persona — y atribuirse así alguno de los "casos", — fácil es de comprender que se trata de un mañoso y vivaracho vagabundo, vividor de sobrados recursos.

Aquel auditorio admite y festeja los cuentos, porque no significa ningún orgullo para el que los dice. Ellos, indudablemente, no pueden tolerar una manifiesta superioridad de parte del cuentero.

Es grande el dominio suyo sobre el audi-

torio. Con facilidad maneja los ocultos resortes de la risa y la sorpresa, del espanto y de la duda, en aquellos espíritus sencillos.

Sabe siempre a qué altura del cuento arrancará una carcajada general y cuándo hará abrir la boca babosa a sus oyentes.

Pero llega la noche y comienza a garuar.

En la vieja carpa de las quitanderas entró, casi al mismo tiempo que Cándido, un forastero.

Es el recién llegado un tropero, de fina figura, moreno, nariz correctamente perfilada, ojos pequeños y recios, ademanes nerviosos, pero sin desperdicio, como si a cada movimiento de sus manos tirase certeras puñaladas a un enemigo invisible.

Su figura esbelta se destaca en el grupo. A la hora de la comida cesa de llover. En el fogón, "el cuentero" continúa sus historias, como si estuviese pagado expresamente para entretener. Consiguió dominar a todos con sus chispeantes narraciones.

—¡Salí, loco e porquería! — grita uno de los oyentes, dándole un recio empellón a Cándido.

Este se limita a contestar:

— El lau flaco... el lau flaco..., ¿sabe?

—¡Qué flaco ni ocho cuartos! — grita

nuevamente el hombre, inquieto. — ¡Salí de aquí!...

La voz ronca pero firme del "cuentero" comienza la historia de "un caso de reírse":

— Cuando el hombre entró por la ventana, la vieja en camisa...

El forastero no ha sonreído ni una sola vez. Conservan la misma rigidez los músculos de su rostro moreno y grave. Su actitud es una nota desentonada en el ambiente.

Cuando el cuentero termina su relato, uno de los oyentes, muerto de risa, sale afuera. Junto con él salía a mojarse con la lluvia torrencial una bandada de carcajadas como pájaros en libertad.

Pero el forastero permanece mudo, serio, de pie y apoyado el codo en el pasador de madera de la ventana cerrada.

Y el recién llegado dice, entre dientes:

— Gracioso el mozo..., ¿no? ¡Qué me dice!...

Todos clavan las miradas en el intruso. Nadie pronuncia una sola palabra, por unos instantes, hasta que uno del grupo pide al "cuentero" la repetición de la historia picaresca "del chancho colorado"...

Se trata de un gracioso cuento, muy conocido en el paraje, al cual "el cuentero"

da cierto aire novedoso, enriqueciendo la narración con adecuados ademanes de gran efecto cómico.

"El cuentero", inocente y sin percatarse de la intencionada palabra del intruso, termina el relato con una nota feliz y oportuna. Provoca ruidosa hilaridad.

La lluvia arrecia en los campos. Es una noche tempestuosa. Tempestad o tormenta en las cuales frecuentemente vienen hasta las casas y se guarecen en algún cuarto, esos pájaros negros que suelen desaparecer al día siguiente, cuando el sol comienza a secar los campos inundados. Dejan impresión de mal augurio y no se olvidan jamás.

El forastero tiene las negras apariencias de un pájaro de tempestad. Al terminar una de las historias, el intruso pregunta con sorna:

—Y, ¿quién era el comisario en ese tiempo?

Una ráfaga helada cruza por arriba de las cabezas.

Las quitanderas, embebidas en el relato, despiertan como de un sueño. El forastero aguafiestas se queda inmóvil. "El cuentero" levanta su cabeza con humildad de vencido y alza los ojos hasta la recia faz del que

así se expresa con burla "sobradora". No se atreve a responder. Sin duda alguna, se le ha presentado, por primera vez, el enemigo inevitable e ignorado del "cuentero".

El lado flaco que se refiere el loco y los pájaros negros de la tormenta, están presentes.

"El cuentero" continúa su relato, no obstante. Pero el éxito de sus anteriores narraciones no vuelve a repetirse. Las palabras suyas han perdido su poder sugerente. Su voz no llega ya hasta los que le escuchaban. En aquel momento parecen ridículas sus gracias, desabrido su gesto y estúpida su intención de entretener. La seriedad de aquel hombre aplasta y, por momentos, dan ganas de reír de las imprudentes ocurrencias del extraño. El ha derrotado, con su fría y hostil actitud al infeliz "cuentero". Hay animadversión por el hombre de los cuentos.

Parece tonto e inferior lo contado. Ha caído en el ridículo. El forastero es el enemigo que debe aguardar el hombre que entretiene. Los muñecos se rompen. A los hombres les salta el enemigo.

De un zarpazo invisible, buscándole el lado flaco, este hombre ha arrancado el

don singular al bufón campesino, desarmado su gracia, atrofiado los resortes de su habilidad.

El cuentero decide su viaje aquella misma noche.

Las quitanderas esperaban algo del...

Seguía cayendo la lluvia torrencialmente. Adormecía el ruido del agua en las chapas de cinc. El infeliz salió sin que lo advirtiesen. Y cuando el sueño envolvía el cuerpo cansado y sudoroso de las mujeres a esas horas, intentaba cruzar el Paso de las Piedras.

El río corre allí encajonado y a las dos o tres horas de lluvia torrencial es tan recia su correntada que el tronco más pesado, para llegar al fondo, necesariamente debe correr a flor de agua un buen trecho, como si fuese un trozo de corcho.

La balsa no funciona entonces y hay que esperar la bajante del río.

En la otra orilla, el caserío que circunda el cuartel de infantería allí apostado, ha recibido siempre con buenos ojos la visita del hombre de los cuentos.

Y, oficialidad y tropa, suelen retribuir con prodigalidad al "cuentero". El hombre sabe esto muy bien, cuando se siente en posesión de fuerzas para intentar el cruce

a nado, por aquel paso con el río campo afuera.

Descorazonado, se larga bajo la lluvia en el torrente. Un agua negra, salpicada de relámpagos, marcha con árboles y animales. Más que una arteria de la tierra, parece un brazo de la noche. Las luces del cuartel apenas se distinguen. A la luz de los relámpagos surge blancc el caserío vecino. "El cuentero" sólo piensa en el halago de la gente que le quiere y en alejarse del enemigo que la tormenta ha traído.

Y se aleja. En la puerta quedan las quitanderas abrazadas, uniendo la esperanza muerta de cada una. Ven alejarse al "cuentero" con un dejo de amargura.

Al día siguiente, Cándido, los ojos fuera de las órbitas, descamisado, con los brazos en alto, llega corriendo del Paso. Ronco de tanto gritar, apenas se adivina lo que dice:

— ¡El lau flaco, el lau flaco!... ¡Ayí, ayí!...

Con ambas manos señala un pasaje del monte a pocas cuadras del paso. Envuelve sus palabras en una maraña de ademanes.

Para comprender lo que quiere anunciar deben seguirle.

En la punta de un tronco de ñandubay,

partido por la impetuosidad de las aguas, se halla ensartado el cuerpo del "cuentero". Sus ropas, rasgadas, ofrecen al sol su carne fofa y amoratada.

El río ha vuelto a su cauce normal. Allá, a lo lejos, en la cuchilla, marcha el extraño que deshizo el sortilegio del "cuentero". Va erguido, al galope largo de su caballo. Su ponchillo negro se agita con aletazos de pájaro que huye.

CAPITULO XII

Florita tenía los ojos orlados de rojo, inflamados de tanto llorar. Su respingada naricita encendida era lo que daba más lástima de aquella carucha inocentona. Amoratados los labios, si no estuviesen sellados por el silencio impuesto a bofetadas, podían contar los malos tratos y vejámenes de sus protectores.

Si suspiraba o le salía un ¡ay! lastimero, inevitable, la fulminaban con una mirada que quería decir, invariablemente: "guacha mal enseñada". Si articulaba una palabra a destiempo, veía acercarse hasta sus narices, la manopla velluda del marido de Casilda. Era él quien habíala recogido, salvándola de la peste en un sórdido rancherío.

Pero al verla con trece años, con las carnes abundantes y el seno abultado, querían deshacerse de ella antes de que algún tu-

nante la sedujese y la dejase encinta en el rancho. Cargar con ella era difícil que alguien quisiera, pero sacarle partido a su juventud recién desatada no era asunto engorroso. Según los protectores, "era mañera para el trabajo" y había que rehacerse de los gastos de la crianza...

De manera que cuando el dueño de Los Molles, don Caceros, le insinuó a la Mandamás de las quitanderas que "le agenciase un cachito sano", se pensó en seguida en la Flora.

Don Caceros era un animal manso, mañoso y cachaciento. Sólo sabía una cosa y era darse sus gustos. Inofensivo y cobardón, no se exponía para ello, teniendo a su servicio una serie de vecinos miserables, a los cuales trataba con aire de señor feudal.

Contaba Florita tres días en capilla. La preparaban para don Caceros, convenciéndola de cuánto ganaría y de lo bondadoso que iba a ser con ella el estanciero, una vez satisfecho su capricho. El hombre había adelantado ya una buena suma de dinero, de manera que la compra de la criatura era un hecho.

Desde tres noches atrás la muchacha no pegaba los ojos. Se había adueñado de su

cuerpo un terror indescriptible. Aquel anuncio la tenía subyugada. Por momentos lloraba, por momentos se quedaba pensativa, calculando las perspectivas del encuentro. Le daba miedo don Caceros, siempre silencioso y serio, como buen zorro viejo.

Un día le había visto rondar por Saucedo. Fué en esa circunstancia en la cual averiguó si la Mandamás podía "agenciarle un golpecito"...

— No me vòy a fijar por unas diez ovejas más o menos... — dijo en esa oportunidad.

La propuesta y la conformidad, fueron dos certeros tiros en un blanco. Don Caceros comprendió lo fácil que le era convencer a aquellos pobres diablos.

— ¡Es un cachito sin tocar!... — dijo la Mandamás. — ¡No le voy a proporcionar una porquería!...

El hombre se hizo el incrédulo, alzando los hombros.

— ¡No, don Caceros, yo no le viá dar gato por liebre!... ¡Se la garanto!... ¡Naides le ha bajau el ala a la botija, por esta luz que me alumbra!...

En esa ocasión había visto muy de cerca a don Caceros. Florita le vió alejarse con una sonrisa en los labios y tosiendo bajito.

El encuentro quedó combinado para un lunes a la noche. La carreta de las quitanderas quedaría sola y tranquila, para que dispusiese de ella don Caceros. Allí lo iba a esperar la "gurisa". Pero el hombre se adelantó y al atardecer apareció por el rancho de los protectores de la muchacha.

Cuchicheó con el matrimonio y pudo quedarse solo con la Flora, frente a frente. Quería tantear el terreno, para evitar un serio fracaso en el carretón.

Florita había estado llorando momentos antes. Al ser castigada por su protector se había "retobado" y fué más grande la tunda.

En realidad, al verse frente a frente con don Caceros, la chica no comprendía lo qué iba a pasar. Temía, eso sí, que la llevasen para vivir en la estancia con aquel hombre, quien la asustaba con su mansedumbre de animal rencoroso.

Cuando quedaron solos, don Caceros, al verle el mate en las manos, le ordenó que lo dejase encima del lavatorio. Luego la cogió por las muñecas sin más decir acercándola con cierto cuidado a su abdomen.

Florita lo miraba desde abajo, con la

barbilla apoyada en el último botón del chaleco.

Temiendo que la muchacha opusiese resistencia, la tuvo entre sus brazos hasta dejarse caer en una silla. En el crujiente asiento, inclinó su presa en las rodillas y le preguntó si iría a la carreta después de la comida.

Como Florita no contestaba, repartió sus besos torpes entre la cabellera, las mejillas y el pescuezo. Pero su futura poseída no cambiaba lo más mínimo, ante aquella irrupción de caricias y de besos.

A las repetidas preguntas de don Caceros: "¿Te gusta, chiquita, te gusta?", la "gurisa" respondía con un silencio completamente salvaje. Ni una sola palabra de contrariedad. Ni un solo gesto de agrado. A veces sonreía u ocultaba la cara con vergüenza. En realidad la chica comprendía que no era tan terrible como pensaba y don Caceros le pareció menos cruel que su protector.

— Bueno — dijo repentinamente el hombre, como si terminase de resolver un asunto o de esquilar una oveja. — Bueno, andá no más a cebar mate.. Pero dame un beso en la boquita antes...

Cedió Florita maquinalmente. Cuando tu-

vo los ojos cerca de don Caceros, se le puso la piel de gallina. Pero, al sentir miedo y, al mismo tiempo, fuerzas para rechazarlo, el hombre la empujó hacia la puerta, obligándola a salir.

Don Caceros se puso de pie y se subió los pantalones, corriendo un ojal del cinto.

Dió unos pasos sin sentido. Levantó los ojos y detuvo la mirada en un retrato encajado en la luna de un espejo. Era el de una criatura de seis o nueve años, sonriente, de rulos cuidados, caídos, ocultando las orejas. En lo alto de la cabeza, un moño de seda exageradamente abierto.

Al topar con la fotografía, don Caceros afirmó su mirada. Se quedó pensativo un segundo y, rascándose atrás de la oreja con el índice estirado, bajó la vista.

Aquel encuentro, aquel descubrimiento, aquel sonreír de la criatura del retrato, le perturbó, pareciéndole de mal augurio el hallazgo. Como despertándose, giró sobre sus talones y salió de la pieza de mal talante.

* * *

Por la noche no pudo resistir a la ten-

tación de ir al carretón de las quitanderas. No tenía ninguna seguridad de que la Flora estuviese en ella.

No bien se apeó del caballo vió a la Mandamás, celestina prudente y cumplida, quien se hallaba sola, al pie del vehículo.

La Mandamás, aprovechando la noche de calor, dejó que las mozas se fuesen a retozar en el maizal del pulpero. Podían hacer una changuita lejos del carretón y la noche no estaba perdida para ellas. Lo que importaba era quedar bien con don Caceros.

Apartó la Mandamás el cuero que cerraba el carretón, advirtiendo Florita la presencia de don Caceros.

Llegado éste, con una complicidad misteriosa e incitante, la vieja se llevó a los labios el dedo índice, pidiendo silencio al recién llegado, a quien tendía la otra mano. Y, sin articular palabra, como demostrando que había cesado su labor, toda rodeada de misterio picante, se alejó hacia el boliche.

Don Caceros hizo sonar la fusta en sus botas, espantó sus tres perros, que olfateaban el carretón, y se adelantó resueltamente.

Sin más preámbulos y sin otro cuidado que apartar el cuero de la puerta de la carreta para dar paso a su pesado cuerpo,

subió al vehículo. Tropezó de inmediato con la muchacha, quien no tuvo un ademán de sorpresa.

— ¿Solita, querida?

El hombre respiraba fuerte, como si hubiese hecho un gran esfuerzo para subir.

— Reciencito se jué la vieja...

Todas las palabras que siguieron salían como tropezando en sus caricias torpes. La tomó de las manos. Como la chica se las llevase, medrosa, queriendo huirle, a la proximidad de los senos, aprovechó aquel acercamiento para acariciárselos con las puntas de los dedos. Sonaron sus uñas en el madrás de la bata ajustada. Lleno el corpiño, los senos turgentes se ofrecían a las caricias de don Caceros.

A medida que avanzaba en el tanteo entre sombras, se hacían más escasas las incomprensibles palabras del hombre; las preguntas se repetían sin cesar:

— ¿Te gusta, chiquita, te gusta?

Nervioso, don Caceros creía haber empezado bien, pero por momentos le distraía su torpeza y su debilidad se agrandaba. Cierto vago temor impreciso le cerraba todos los caminos. Y no podía vencer aquella in-

certidumbre, que se transformaba en malestar.

Sintió correr el sudor por su frente, rodar gruesas gotas de sudor por su velludo pecho. El calor del cuerpo de la muchacha comenzó a invadirle y molestarle. Sin valor para tentar un cambio de posición, tomó los dedos de una mano de Florinda y se puso a rozar su pulgar en cada una de las uñas. Aquella sensación de aspereza le distrajo un momento. Parecía hacerle olvidar el calor. Dejaba ir, entonces, sus ojos por el cielo estrellado. En mala postura, una de sus piernas comenzó a dormírsele, pero no tenía valor para estirarla. Florita, dócil y resignada, dejaba sus manos abandonadas al manipuleo sin sentido, mientras fijaba sus ojos en el blanco pañuelo de seda que llevaba al cuello don Caceros, entreviéndole confusamente. Abstraída, pudo oir el tic-tac del reloj. Y entre la visión sedosa del pañuelo blanco y el inocente tic-tac le asaltó un sueño irremediable, avasallador. No había pegado los ojos noches pasadas y la faena del día había sido ruda y agitada. Cabeceó una vez, sintiendo sus manos en las de don Caceros, mas se rehizo al oir el tic-tac del reloj. Pero ya no distinguía el

pañuelo de seda de don Caceros. Cabeceó dos, tres veces más y se quedó dormida, sintiendo las manos del hombre cerca de sus senos. Cayó dormida en sus ásperos trece años, como cae un pájaro muerto en el vuelo, sobre las zarzas de un matorral.

Don Caceros la dejó dormir. Era providencial el sueño de "la botija". Salvador en el embarazoso trance en el que se hallaba preso. Don Caceros ya no sabía dónde meter las manos de Florita, qué hacer con la criatura profundamente dormida en sus brazos.

Aguardó un rato, el tiempo, según sus cálculos, necesario para hacerse dueño de una virgen... Divagaba, pensaba en cosas lejanas, oía el tic-tac de su reloj. Y, cuando creyó oportuno, tosió e hizo ruido, moviéndose para despertar a la muchacha.

La "gurisa" bostezó, estirando los brazos en un desperezamiento sin reparos.

A medio erguir, metiendo la mano en el bolsillo, extrajo unos billetes y se los puso en las manos:

— Tomá, pa vos, gurisa. Comprate un trajecito — la dijo en voz baja.

Se compuso las ropas al bajar y, sin más decir, silbó llamando a los perros

que, hartos de la espera, habíanse alejado de la carreta.

La Mandamás había permanecido atenta al asunto. Apareció en seguida, solícita, frotándose las manos ásperas. Desde su caballo, don Caceros, atusándose el bigote, dejó caer esta sentencia:

— ¡Linda la gurisa!... Como güeso de espinazo, pelaito pero sabroso!

Metió espuelas y, seguido de los perros, tendióse en la noche sobre el galope de su caballo.

— ¡El diablo te arañe las espaldas! — roncó la Mandamás.

Y Florita tan pura como antes durmió entre quitanderas un sueño limpio, que el alba sorprendió entre perros sarnosos y matas de mío-mío.

* * *

En el boliche, comentábase el arribo de las quitanderas. Piquirre, el panadero, entró emponchado, silencioso.

Piquirre, era un paisano chiquirritín, de escasa barba rojiza, charlatán, pero de un mal genio constante. Para hacerle enojar, no había nada tan eficaz, como tirarle abro-

jos o rosetas en el poncho. Cuando no descubría quién era el atrevido, insultaba a todos en general. Una buena "rosiada". Pero, al momento, comenzaba a hacer excepciones, excusándose con los más viejos primero, con los más serios, después, para dejar tan sólo a uno, a veces dos, de quienes dudaba.

—¡Se pueden ir a la mismísima!... — gritaba fuera de sí. Pero, en seguida, arrepentido, comenzaba respetuoso:

— Perdone don Panta, usté no cái en la voltiada... Es pa el insolente... Ni tampoco usté, don Medina... perdone!...

Los restantes se echaban a reir a un tiempo.

—¡Quedamos sólo los dos! — dijo un muchachón que estaba en la rueda, autor de la broma. — Vos, Luciano y yo, caímos en la volteada... La rosiada e pa nojotro!...

— No, pa vos Luciano, no es... — Y haciendo una pausa, agregó: — Será pal insolente que no respieta las barbas!...

— De choclo — se apresuró a responder el muchacho; — de choclo estamos hasta la coroniya!...

Rieron todos a un tiempo. Piquirre tosió y se largó al garguero una copa de caña.

— ¿Tomás coraje pa esta noche, Piquirre? — preguntó el bromista.

— Necesitando... — respondió altanero. — Yo soy del tiempo viejo, de los hombres sufridos...

— Dicen que la Mandamás de la carreta esa que apareció ayer, es medio caborteraza... — dijo Luciano.

— Asigún con quién... Conocerá bien los güeyes con qui ara!... — agregó Piquirre.

— Pa mí que a vos te dará la vela, Piquirre? — dijo el bromista,

— ¿De qué vela me hablás?...

— ¡Pucha que estás atrasau de noticias!... Andá esta noche a la carreta y verás lo que te pasa...

— ¡Mirá, gurí..., a mí no me vas a enseñar a lidiar con esa clase de chinas... ¡Hace años que sé bolear, muchacho! Cuando vos no levantabas la pata pa miar, yo ya me tenía parau rodeo en más de un campamento...

— ¡Oigale!...

— Sí, así como lo oís... Yo conocí a la Mandamás más peluda, la finada Secundina, que era capaz de darte una cachetada si te pasabas con alguna de las chinas... Era puá ayá por la frontera, donde no podés

yegar vos, muchacho, porque te perdés...

—Sí, pero eso e la vela no lo sabés...

—No sé, como no sea pa taparte la boca...

—Andá esta noche y verás...

—Yo ya estoy viejo pa esas perrerías...

—No sabés, — dijo entonces Luciano — pues pá dir con una de las quitanderas, tenés que pedirle un cabito e vela a la Mandamás.

—Y, ¿pa qué?...

—Vos comprás un cachito e vela como de media pulgada, una rodajita e porquería y marchás con la que te guste...

—Y la velita, ¿qué juego hace?

—Parece que tenés que encenderla en la carreta y mientras está encendida podés quedarte... Cuanto se apagó, tenés que bajarte... ¡Se acabó la junción!

—Pucha que había sido diabla la vieja, pa buscarle esa güelta a los cargosos... ¿Sabés que está bien pensada la cosa?... — arguyó Piquirre. — Los abusadores han de ponerse las barbas en remojo...

—Y si queré estar un rato más largo, pagás más y te comprás un cacho e vela más largo... — aconsejó el bromista.

—Está claro, pedís un pedazo e vela

de una pulgada y tenés pa rato... — agregó, ya dueño del caso, Piquirre. Y, largando una carcajada, terminó: — Te comprás una vela como pa un santo y te la tenés a la china hasta mañana...

Aquel sistema ingenioso, no se aplicaba con todos. Era con los abusadores y, sobre todo, la Mandamás de aquella carreta, lo ponía en práctica en días de fiesta, pues era difícil explicar a los borrachos que todas las concesiones tenían un límite.

Aquella carreta, por ese uso se singularizó. Durante mucho tiempo, se le llamaba a su Mandamás, la del "cachito e vela".

— La pucha que habrá sido grande la vela que compró don Caceros... — exclamó Piquirre muy serio. — Pero no le acercó fuego el hombre, porque nada se vido desde las casas.

— Tamién vos, charlando y con alcagüeterías... — dijo Luciano. — Te dejás yevar por cuentos...

— ¿Cuentos?... Si la gurisa se lo pasó yorando porque sabía la que le esperaba.

— Mentís, Piquirre, la tenían engañada, lo sé — afirmó Luciano.

— Andá a creerle vo... La guachita esa

se güelve puro yanto cuando tiene que cumplir con los que la criaron...

— Estás defendiendo a don Caceros porque lo tenés de cliente...

— Es justicia, amigaso y nada má... No es cierto que le han entregau la gurisa obligada como dicen las malas lenguas... La gurisa durmió en la carreta por su gusto..., ¿sabés?... ¡Yo la vide dir y naides puede decir otra cosa!

— ¡Me vas a decir a mí, petiso barbudo, a mí me vas a venir con intrigas! — dijo Luciano insolentándose y fuera de sí. — ¡La obligaron!

— Y ¿por qué vas a saber más que yo, mocoso e m...! — contestó Piquirre acercándose provocador.

— Porque sé calar a los indios fayutos como vos, que se venden por tortas fritas!

Ya estaba el rebenque de Piquirre en el aire. Pero Luciano, que iba graduando sus palabras al mismo tiempo que palpitando los movimientos del panadero, sacó daga tamaña, y colocando su punta a una cuarta del abdomen de Piquirre, le gritó:

— ¡Si bajás la mano te achuro!...

Se acercaron los circunstantes. Uno dijo: — ¡Haiga pas, compañeros! Otro: — ¡A

ver, esos bravos! El bolichero: — ¡Si quieren pelearse, ajuera, canejo!

Luciano, serenado, y queriendo quitarle importancia al asunto, lanzó una carcajada, al tiempo que decía:

— ¡Quedan pocos barbudos tan reforzaus pal cagaso!... — dijo envainando su daga.

Y, ya fuera de la pulpería, rodeado de los concurrentes que estaban casi todos de su parte, se animó a sentenciar:

— ¡Esta noche, si la gurisa queda en la carreta, menudo cacho e vela me compro!... ¡Y van a ver quién es el hombre pa la Flora!

Florita no fué a la carreta. Luciano no necesitó ir en demanda de un pedazo de vela. La Mandamás tropezó con ellos entre una pila de cajones vacíos y latas de grasa, que había a espaldas de la pulpería.

Pero se calló la boca. Luciano era un paisano decidido y valiente.

* * *

La noche se hizo templada. Aun no había salido la luna. Los grillos, metidos bajo los cajones, acompañaban aquellas dos sole-

dades plenas. Llenaban el silencio de Flora, mientras el de Luciano se encendía con el pucho de chala, que iba a la boca con la misma frecuencia que los labios de la enamorada. En los fondos del boliche, el idilio mudo, se desarrollaba entre trastos viejos. Más tarde, de frente al campo abierto, cuando salió la luna, de espaldas al suelo, Florita pudo olvidarlo todo. Hasta el pañuelo de seda que don Caceros llevaba al cuello, para ver el pescuezo desnudo de Luciano, donde al recostar la boca, podía apagar los ayes que le brotaban de la garganta.

CAPITULO XIII

Un lunes por la mañana el camino trajo a Chiquiño al Paso de Itapebí. Venía a pie y en mangas de camisa. Gastaba sufridas bombachas de brin oscuro, calzando alpargatas nuevas y medias encarnadas. Malcubría su menuda cabeza rapada un sombrero pueblero, polvoriento y sin forma razonable.

A cuatro pasos no se le conocía. Había cambiado mucho en la cárcel. Estaba canoso, flaco y parecía aún más bajo que lo que en realidad era. Pero los ojos, eso sí, sus ojos celestes y vivaces no habían cambiado. Eran los mismos ojos pequeñitos y avizores de baquiano experimentado. Su nariz pequeña, con delgadas aletas, parecía estar olfateando siempre, como la de los perros. Cruzó por el callejón a paso largo y lerdo, camino de la estación de San An-

tonio. Iba a reclamar su caballo a un bolichero amigo suyo y a pedir permiso para instalarse en los terrenos anegadizos que los ingleses del ferrocarril dan a los miserables.

En realidad, no son ellos los que disponen. Dispone el almacenero más fuerte. Les da el terreno para que hagan su rancho y gasten en su despacho los pocos reales que pueden pescar por las inmediaciones. Allí suelen detenerse las quitanderas.

Los habitantes del rancherío le vieron pasar y le reconocieron por su paso largo y lerdo. Cruzó los pantanos que abren sus grietas y bocas fangosas unas cuadras antes de la caída del Paso y observó el rancherío como a quien no le interesa mayormente el asunto... Pero le interesaba. ¡Vaya si le interesaba!...

Miró bien y descubrió una tapera con cuatro postes clavados de punta. Ya conseguiría, a su debido tiempo, la paja, o trataría de amasar el barro para levantar las paredes de su rancho.

En la estación le reconocieron al punto, porque le esperaban. Algunos se hicieron los bobos, pues suele ser comprometedor andar con ex presidiarios.

¿Si se hubiese evadido? No; de eso estaba segura la gente. El viejo bolichero, don Eustaquio, ya lo había dicho la noche del sábado: El estafetero ha leído la noticia en el diario... Lo soltaron a Chiquiño... Se habló entonces de su crimen y de los buenos tiempos del muchacho; de las hazañas de "aquel mozo" cuando servía de baquiano; cuando conocía los endiablados caminos como la palma de la mano; con sus picadas, sus pasos hondos y sus osamentas. Estas le servían como punto de referencia. Y no erraba jamás al sentenciar que el nauseabundo olor que salía del monte era de tal o cual animal vagabundo. Los conocía a todos, eran sus hermanos: bueyes inservibles, por rengos o viejos; caballos "aquerenciados" en el callejón, flacos y sarnosos; vacas machorras, "overas de garrapatas", que en los callejones pasaban años y años, paseando sus hambres, hasta caer en algún pantano para no levantarse jamás. Cualquier accidente, por insignificante, tenía su lugarcito en el prolijo mapa trazado en su cabeza.

Pero al salir de la cárcel, con "la cola entre las piernas", como los perros perseguidos de las estancias, no tenía nada que

hacer en aquel asunto. No existía ya su oficio. Cualquier gaucho de mala muerte conocía ahora los caminos y resueltamente se largaban sin preguntar en las picadas, las cuales se abrían cada vez más, para dar paso a los callejones.

Era el pico y la pala del gringo que venía a destruir — construyendo — el campo de su sabiduría. Como la campaña no tenía ya pasos secretos, el baquiano era un ser innecesario.

Chiquiño pidió permiso en la estación, y con su caballo, que desató de la jardinera del bolichero — "pues este le sacaba el jugo", — se fué derecho al rancherío que se extiende a lo largo del camino sembrado de pantanos.

En una tarde se acomodó. Cortó paja en el pajonal del monte cercano e hizo una pared firme y las otras tres así no más, como le salían. No necesitaba más seguridad.

El lugar no podía ser más estratégico. Encima de un terrible pantano. Además, él contaba con su caballo, que se lo habían devuelto "bien comido y tirador"...

¿El vecindario? Un viejo ciego que salía a pedir limosna al paso de los caminantes;

diez o doce tranquilos trabajadores de la cuadrilla del ferrocarril; una "porretada de botijas" que parecían vivir sin padres ni mayores, y, por último, dos sujetos, perseguidos siempre por los comisarios, que, con sus mujeres viejas quitanderas, hacían el oficio de pantaneros sin darse cuenta.

Eran éstos antiguos camaradas de Chiquiño. Pero, como andaban ahora ayuntados, no era prudente acercarse. Ya se verían en la pulpería.

Chiquiño, llegada la primera noche, no salió de su rancho improvisado. Observó con atención los movimientos del vecindario, en cuáles ranchos se encendía fuego grande, en cuáles se hacía música y si la gente rateaba leña por la noche, o recorría, de parranda, los solitarios campos vecinos.

Al día siguiente consiguió en el boliche unas latas de kerosén vacías, las abrió y fué cubriendo el techo cuidadosamente, para protegerse de la lluvia.

El invierno se colaba en los campos, hecho una llovizna persistente, que taladraba la carne.

Su rancho tenía a las espaldas, o sea al Oeste, las vías del tren. Al Este, el callejón con sus pantanos, que separa a los mise-

rables de la invernada de novillos de don Pedro Ramírez, hombre cuidadoso, de vida feudal, que era capaz de mandar a la cárcel al que intentase cruzar el alambrado de siete hilos que defendía su campo.

Por allí los desvíos eran imposibles. Los viajeros no podían salvar de ninguna manera los pantanos. Había que arriesgarse siempre y era de festejar el viaje que, al pasar por el sembrado de pantanos, bajase de cuatro el número de "peludos" sacados a la cincha.

Chiquiño explotaría bien el asunto. Tenía caballo, era "petiso" pero forzudo y se haría "de rogar como una mujer"...

Los otros dos desocupados, que sacaban "peludos" sin darse cuenta que de eso vivían, se descubrieron, asimismo, cuando Chiquiño, un día de lluvia, ofreció sus servicios al primer empantanado. Marchaban en una volanta.

— Sí — había sentenciado, — aquí pasa pero más adelante la cosa se pone brava...

Los accidentados, temerosos, quisieron asegurarse la ayuda de Chiquiño.

— Oiga — le insinuó el dueño del vehículo. — ¿Quiere acompañarnos hasta el paso?...

— Y... güeno, pero yo tengo que hacer... — titubeó, hipocritón, Chiquiño.

— Sí, hombre, si nos desempantana y nos saca del "peludo" tendrá unos reales... — se apresuró a afirmar el hombre.

— Bueno, vayan yendo; yo los sigo de cerca...

La volanta partió pesadamente. En ella viajaba un médico, quien iba a asistir a la mujer del propietario del carromato.

La lluvia caía lentamente, "enjabonando" el camino, donde resbalaban los dos animales de la volanta. Látigo en mano y azuzando las bestias, el hombre que tenía su mujer en brazos de la muerte, descuidaba su persona, empapadas las ropas. El médico iba acurrucado y silencioso, envuelta en espeso pañuelo de lana la garganta. Observaba el camino con aire despreocupado.

De pronto, al vadear un zanjón, el vehículo quedó como clavado. En vano los dos caballos se empinaron a un tiempo, castigados por la fusta enérgica del conductor.

— ¡Otra vez enterrados!... Oiga, hombre, acérquese...

Chiquiño, que había calculado con exac-

titud aquel percance, ya venía con los maneadores.

Chapaleando barro pudieron colocar la cuarta y, luego de dar resuello a los animales, de un golpe, decididos, la emprendieron a gritos y latigazos. El caballo de Chiquiño se despatarró, hociqueando en el barro, cuando la volanta pudo librar sus ruedas traseras.

Desde los ranchos salieron algunos curiosos. Los chicos, chapaleando barro, empapadas sus miserables ropas, corrieron hasta el alambrado, saltando en las charcas y dando victoriosos gritos destemplados. En cada puerta había una asomada cabeza, temerosa de mojarse.

Anochecía. Arreció la lluvia cuando el ciego salió de su pocilga, llevado de la mano por su lazarillo, un adolescente tuerto, que solamente servía para llevar al ciego hasta el camino y dejarlo allí, a la vista de los caminantes.

Con el ciego se acercaron al camino dos hombres de hosco mirar. Eran dos vagabundos que hacían el oficio de pantaneros sin darle importancia y estaban ajenos a las intenciones futuras de Chiquiño.

— ¿Quiere que siga tirando?

—No; mejor es desatar — opinó nervioso el hombre que tenía su compañera enferma. — Vamos más ligero — prosiguió — solos...

Mientras Chiquiño desataba el maneador, el médico y el patrón subieron a la volanta. Estaban empapados. La lluvia seguía cayendo copiosamente. Los "gurises", harapos y descamisados, olvidaban el frío y la lluvía, subidos a los potes del enclenque alambrado. El cielo oscuro precipitaba a la tarde y hacía más cercana la noche. El monte, a pocos pasos, trazaba una línea verde oscura, de Este a Oeste. Más parecía un nubarrón que un monte. Lejos, sobre el campo verde y empastado, los novillos manchaban el difuso paisaje neblinoso. El sembrado de pantanos, paralelo a las vías del tren, se hundía en el paso de Itapebí, para transformarse en la otra orilla en un camino de piedra. Tal como si el agua del arroyo hubiese lavado el barro del camino en el paso de agua limpia que ofrece el monte.

Chiquiño, cuando el hombre que tenía su compañera en brazos de la muerte puso dos papeles de un peso y unas monedas en su mano tendida, se dijo para sí:

— Esta chacra de barro va a producir mucho más que la de los gringos...

Chiquiño, bajo el aguacero, regresó a su rancho, en donde el agua era un huésped inesperado.

* * *

Llovió todo el día siguiente. Pasaron dos pesadas carretas de bueyes y un sulky... Un breque llegó hasta el primer pantano y no se atrevió a cruzarlo. Dió vuelta, camino del pueblo.

Chiquiño, con su puñal y una vara de tala entre las manos, pasó la mañana y parte de la tarde entretenido en labrar un bastón. Sus manos habíanse adiestrado en el pulimento de maderas y en pacientes y minuciosos trabajos de orlas y adornos sobre los mates panzudos. Fué todo el fruto de su aprendizaje de la cárcel y la mejor manera de matar el tiempo. Caía en sus manos una rama y, al cabo de unas horas, se transformaba en un bastón o en un mango de rebenque. En los "mates porongos" solía dibujar, a punta de cuchillo, banderas, escudos y perfiles de héroes nacionales.

A la entrada del sol dejó de llover. Ca-

minó hasta la pulpería, donde estaban los dos pantaneros bebiendo. Se acercó a ellos y les dió las buenas noches. Apenas le contestaron, entre dientes, malhumorados sin duda.

— ¿Qué hay? — preguntó Chiquiño. — ¿Qué les pasa?

— Nada, aquí estamos — dijo uno de ellos alzando solapadamente la cabeza...

Cruzáronse miradas de odio, imposibles de disimular.

El pulpero bromeó:

— Andan quejándose porque ayer les sacaste una changa, Chiquiño...

— ¿Cuála?... ¡Qué no sean zonzos — respondió el ex presidiario — y que apriendan si quieren ganarme el tirón!...

Nadie osó contestarle. Chiquiño continuó:

— ¡Si los que pasan me piden que los saque del peludo, yo no me vi'a negar, siguro!...

Escupió varias veces, se acomodó el sombrero otras tantas y se alzó las bombachas, siempre con los ojos pequeñitos e insultantes sobre los dos hombres.

— ¡Si no tienen cabayo, que van a sacar peludos! ¡Con las uñas no si'hace nada!

Los pantaneros enmudecieron. No tenían

valor de discutir con Chiquiño. Recordaban la noche del crimen, que tanto había dado antes que hablar y enmudecer ahora a la gente del campo. Pensaron en Pedro Alfaro, cuyos huesos fueron roídos por los cerdos. Todo por "una pavada", por la quitandera. Leopoldina, que ahora estaba "pudriéndose bajo tierra", nada menos que con el puñal de Alfaro entre las manos, como ella lo pidiese al morir.

Chiquiño volvió a su cueva. Nada sabía del capricho de su china al morir, pero una noche, Rita, la Mandamás, se "lo sopló al oído":

— La "faca" del finau la enterraron con la Leopoldina... La finadita así lo pidió... Parece que lo quería mucho al pobre Alfaro...

Chiquiño la dió un empujón, haciendo rodar a la vieja por el suelo.

— ¡Cayate perra, cayate! — gritó, fuera de sí.

Pero Rita, desde el suelo, con repugnancia masticó la sentencia:

— Los gusanos saben si miento...

Encono y asco reflejaba el rostro de Chiquiño... Entró en la pulpería y bebió,

para que el alcohol hiciese brotar las secas palabras que tenía en la boca.

— ¿Aónde diablo hicieron la cueva pa'los restos de la Leopoldina? — interrogó, alcoholizado.

Supo, entonces, por boca de don Eustaquio, que a dos cuadras largas del monte, en el campo de don Caceros, había una cruz. Don Caceros quería mucho a "la finadita".

Llegó la noche, húmeda y tranquila. Solo en su mísera vivienda, recordó el día gris que había pasado en la cárcel. Un día triste y largo que duró seis años...

Las palabras de la Rita habían caído como las piedras arrojadas en las charcas tranquilas. Desde el fondo, un malestar, como barro que sube a la superficie, ensuciaba y entenebrecía su vida.

Pensaba que, si durante su encarcelamiento la Leopoldina había muerto y enterrado con el puñal de su enemigo mortal, era porque el diablo andaría metido en el asunto. ¡Y él debía arrancar a su china de las uñas del diablo!

Estiró el brazo y tomó una rama de tala, redonda y derecha, como un bastón. Encendió fuego, calentó el agua, preparó el

mate y se puso a forjar su obra de arte. Quitó la corteza primero, luego disminuyó los nudos y la punta del puñal comenzó a trazar, sobre la madera, el dibujo de una víbora, como si estuviese enroscada al bastón. La cabeza del ofidio venía a servir de mango. En el cuerpo de la víbora hizo crucesitas, como si intentase pintarle manchas. Encima de la cabeza entrelazó hábilmente dos iniciales: Ch y L.

Envenenado por su obra, díjose para sí las palabras sentenciosas y definitivas de Rita: Los gusanos saben...

La duda escarbaba una cueva en su interior. Seguía trabajando en su dibujo con enfermiza fruición. De pronto un ruido de pasos y de cosa arrastrada le despertó de su tarea. Aplastó con el pie las cuatro brasas que ardían aún y se quedó inmóvil, con la mirada fija en la obscuridad, como si sus ojos oyesen... Se agachó después para recoger de la tierra los ruidos perdidos. En el callejón había gente empeñada en extraño trabajo. El sordo ruido de una pala y un pico ahogaron sus pasos. Repentinamente apareció, a cuatro metros de los dos hombres que trabajaban, como si la oscuridad lo hubiese parido. El pico producía el ruido

característico que hacen las piedras cuando chocan en el agua agitada. Uno de los hombres hundía la herramienta y la agitaba violentamente en el agua fangosa de un pantano. Eran trabajadores nocturnos. Trataban de ahondar el ojo ciego de la tierra para precipitar allí la diligencia, que cruzaría al amanecer en dirección a la cuchilla, donde no llega la línea de hierro de los ingleses.

Los trabajadores nocturnos dejaron caer sus brazos. Chiquiño habló:

— Habrá pa los tres mañana...

Uno de los pantaneros articuló un "sí" medroso, que se lo tragó la oscuridad.

— No nos vamo a peliar — insistió el ex presidiario. — Será pa los tres, ¡qué pucha!

— ¡Siguro! — se animó a decir uno de los trabajadores sorprendidos.

Chiquiño se llenó de coraje y dijo:

— Bueno. Yo les pido que no digan nada, pero reciencito metí las manos en el cajón de la finadita y...

— ¿Tra'i el cuchiyo? — se apresuró a preguntar uno de los pantaneros.

— ¡No, disgraciao, no! ¡Mienten ustedes, guachos! ¡Mal hablaus!...

Un largo silencio envolvió a los tres hombres. Chiquiño ahora, quería saber más que nunca la verdad.

— El diablo anda metido en esto.

Y, así diciendo, apretó los codos contra el cuerpo, como para ahogar su grito de protesta.

Se dirigió hacia el alambrado, rompiendo las sombras con su figura ágil. Caminaría hasta la cueva donde habían metido los restos de "la Leopoldina". Al agacharse para meter la cabeza entre el cuarto y quinto alambre, un silbido, como de instrumento liviano, arrojado al aire con todas sus fuerzas, cruzó la obscuridad. Cimbrearon los alambres al chocar en ellos el instrumento. En la nuca de Chiquiño hubo una conmoción imprevista. El golpe le dejó tendido en el suelo, boca abajo, en el barro.

Desde la obscuridad, uno de los traidores pantaneros había arrojado hacia el bulto, el pesado mango de una herramienta. Un hilo de sangre ponía sobre el barro la visión de una víbora roja surgiendo de la cabeza herida.

* * *

El viento silbaba en sus orejas, con interminable son de flauta cuando la luna llena trepaba el cerro, plateándolo. Estaba encima de la tumba, forcejeando para arrancar la cruz. Se arrodilló y tiró para arriba con todas sus fuerzas. La cruz, al desprenderse de la tierra, abrió un boquete. Allí metió, afanosamente, las crispadas manos en garra. Primero arrancó un terrón con gramilla, con pasto seco, del que se halla fatalmente encima de las tumbas abandonadas. Después la tierra mojada se le metió en las uñas y entre los dedos. Con el cuchillo cortaba la tierra, como si fuese grasa negra para hacer velas. Poco a poco se fué agrandando la cueva. No podía seguir ahondando la excavación, pues sus uñas habían resbalado ya varias veces sobre la tapa húmeda y mohosa de la caja.

El viento silbaba en sus oídos. El rectángulo abierto en la tierra se iba agrandando. Halló el borde del cajón y con el cuchillo la rodeó hasta volver al punto inicial. Había que sacar más tierra para poder levantar la tapa.

Clavó las rodillas sobre la caja y un ruido de madera podrida que se parte y un olor a orín y a trapo quemado subió hasta sus

dilatadas narices. Metió los dedos en una pequeña rajadura y, puestos en gancho, tiró para arriba. Entre sus dedos deshizo una tela podrida que venía adherida a la madera.

La luna estaba alta y era pequeñita para los ojos del hombre. Pequeñita como un grano de arroz, pero alumbraba como un sol, al que le hubiesen quitado todo el oro de sus rayos para cambiárselos por plata.

La luna le incitó a la contemplación de la caja, abierta al fin, con los restos de la "finadita". El puñal de su enemigo se balanceaba en equilibrio de muerte sobre el esternón. Las manos, resecas y achicharradas, habían perdido las últimas fuerzas que da la vida para sostener el arma. Un rayo de luna chocaba sobre la vaina de plata y se partía en mil pedazos iluminando los huesos grisáceos. El esqueleto todavía estaba sucio. Sucio de carne seca y parduzca; de tendones y de pelos y de trapos polvorientos. La muerte no podía ser muy limpia por aquellos parajes. Chiquiño, que sabía limpiar y pulir ramas y dibujar banderas y escudos en los mates... ¡Uf! El cráneo conservaba cabellos adheridos. Había lugares grises como manchas de sarna, que podían

estar blancos a la luz de la luna, si pudiese tranquilamente pulir el cráneo.

Un envoltorio de huesos se hace fácilmente. Se aprieta contra el pecho, se lleva con cuidado andando despacio. El camino, iluminado por la luna, evita los tropiezos. Al fin y al cabo, ¿qué son en el campo dos cuadras? El arroyo corre que da gusto verlo, como si la luna lo persiguiese y se lo quisiera beber de un sorbo. Parece que arrastrase un montón de grillos. El monte ataja el viento y es fácil hallar un rincón cómodo para trabajar con la punta del cuchillo en los huesos, hasta sacarle la suciedad de las babas del diablo. Van a quedar blancos...

Y al borde del arroyo llega con el envoltorio. El agua salta, de alegría o de miedo, entre las rocas. Descansa los restos en la orilla y comienza: primero el elegante fémur, después las arqueadas costillas, una por una; más tarde las complicadas vértebras. Hay que repasar bien el esqueleto... Lo que da más trabajo es el cráneo. Para sacarle los escasos residuos de los ojos, metidos en las órbitas, hay que utilizar un cortaplumas de hoja puntiaguda. Después el cabello — ¡oh, el cabello!, — que fatalmente cae sobre los demás restos ya limpios. Bue-

no, hay que tener en cuenta que el lavado terminará la obra, que no quedará una partícula de carne.

Y uno a uno los lava con gran cuidado. Luego los mira triunfante con ojos más codiciosos que los de la luna. Pero... pero, ¿por qué se le van los huesos de las manos? ¿Por qué se le escapan como tiesos pescados para irse en la corriente como el agua perseguida por la luna? Primero fué una costilla, que se le fué de las manos viboreando en el agua... Luego, los cinco dedos de una mano se le escaparon de las suyas misteriosamente y se los llevó la correntada. Después un pulido fémur y más tarde todos los huesos, uno tras otro, se los fué llevando el torbellino sonoro de las aguas... El cráneo tan blanco, tan pulido por sus diestras manos de ex presidiario, cayó en un remolino y se fué aguas abajo, chocando con las piedras musgosas del lecho. Las órbitas llenas de agua, con ojos claros, le miraban...

¿Huirían de la luna aquellos pedacitos de luna tan puliditos y tan limpios? ¡Vaya uno a saberlo! ¡Da lástima, después de tan paciente trabajo! Los huesos quedarán por ahí, perdidos en un remanso de arroyo, y alguien al verlos podrá creer que la luna

ha caído del cielo y se ha hecho pedazos sobre las duras piedras de la ribera!

* * *

La diligencia, al amanecer, se anunció con el vuelo gritón de los teros y el cencerro de la "yegua madrina" que venía a la cabeza de la tropilla de "la muda". Los pantaneros, alerta desde sus ranchos, acecharon el percance. La diligencia cayó en el pantano traicionero y se quedó clavada en él como si fuese una casa en medio del camino. Iba cargada hasta el tope. ¡Buen trabajo les costó sacarla del pozo! Pero "la tarea" fué bien remunerada por el mayoral, generoso y precavido. A las 7 estaban otra vez en marcha. El sol brillaba ya, rompiendo la escarcha y dorando el campo y el monte.

La diligencia se perdió en el Paso. El cencerro de la "yegua madrina" fué poco a poco apagando su son.

A las doce, todavía estaba Chiquiño boca abajo en el barrial, con una herida abierta en la nuca, que el sol iba secando.

Pudo soñar, antes de morir, en el rescate de los huesos de Leopoldina, salvados de las uñas del diablo.

CAPITULO XIV

Cuando el comisario les dió orden terminante de levantar campamento — pues "aquello no podía seguir así", — apareció por el callejón el viejo tropero don Marcelino Chaves. Como de costumbre, traía un pañuelo negro atado alrededor de la cara.

Si lo hizo intencionalmente, arribando en aquella oportunidad, se trataba de un pícaro de siete suelas. Todo el mundo estaba enterado de que Chaves hacía una tropa por los lejanos campos de la Rinconada y La Bolsa. Una de esas "tropas cortitas", las que solía hacer Chaves para venderlas a los carniceros de la ciudad. De veinte, cuarenta, a lo sumo setenta reses, que eran vendidas, la mayoría de las ocasiones, antes de llegar al mercado de los carniceros.

Siempre solitario, Chaves pagaba, cuando

pedía posada, un verdadero tributo de dinero y de dolor por su pañuelo negro. Nadie sabía a ciencia cierta qué cosa ocultaba aquel trapo siniestro. ¿Una llaga?... ¿Una cuchillada? ¿Un grano malo o contagioso? Esto último era lo más aceptable para la gente, como explicación. Y, así, nadie arriesgaba el pellejo, ofreciendo una prenda personal para hacer más cómoda la posada del forastero. En algunos puntos — estanzuelas o pulperías donde frecuentaba — hasta había una almohada que, cuando alguno se disponía a usarla, era sorprendido por un grito de esta naturaleza:

— ¡Deje eso, compañero; no sea bárbaro, que ahí duerme en ocasiones un apestau!... Se le va a pegar alguna porquería!...

En ciertas oportunidades hasta le habían "bichado", para ver si dormido se dejaba ver el mal. Pero fué vana toda tentativa. Chaves dormíase y se despertaba con el pañuelo negro pegado a la cara.

Su antipatía por la gente del comisario y por éste en particular, era muy conocida. El jamás trababa relaciones con los comisarios. Si ellos entraban en la pulpería, Chaves era el primero en toser, escupir a

un lado y en mandarse mudar. ¡Ah, pero faltarles el respeto, jamás! Y eso era lo que más irritaba a los policías, cómo Chaves se mantenía impecable dentro de la ley, cómo era de cumplidor y cómo sus asuntos andaban siempre claros.

Si tenía alguna cuenta pendiente con la justicia, sólo Chaves la sabía, nadie más. Era lo único sospechable ante aquel huir premeditado de los "milicos".

Le tendieron dos o tres celadas, pero no cayó en ninguna de ellas. Su prudencia era tan grande, que nadie pudo jamás decir algo malo del viejo tropero don Marcelino Chaves.

Cuando cayó al campamento de las quitanderas, ninguno de los que le conocían sabía de su antigua amistad con aquéllas. Ignoraban, por supuesto, de que Chaves había tenido mucho que ver con misia Rita, la dueña del carretón. Nada se sabía de sus peregrinaciones por el Brasil, con ella, ni de las largas noches de verano pasadas a la luz del fogón de la vieja, en sus tiempos mejores. Ignoraban también una historia larga, de persecuciones sin cuento, en las cuales Chaves tomara parte activísima, defendiendo a aquella mujer.

Apenas supo el tropero, de boca de una de las quitanderas, que el comisario había dado orden de levantar campamento, quiso ponerse en seguida al habla con misia Rita, la cual se hallaba en un cercano manantial, lavando ropa.

Cuando la vió venir, se le acercó sin saludarla siquiera.

— ¿Es en serio, Rita, que Nacho Generoso las quiere juir? — preguntó Chaves con la indignación en el rostro enrojecido.

— Ansina, viejo; ansina mesmo..., y mañana rumbiamo pal descampao de Las Tunas...

Chaves se mordió los labios, pero contuvo sus deseos de blasfemar ante las vagabundas. No dijo una palabra, y se puso a contemplar los dibujos que la llama iba haciendo en la seca corteza de un tronco robusto. El no podía ponerse frente al comisario, y menos aun en un asunto tan delicado.

Por ser la última noche, hubo gran animación en el campamento. Vinieron muchos hombres desde varias estancias, a bailar, o con el pretexto de comprar rapadura y chala, especialidad esta de la vieja Mandamás, quien se pasaba las horas enteras

con un cuchillito cortando y suavizando la chala para hacer masitos de venta fácil.

Chaves no desarrugó el ceño en toda la noche. La pasó en claro, pensativo. Estaba indignadísimo con el comisario Nacho Generoso, pues él sabía muy bien cuántos kilos de tabaco le había costado a misia Rita la tolerancia del funcionario... Cuando el comisario se había dado cuenta de que "no podía sacarles más", les dió la orden de emprender la marcha, alegando:

— Los vecinos se han quejao, y hay que proceder...

A la madrugada, la carreta partió rumbo al Norte. Iban en ella tres chinas y misia Rita, la Mandamás. La más joven de las quitanderas "tocaba" los bueyes, pues el gurí — que antes las acompañara — se les había sublevado y marchado a trabajar con los carreros.

Rompían las ruedas pesadas y rechinantes de la carreta la escarcha apretada entre los pastos. Una huella profunda abría el paso lento de la carreta. Con su negro pañuelo, el tropero seguía la marcha a corta distancia. Ganas le venían, a ratos, de torcer las riendas de su caballo y llegar a la puerta de la comisaría, con un agrio insulto en

los labios. Pero, ¿para qué? Ya sabía él el epílogo que tendría su arrojo si "sacaba la cara" por la Mandamás.

El sol aparecía en el horizonte, como la punta de un inmenso dedo pulgar con la uña ensangrentada. Los barrancos y zangoloteos del camino inclinaban a uno y otro lado la vieja carreta. Parecía una choza, andando con dificultad por el callejón interminable.

Chaves, al tranco de su caballo barroso, miraba con lástima la carreta de las infelices vagabundas. Observando el bulto, en la claridad naciente de la aurora, imaginaba cómo iban dentro del carretón las mujeres: Petronila, Rosita y la vieja, tomando mate o semidormidas; y, adelante, horquetada en su "bayo grandote", la robusta Brandina — de mote la "brasilerita", — más fuerte que un muchacho, rubia, quemada por el sol, bien formada, aunque en su vientre ya había florecido tres veces la vida. Sus diez y nueve años desafiaban el frío de la madrugada con la misma naturalidad que lo hacía al ganarse la vida, haciendo frente a la sedienta indiada de los campos.

Chaves la miraba con respeto. El sabía lo que era capaz de hacer un hombre alcoho-

lizado con una "brasilerita" así, tan llena de vida. Por defender a una mujer de esa edad — que bien conocía la Rita, pues ella no olvidaba sus diez y nueve años — él escondía un mal recuerdo, bajo de aquel pañuelo, que no se despegaba jamás de su cara...

Dos días de penosa marcha, apenas interrumpida para dar "resueyo" a los animales, y acampaban en el pastoreo de Las Tunas.

* * *

Antes de llegar al Paso Hondo, el callejón se ensancha para formar el campo de pastoreo llamado de Las Tunas, donde los carreros descansan, los bolicheros ambulantes tienden sus reducidas carpas y donde se confunden carreros, troperos, vendedoras de galleta y quitanderas, formando un pintoresco núcleo, como una junta de gitanos o pueblo en formación.

Allí dan descanso a sus cabalgaduras todos los viajeros para preparar el pasaje del Paso Hondo, peligroso en mala y hasta en buena época del año. Se apostan las tropas, hace su "parada" la diligencia y recobran fuerzas hombres y bestias.

Junto a una pequeña carpa donde un viejo zapatero, sordomudo — con su mujer, — trabajaba en el oficio, se instalaron las quitanderas.

Aquel paraje tiene las conveniencias y características de las zonas neutrales. Allí puede acampar cualquiera. Hay leña para todos en el monte cercano, agua fresca y espacio para muchos viajeros fatigados.

Chaves había elegido el sitio. Cercano a una gran planta de tuna, que se levantaba muy erguida.

La carreta, apenas separados los bueyes, tomó las apariencias de una choza. Detenida en un atardecer, se iba haciendo la noche, obscura como su destino. Hechó una raíz: la breve escalera de cuatro tramos. Las ruedas no se veían, pues cubiertas con lonas en su totalidad, de uno y otro lado, bajo de la carreta habíase formado una habitación más. Parecía un extraño rancho de dos pisos. Arriba, la celda donde las quitanderas remendaban su ropa o tomaban mate canturreando. Abajo, guarecida, la Mandamás conversando con Chaves, "prendidos" ambos del mate amargo. La "brasilerita" corría de un lado a otro, tratando de arriar

los bueyes hasta la aguada. ¡Bastante trabajo le daban aquellos bueyes viejos y "mañeros como el diablo"!...

Se oían los gritos de la "brasilerita":

—¡Bichoco!... ¡Indio!... ¡Colorao!... Y, de cuando en cuando, corregir los malos pasos del perrito foxterrier:

—¡Cuatrojos!... ¡Juera!... ¡Cuatrojos!... ¡Ya! ¡Cuatrojos!... Solamente los animales ponían atención a los gritos de Brandina.

Llegó la noche y no faltaron las visitas. Todos venían por chala, pero en el fondo ya sabía la Rita cuál era el ardiente deseo que movía sus pasos...

En el profundo silencio de la noche, empezaron a oirse lejanos silbidos y gritos vagos. A los primeros ruidos, Chaves sentenció:

—Alguna tropa que va pa el Brasil...

Y así fué. Al cabo de media hora era un ruido inconfundible de pezuñas, balidos, gritos de la gente y silbidos que poblaban la noche.

Una lucecita roja — de cigarro encendido, — al frente de la tropa, localizaba al jinete que servía de guía. Y, con él, la tropilla de "la muda" que venía bufando, ansiosa de llegar a la aguada.

Al cabo de una hora ya se veían las llamas viboreantes del fogón de los troperos y las sombras proyectadas en la noche por los hombres que preparaban el asado andando alrededor del fuego.

La carreta de las quitanderas se vió rodeada de novillos. Chaves necesitó agitar su ponchillo blanco para espantar las bestias curiosas, que se acercaban paso a paso, olfateando la tierra. Se oyó decir a "la brasilerita":

— No vaya a ser que arreen los bueyes con la tropa.

Chaves se levantó sin decir una palabra y caminó hasta el fogón de los troperos.

Volvió con ellos, y a medianoche la vieja guitarra que llevaban consigo las quitanderas fué pulsada a pocos metros de la carreta, en el fogón ofrecido a los recién llegados.

Petronila, Rosita y Brandina, la "brasilerita", después de arreglarse "para recibir a los forasteros", bajaron de la carreta. Sentadas o en cuclillas, cerca del fuego, escuchaban los acordes de la guitarra, confundidos con los balidos de la tropa cayendo a la aguada.

Y aquella noche las quitanderas se dedicaron a conformar a los troperos...

* * *

La "brasilerita", enterada del arribo de Abraham José, se guardó muy bien de divulgar su descubrimiento. Primero, porque tenía sus dudas de lo que había visto, y después por conveniencia.

Una de las tantas veces que se alejó del fogón — para vaciar la yerba de una "vieja cebadura", — más o menos a la una de la madrugada, al agacharse, sintió un olor inconfundible a jabón de turco. Quedóse inmóvil, con la bombilla en la mano derecha y el mate en la izquierda... Aunque era zurda, aquella tarea solía hacerla con la derecha...

Clavó la vista en la oscuridad y sus ojos pardos alcanzaron a divisar al turco Abraham José. Era él, sin duda alguna, el que estaba tirado en el pasto, con su cajón abierto, desde hacía más de una hora, observando los movimientos de la gente.

Después de reconocerle, dominando su sorpresa, Brandina agitó con más brío la bombilla en el mate. El turco se echó a

reir con su boca grande, de dientes blancos y labios jugosos. Su cabello ensortijado y sucio formaba un casco en la cabeza.

A la "brasilerita" no le pareció prudente darse por enterada. Las proposiciones que Abraham José le hiciera en otro tiempo la amedrentaban. Se hizo la que no le había visto. Volvió al fogón, donde los troperos, misia Rita, Chaves y sus compañeras contaban por turno historias de "aparecidos".

Preparó una nueva cebadura y escuchó con relativa atención los cuentos de los forasteros.

Al oir hablar de "aparecidos", la "brasilerita" pensó que bien podía ser la escena del turco, uno de esos casos relatados. Y, sin ser notada, volvió dudando una y otra vez la cabeza, hacia el lugar donde había descubierto al turco.

¿Sería una aparición? Del turco no tenían noticias desde mucho tiempo atrás, desde la última pasada por el Paso de las Perdices. Lo recordaba muy bien viéndolo en aquella ocasión pensativo, malhumorado, amenazante en todo momento. Era él, seguramente. No podía engañarle su olfato. Si con los ojos se equivocaba, las narices no podían mentirle. Era el olor particular

a jabón, al agua perfumada que exhalaba toda la persona del turco José.

Volvió hacia el lugar del descubrimiento y pudo comprobar su aserto. Era, sin duda, el turco Abraham José. Esta vez el hombre la había chistado con su chistido de lechuza, igualito al de la última vez, oído cuando la llamara en el Paso de las Perdices. Volvió a recordar las proposiciones, la insistencia del turco para que se fuese con él, enseñándole una libretita en donde, según Abraham, constaban sus ahorros en buena moneda corriente. ¡Ah!, pero ella no quería saber nada con aquel sujeto tan raro, que la dañaba poniéndole las manoplas en los hombros y mirándola fijamente. Y, así pensando, cerró sus oídos a la charla de los troperos y a la música lamentable de la guitarra.

Le propusieron algo y ella se negó. No quería contestarles, voluntariosa como de costumbre.

— Es muy caprichosa — dijo la Mandamás, justificando su negativa. — ¡Cuando anda con los pájaros en la cabeza se emperra como buena macaca!

Nadie tomó en cuenta aquellas palabras y siguieron haciendo rabiar a la "brasile-

rita". Ella solamente veía los ojos del turco en acecho, con la boca abierta, como si su risa fuese un hueso atracado en la garganta.

Cuando el campamento entró en descanso, la "brasilerita", pretextando que los bueyes "podían juirse", se puso alerta; y así esperó la salida del sol, conversando con el turco, que la había llamado repetidas veces con su chistido de lechuza.

* * *

Al día siguiente, el turco se incluyó al campamento de las quitanderas. El y Chaves, conversando mientras las muchachas y misia Rita preparaban la chala y discutían los precios de las baratijas del vendedor ambulante.

— Es un turco carero y tacaño — decía una de las mujeres. Y otra, más pícara e intencionada, agregaba:

— Si fuese bueno nos daría a cada una un frasquito de agua de olor...

El turco, sordo a las palabras, no sacaba los ojos de encima de Brandina. Y, cuando se cansaba de proyectar días mejores con la "brasilerita", contemplándola, posaba su vista en la vieja, apreciando el obstáculo y

haciendo sus cálculos... Era la Mandamás que respondía que no, con su presencia...

El viejo Chaves se ofrecía a cada rato:

—¿Querés que te arrime leña? ¿Traigo el agua? Mandame nomás...

Y era Brandina la que respondía por todas:

—No se moleste, don Marcelino... No faltaba más. Pa eso es visita... Largue ese palo, deje eso don Chaves...

Cuando el hombre hablaba con la Mandamás, lo hacía de una manera tan cariñosa que parecía falsear la nota.

Hasta hacía proyectos de itinerarios, señalaba caminos para recorrer y recordaba campos de pastoreo donde ellas podrían estar tranquilas.

Sin duda alguna, lugar más cómodo que Las Tunas no hallarían. Vecinos tolerantes, los cuales hasta habían permitido, en cierta época, la instalación de un bolichero, apiadados de su desgracia y desamparo. El hombre habíase quedado sin caballo.

En el callejón de "Las Tunas" podían estar tranquilas mucho tiempo; sólo que allí, como "el paso" era tan peligroso, en invierno la gente trataba de evitarlo tomando otro camino.

Al anochecer del tercer día, Chaves anunció su partida con el alba. Debía completar una tropita en dos estancias distantes cinco y siete leguas del "Paso Hondo".

Cuando el turco lo supo, le brillaron los ojos de alegría. Quedaba entonces solo, con las quitanderas y, en esa forma, podría terminar con el asunto que tenía entre manos.

Se acercó varias veces a la "brasilerita" en demanda de valor. Con sus manoplas puestas en los hombros, la dijo delirante:

— Si me querés, muchacha, turco darte todo... Trabajo, dinero, roba, alhaja, còmida, todo... turco ser bueno, agachar el lomo bara Brandina...

— No, no quiero nada, dejame; si no quiero con vos, yo no dejo a la vieja...

El turco, clavándole la mirada volvió a reir siniestramente.

La pobre "brasilerita" miróle con respeto, casi aplastada por aquellos ojos:

— Vos podés irte, con el cajón yeno de ropa. ¡Ah! ¡Ah!

— Tuyo, todo tuyo, si querés al bobre turquito. No yeva blata, borque los otros matan al turco ba sacarle dinero. Todo, todo está en ciudad, gardado. Bero turco

Abraham José jura, jura así — hizo un gesto extraño en el aire — que trará, trará todo ba Brandina...

Ella lo dejó con las últimas palabras. Y aquella tarde, como en ninguna otra oportunidad el turco lo pasó encima de la Mandamás sin perderle los pasos. Comió a su lado esa noche. La miraba como si calculase observándola... Ella era el obstáculo, el eslabón de la cadena de hierro que tenía que romper...

Chaves dió las buenas noches, haciendo la cama a pocos pasos de la estaca donde tenía atada la soga de su caballo.

A la madrugada partía. Los teros anunciaron su llegada al "Paso Hondo".

El turco se dejó estar, aguardando la terrible noticia. No podía fallarle. Ya se lo había dicho un compatriota de la ciudad:

— Con un poco de eso en la comida, amanece muerta...

Esperaba. La noticia llegó a sus oídos hecha un clamor:

— ¡Turco, turquito, Abraham! — gritaban las tres mujeres — ¡la vieja está fría, dura! ¡Vení pronto, turquito!

Las tres quitanderas llorando, rodeaban a "la Rita", muerta, transformada en un

cadáver rígido, seco, puro trapo y hueso.

Brandina miró su caballo pastar a pocas cuadras, pero comprendió que era tarde para alcanzar a don Marcelino Chaves. El sol ya transpasaba de lado a lado la carreta. No había más remedio que dejar todo en manos del turco...

Y así sucedió.

* * *

El comisario, el sargento, Duvimioso, dos milicos, el turco, las tres quitanderas y el zapatero sordo-mudo, con su mujer, formaban el cortejo.

Cargaron el cadáver en el carrito de pértigo del zapatero. Este, montado en una bestezuela roñosa y flaca, conducía el cajón. Lentamente fueron cayendo al "paso", en cuyas piedras sueltas, el carrito daba tumbos y hacía un ruido molesto para todos.

Las mujeres lloraban desconsoladamente. El comisario, al lado del turco, llevando de la rienda su caballo, conversaba en voz baja:

—¡Y bueno, era tan vieja la pobre! —decía con resignación como para que le oyesen las mujeres y bajasen el tono de sus lamentos.

Duvimioso, el sargento, opinó que "la Rita" chupaba mucho y debía tener la riñonada a la miseria. Uno de los "milicos" le dijo al otro, rascándose el talón:

—Y esas, ¿pa'onde han de rumbiar?

— Seguirán en la carreta, siguro... repuso el otro.

El cementerio está ubicado a unas tres cuadras del "paso". Llegaron; y sin más trámites, la metieron en una fosa vieja que hallaron abierta. Sin duda había sido hecha para alguno que no murió, como se esperaba...

Brandina cayó varias veces sobre el cajón. El que con más bríos echaba tierra sobre la muerta era el zapatero, como si fuese un antiguo sepulturero.

El turco parecía muy impresionado. Al terminar la tarea, el comisario, poniéndole una de las manos en el hombro díjole, — un poco ordenando como era su costumbre, y otro poco haciendo mofa del asunto:

— Bueno, turquito, aura tenés que cargar con esas disgracias...

Y, despidiéndose, partió seguido de los "milicos" y el sargento.

Al poco tiempo de andar, dió vuelta a la cabeza y contempló el cuadro: El turco

iba "de apié", con una de las quitanderas. Las otras dos, con la mujer del zapatero, ocupaban el lugar del cajón. El zapatero conducía al tranco la carretilla. Con un ademán desenvuelto, el comisario ordenó al sargento con resolución:

—Andá, che, pasate la noche acompañando a esas infelices... Yo puede ser que caiga a media noche...

El sargento no deseaba otra cosa. Dió vuelta en sentido contrario y galopó hacia la carretilla.

* * *

Mientras se tostaban en las brasas del fogón dos gruesos choclos, que el zapatero le regalara la noche del velorio, Abraham José planeaba su trabajo de aquel día.

La "brasilerita", en enaguas, ensillaba su bayo. Rosita y Petronila, dormían aún, pues la noche habíanla pasado entre lamentos y atenciones con el comisario.

El turco comprendió que cualquier demora de su parte le sería perjudicial. Y, con el pretexto de arreglar sus baratijas, abrió el cajón y desparramó la mercadería entre las ruedas de la carreta. Entraba así,

con sus artículos, al dominio del campamento. Ordenaba, disponía, y repetíase para sí las palabras del comisario:

—¡Aura, turquito, tenés que cargar con estas disgraciadas!...

Cuando la "brasilerita" volvió del monte cercano, donde había ido en busca de unas hojas de yerba contra el dolor de cabeza — las cuales traía ya pegadas a las sienes — el turco la preguntó:

— Brandina, brasilerita, los güeyes están todos, todos?

— Siguro, ahí andan — y señaló con el brazo estirado — en la zanja está el "Bichoco"... el "Indio", debe andar por los pajonales, y el "Colorau"... ¿no lo ves ahí, atrás de la carpa el zapatero?...

Abraham José se tranquilizó. La "brasilerita" no ponía fea cara, de modo que su negocio marcharía a pedir de boca...

Cuando las otras muchachas bajaron de la carreta, el turco les ofreció un mate. Brandina, al ver a Petronila, le miró de arriba a abajo. Esta, habíase puesto sus mejores prendas. La "brasilerita" le reprochó:

— Aura te ponés la ropa fina pa andar en el lideo... ¿No?

— Es que — tartamudeó Petronila — me voy a dir pa la estación...

— ¿A qué, cristiana? — volvió a insistir la "brasilerita".

— Y pa quedarme ayí con Duvimioso...

La resolución de Petronila fué respetada. A medio día, el sargento llegó en un sulky destartalado que había conseguido en la estación. El hombre prefirió no entrar en explicaciones. Era demasiado seria su propuesta y sabía que "en cuestiones de amor no hay que andar con recobecos y pamplinas"... dieron la mano al turco, a Brandina y Rosita, y con un ¡buena suerte!, subieron al sulky.

El alejamiento de Petronila, coincidió con la partida del zapatero. Abraham José contemplaba el desarrollo favorable, para él, de los acontecimientos. Solapadamente iba haciendo sus cálculos... Aquella repentina soledad le favorecía.

Al caer la tarde, un silencio profundo entristecía el campamento. No pasaba nadie por el camino. Eran ellos los únicos seres que habitaban el campo de pastoreo de "Las Tunas". Rosita, remendaba una camisa celeste, Brandina, que vigilaba el fuego

recién encendido, arrimando una astilla, preguntóle en voz muy baja:

— ¿Podés ver la costura, Rosa? ¡Cha que tenés buen ojo!...

La mujer dejó la camisa en la falda y se puso a mirar el fuego fijamente. El turco acercó la "pavita" a las llamas. La noche los sorprendió tomando mate, silenciosos.

Apenas probaron el asado. Cuando Rosita subió a la carreta, Abraham José y Brandina, bajo del vehículo, comenzaron a doblar los géneros y a ordenar las baratijas. Aquel gesto de la "brasilerita" acabó por convencer al turco de que triunfaba.

A los tres días, un tropero se llevó los bueyes. El turco hizo negocio por su cuenta. Su paso por el descampado de "Las Tunas" no pudo ser más oportuno. Desde aquel momento, la carreta comenzó a hundirse en la tierra...

* * *

Ya lo presentía don Marcelino Chaves... Cuando se cruzó con su compañero de faena, que arriaba al "Bichoco", al "Colorao" y al "Indio" junto con otros bueyes "pampas" — el viejo tropero se dió cuenta

que en el descampado de "Las Tunas", las cosas habían tomado un rumbo insospechado al partir.

Atravesó el "Paso Hondo" con el agua a la cincha, rozando con las suelas de sus botas, perezosamente alzadas, la superficie cristalina.

Enderezó hacia la carreta comprendiendo de antemano y murmurando entre dientes:

— Pícaro turco, me ha reventau!

La carreta, a simple vista, le pareció más chata. La concurrencia hasta el campamento había sido, sin duda alguna, muy numerosa, a juzgar por el caminito sinuoso que a ella conducía. Su caballo andaba en él sin necesidad de gobernarle.

Como lo presentía, el vehículo había echado raíces. Las ruedas, tiradas a un lado, sólo conservaban los restos de uno que otro rayo. Las llantas estiradas, habían sido transformadas por el turco en recios tirantes. El pértigo, clavado en el suelo, de punta, hacía de palenque. Toda la carreta habíase convertido en rancho o en algo por el estilo.

Se asomó a una portezuela. Dentro de la carreta vió un pequeño mostrador y tras él al turco Abraham José.

Desconfiado, el extranjero, alzó los ojos, mirando al recién llegado por entre la espesura de sus cejas. La "brasilerita" tomó la defensa, invitando a Chaves a bajar de su caballo. Tras unas palabras incoherentes. Brandina terminó:

— Sí... este... Y Petronila, ¿sabe? se jué con Duvimioso, el sargento... Al otro día del entierro se jué... — Brandina frotaba un frasquito de agua de olor con su delantal mugriento.

— ¡Canejo, podían haber esperau! ¡Qué, también!

Rosita, que acataba a Marcelino Chaves como ninguna, asintió con un gesto de cabeza.

Chaves tuvo un impulso violento de echarse sobre el türco, pero se contuvo. Ya no había nada que hacerle, la carreta habíase detenido para siempre!

Escupiendo y rezongando el viejo se alejó un tanto de la puerta, seguido de Rosita. Ella había comprendido las intenciones del tropero.

Sin muchas palabras de preparación, después de un: Ché, Rosita! Chaves le propuso:

— ¿Querés venir conmigo pal Brasil? Te yevo...

— Güeno — respondió la interpelada, sumisamente.

— Aprontate, andá, hacé un atau de ropa y vamo...

El viejo tropero, aguardaba recostado al palenque. Mientras tanto afirmó el recado, se acomodó las bombachas y el poncho, y después se puso a sacarle punta a un "palito" con su facón... Cuando apareció Rosita, preparada para marchar, envainó el arma, llevándose el "palito" — escarbadiente — a la boca.

Partieron. La última mirada de Chaves, más fué de asco que de odio:

— ¡Quedarse empantanaos así! ¡Turco pícaro! — dijo entre dientes.

Rosita, enancada, iba acomodándose la pollera verde. No necesitaba agarrarse al hombre, pues era muy baquiana para ir en ancas.

Siguieron buen trecho al trote, por el ancho callejón, siempre hacia el norte. Las lechuzas revoloteaban sobre sus cabezas. El paso de los caminantes, eran festejado por los teros. Ni la mujer ni el viejo, dieron vuelta la cara para mirar los restos del carretón. Tenían bastante con las leguas que distaban desde las patas del caballo

hasta el horizonte. Mordiendo con sus pocos y gastados dientes, el "palito" que llevaba en la boca, el viejo tropero iba diciéndole:

— Nos agarrará la noche en lo de Perico más o menos...

Y Rosita le respondía:

— Sí...

— Mañana almorzaremos en lo del tuerto Cabrera... ¿sabés?

— Sí... — repetía la mujer.

— Pasau mañana, ya andaremos por lo de Lara...

— Sí...

— Ayí tengo un cabayo, el tubiano, el tubiano, ¿te acordás? pa vos... Andaremos mejor.

— Sí...

Y Rosita ya dormitaba con los cabellos caídos sobre la cara.

— Después veremos lo que si hace. ¿Entendés? Ya veremos...

— Sí...

Aquella vida le pertenecía.

El tropero, enérgico, siguió caminando. La mujer balbuceaba sus sí, que parecían caérsele de los labios, como una entrecortada baba de buey... Sí, sí, sí... goteaban las respuestas.

La bestia andaba al tranco entre las piedras. El chocar del rebenque en las botas del tropero, marcaba el paso del caballo. Bajo un violento vuelo de teros y un chistido contínuo de lechuza, el viejo Marcelino Chaves, con su pañuelo negro y Rosita con los cabellos en desorden, siguieron por el camino interminable, bajo el silencio de un cielo altísimo y azul. La luz del ocaso, doraba las ancas del caballo y las espaldas encorvadas de la mujer...

A propósito de las quitanderas.

En torno al vocablo «quitanderas» — calificativo que dí a una singular especie de mujeres campesinas — se tejió, allá por el año de 1923, una serie de comentarios interesantes bajo diversos aspectos. Los especialistas en folklore rioplatense, solicitados por la curiosidad de los devotos del género, abrieron juicios sobre la propiedad de ese vocablo y, por supuesto, sobre la veracidad de lo relatado y la calidad del cuento. De esas controversias, de aquellos juicios, particularmente me honró el extenso y enjundioso de D. Martiniano Leguizamón, del cual quiero dar cuenta ahora, al tentar una edición nueva y completa, de mi «novela de quitanderas y vagabundos», que publicara, en ediciones populares, la editorial «*Claridad*» de Buenos Aires.

A fin de que el lector tenga una idea del desarrollo de la discusión en torno del extraño calificativo, sin comentarios, transcribiré las publicaciones que se ha hecho al respecto en América y el extranjero. Claro está,

que dándole a las investigaciones tan sólo la importancia de quienes, en forma erudita, se han expedido sobre la particular denominación.

Desde luego, justo es señalarlo, la luz no se hace sobre el punto discutido y a mí solo me cabe la certeza de que las «quitanderas» han existido en mi imaginación, por el hecho cabal de haberles dado vida en páginas novelescas. Y, puede ser que, aisladamente, los personajes de mi ficción cerraron el paso a los caminantes en uno de los anchos caminos por donde se desarrolla la acción de mi novela.

* * *

El aspecto quizás más curioso de todo este embrollo de datos y de afirmaciones, más o menos fundadas, reside en la publicación de una novela de «quitanderas», obra del escritor francés Adolfo de Falgairolle, quien en la serie de «*Les Oeuvres Libres*», dió a estampa una historia con mis personajes, intitulándola «La quitandera». En la novela del escritor francés, la carreta arranca del extremo Sur de la calle Rivadavia, en un amanecer pintorescamente descripto por el autor. Y la partida se efectúa ante la presencia luminosa de un inmenso aviso de Ford, hundiéndose el vehículo en la pampa, con la seguridad de que es capaz una pesada carreta y un escritor europeo improvisando novela americana.

El lector se preguntará, cómo conoció el citado novelista la obra, o la existencia de ese raro espécimen de mujeres. Y, fácil es responder a ello, si se tiene en cuenta que

M. de Falgairolle, conoce profundamente nuestro idioma y, por lo visto nuestra literatura.

Un año después de aparecido mi libro, el gran pintor Don Pedro Fígari, expuso en un salón de París una serie de cuadros de «quitanderas». Gauchos o quitanderas, para el escritor francés, le parecieron bienes comunes y entes fácilmente utilizables. Mientras aquí se discutía la veracidad del relato, en Francia aparecían las quitanderas como materia novelesca. Denunciado por mí, el infundio, como plagio inocente de M. de Falgairolle, en el diario «L'Intransigeant», se dió eco asímismo a mi reclamo, en «*Les Nouvelles Literàire*», y «*Candide*» marginó el hecho. En la serie de artículos y consideraciones críticas que transcribo, incluyo esos entrefiletes de la prensa de París.

Don Martiniano Leguizamón, niega la existencia de esas «mujeres de ojos deshonestos», — eufemismo gracioso — Silva Valdés, no recuerda haber oído hablar de ellas. En cambio Fígari, asegura su existencia al recojerlas en numerosas telas y les da, sin duda, perpetuidad singular.

* * *

Creo que con «La Carreta» he enfocado desde un ángulo, la vida sexual de los pobladores del norte uruguayo, región fronteriza con el Brasil. En aquellas inmediaciones, la mujer por raro designio, hace sentir su ausencia y esta señalada particularidad, es la que determinó sin duda en mí, la visión amarga y dolorosa de las quitanderas.

Como «La Maison Tellier» de Maupassant, como «El pozo de la lascivia» de Alejandro Kuprin, en esta novela se insiste en un determinado aspecto. Se insiste con premeditación, y al afirmar esto, respondo a ciertas objeciones que le ha hecho la crítica. Vidas obscurecidas, dolorosas existencias, en las páginas de «La Carreta», no he querido más que remarcar el padecer de seres para los cuales la vida sexual, es una constante tribulación. Clima áspero y fuerte, paisaje rudo, cerrilladas y ranchos, han determinado el alma de las gentes que pasan por estas páginas.

* * *

A título de curiosidad y aprovechando esta nueva edición, agrego los comentarios que suscitaron las quitanderas, desde su arribo a la escena literaria, hasta su ubicación definitiva en «*La Carreta*» y en el color particularmente evocativo del pintor Don Pedro Figari.

Ahora, ya descriptas sus vidas, ya fijadas sus fisonomías, las «quitanderas» han existido y de su verdad queda esta novela, en donde el paisaje de una parte de América, quiere ceñirles sus contornos a fin de dar realidad mayor a sus existencias.

E. A.

Buenos Aires, Julio de 1933.

De Don Martiniano Leguizamón, en «La Nación».

DEL FOLKLORE ARGENTINO: LAS QUITANDERAS.

Una breve y atenta esquela que me dirigió días pasados, desde La Plata, un joven escritor, contiene la consulta siguiente: Acabada la lectura de un libro de cuentos del interior, dice, me ha quedado una duda sobre la voz «quitanderas» que el autor da como de origen americano y califica así: «a la vagabunda amorosa de los callejones patrios».

Desgraciadamente la carta no señala con precisión, ni la obra ni el paraje en donde el autor ha ubicado su relato, lo que hubiera simplificado la búsqueda por la lengua de los aborígenes que poblaron esa región y dejaron quizás sobre el suelo la palabra que nos ocupa.

Sin embargo no sonaba por primera vez a mi oído, en alguna parte, no se dónde, ni cuándo, creía haberla visto escrita, aunque ignoraba su significación. Interesado por averiguarla, consulté el diccionario de la Real Academia y no la encontré registrada como americanismo regional. Tampoco figura en los glosarios de voces rioplatenses, ni en los vo-

cabularios indígenas del guaraní, quechúa o araucano.

Pero el vago recuerdo de haberla visto escrita, persistía y aguzó mi curiosidad, pensando que su averiguación tiene algún interés filológico, por tratarse de una voz y una designación nueva, incorporada a una obra de costumbres nacionales con tendencias folklóricas, para calificar a ciertas mujeres impúdicas, acerca de las cuales nuestro argot arrabalero ha creado las denominaciones gráficas y pintorescas, «mina» y «giranta», que pintan de golpe la condición vergonzante de las que practican ese oficio callejero.

Estas cuestiones de dialecto argentino, han tomado puesto entre los estudiosos, y empiezan a apasionar a más de uno; excuso decir que soy devoto antiguo, que sin caracterizar tipos regionales y maneras propias de expresión, es innegable su existencia. Y es igualmente cierto, que nuestra forma verbal llamó la atención a distinguidos filólogos, como Gastón Máspero y Menéndez y Pelayo, según lo hice notar en mi estudio sobre el trovero guachesco Hilario Ascasubi.

Todo vocablo nuevo que pretende tomar carta de ciudadanía, como procedente de nuestras hablas regionales, merece, pues, que se le examine cuidadosamente, buscando su origen, para comprobar si en realidad pertenece a alguna región del territorio, a fin de no incurrir en la credulidad de ciertos colectores de argentinismos que anotaron como términos ori-

ginarios del país, voces de procedencia hispana traídas por los conquistadores.

Cierta vez, durante una representación de Calandria, Jacinto Benavente me aseguró que ciertos modismos del lenguaje rústico de mis gauchos de Montiel, que yo creía genuinamente criollos, eran un trasunto apenas adulterado con la pronunciación, de voces y giros usuales por los campesinos de España.

De manera que el elemento indígena en la formación de la palabra, es lo que debemos averiguar en primer término para considerarla auténtica de la tierra. Tal es lo que me propongo verificar respecto de esta voz «quitanderas».

No encontré, desde luego, ningún término semejante por su fonética ni significación entre las lenguas aborígenes, guaraní, quichua y araucana, que mayor copia de voces, aportaron al idioma argentino.

Empero, en el idioma de los araucanos, que dejó poblada la Pampa de nombres extraños, creí encontrar elementos para formular una inducción conjetural.

En el lenguaje popular de Chile, «quita» — en araucano «quita» o «putra» — es el cachimbo o pipa de fumar, especialmente en los indios, talladas en piedra o hechas de greda o madera, de donde podría venir tal vez la denominación «quitandera», las mujeres fumadoras en «quita» o cachimbo, las pitadoras, según nuestro modismo corriente.

El uso del tabaco y la práctica de fumarlo en pipa, es una costumbre prehistórica. Des-

de el desembarco de Colón, y a lo largo de la tierra firme, la encontraron los conquistadores. Los descubrimientos arqueológicos posteriores de diversos tipos de ese utensilio doméstico, comprueba su invención anterior a la conquista española y su dispersión geográfica.

Entre los aborígenes araucanos, la práctica de fumar en pipa tiene forma de ceremonias rituales. En las curaciones de los enfermos, en los parlamentos para la guerra, el sacrificio de los prisioneros, las invocaciones a los antepasados, a los espíritus protectores y en ciertas expansiones libidinosas, cuando hombres y mujeres rodaban excitados por la embriaguez de la nicotina; en todos los actos en que intervenía la magia y la superstición de sus hechiceros, el tabaco y la pipa desempeñan un papel importantísimo.

Pero si bien la costumbre de fumar en pipa persitió entre los aborígenes en época posterior a la conquista, el nombre indígena — «quitha» o «quitra» — fué reemplazándose por la denominación popular de cachimbo, según se comprueba en los diccionarios de chilenismos de Zorobabel Rodríguez Lenz.

Cachimba y cachimbo fueron voces traídas al Río de la Plata por los negros africanos o venidos de las Antillas, al decir de algunos americanistas, pero siempre indicando su patria africana, y su etimología del bunda — tribus negra de Angola — casimba y casimbo, pozo o hueco de poca profundidad.

Con su habitual ligereza de información en

las cosas de Indias, el diccionario de la Academia, define ambas voces como si fueran la misma cosa; pipa y fumar en pipa. No es así. Con el nombre cachimba, se designaba por los escritores de la época colonial, y en la literatura rioplatina moderna, una pequeña vertiente de agua; y cachimbo es el pito en que fumaban los negros viejos, esclavos africanos o sus descendientes. Tal vez las negras fumaron también en pipa; pero de mis lecturas no resulta comprobada esa costumbre. Ni Azara ni Wilde la mencionan.

Lo que fumaban las negras y chinas eran toscanos, cigarros de hoja, fabricados por ellas mismas, pues antes del establecimiento de las cigarrerías, eran las mujeres las que fabricaban los cigarros y cigarrillos con tabaco del Paraguay, Corrientes y Tucumán.

Así las ví en Entre Ríos y las veo cruzar aún a través de mis recuerdos de infancia, con el rebozo negro terciado, el cigarro o cachimbo de hoja en la boca y la tipa de cuero o el canasto de mimbre en la cabeza con la factura — pasteles, empanadas, roscas y tortas, — que iban a vender en los sitios de diversión popular, donde se corrían carreras y se jugaba a la taba. Las llamaban pasteleras y tal vez vivanderas por los puristas, que tal es la designación castiza.

Como se ve, la pipa indígena o el cachimbo de los negros africanos, había tomado una nueva acepción, pues se denominó cachimbo al cigarro de hoja fabricado en el país, que consumían las gentes humildes que vivían de

su trabajo, y que no eran vagabundas amorosas.

Revisando los libros recientemente aparecidos, encontré en un volumen de cuentos titulado «Amorim», una descripción campesina de Corrientes, cabalmente nominado «Las Quitanderas», en cuyo epígrafe se lee: «Quitandera» en América a la vagabunda amorosa de los callejones patrios». Del crudo relato naturalista, resulta que las así calificadas, son unas mujeres que van a través de los campos ejerciendo su comercio nocturno, bajo el toldo de una carreta...

Nunca oí referir a nadie tan extraña costumbre. Pienso que es una mera fantasía del escritor, y me parece que más bien se refiere a ciertas muchachas alegres que, en el Paraguay y quizás en Corrientes, llaman «quiguáberá» — peineta dorada — por la costumbre de tocarse la negra cabellera para los bailes populares, con una gran peineta reluciente; pero, que no es la concubina o meretriz, la «cuñá candahé», mujer de ojos deshonestos, como dice con delicado eufemismo el P. Ruiz de Montoya.

Sospechando que en el oficio de las negras y chinas pasteleras debía encontrarse la denominación despectiva empleada erróneamente, busqué la palabra en la lengua del Brasil, por su fonología; y en el «Diccionario des vocábulos brazileiros», de Beaurepaire-Rohan, encontré: «quitanda», mercado de frutas, hortalizas, aves, pescados y otros productos si-

milares. «Quitandeiro», dicen del bunda «quitander», el que ejerce el oficio de comprar y vender géneros alimenticios, y «quitandeira», regateadora, mujer que usa términos groseros y se ocupa de la reventa.

En igual sentido se expresan Amadeu Amaral en «O dialecto caipira», de San Pablo; «quitanda» es el puesto de venta y «quitandero» el que vende. Es también voz corriente en Portugal, con una ligera modificación ortográfica, pero con idéntico significado. Allá dicen «quintalada», a lo que en Brasil denominan «quitanda», el puesto de venta. Así parece confirmarlo un «Auto da feira», de Gil Vicente:

> Vendo dessa marmelada,
> Elas vezes graos torrados.
> Ysto nao revela nada;
> E en todos los mercados
> Entra a minha quintalada.

Se trata, como se vé, de un vocablo del folklore brasileño, pero no del nuestro. Y aunque es bien posible que del Brasil pasará al Uruguay, sin embargo, no lo registra en su «Vocabulario rioplatense» Granada, ni el «Diccionario de Argentinismos» de Segovia. Siendo de extrañar que a ese prolijo escritor correntino se le escapara, lo que prueba que en Corrientes no se emplea dicha denominación.

Pero de cualquier modo, en su país origi-

nario «quitandera», no califica a la vagabunda amorosa, sino a la mujer de humilde condición, que vive honestamente de su trabajo, vale decir, a la vivandera, voz clásica que tiene su etimología en la latina «vivere»; vivir, pasar y mantener la vida.

***

Opinión y juicio del autor del «Vocabulario Rioplatense», Don Daniel Granada.

Sr. Enrique Amorim. Buenos Aires. — ... Muy honrado con ello, transmitiré a Vd. ante todo, la grata impresión que me ha producido un obsequio tan acomodado a mis antiguas aficiones. Escasas son, por demás, las relaciones literarias entre los países hispano-americanos y su antigua metrópoli. Así sucede que autores aquí enteramente desconocidos ilustran las letras de América con trabajos en que campean las galas de la lengua castellana, como lo hacen ver las breves páginas de «Las quitanderas», modelo acabado en el género descriptivo, tan difícil en su aparente facilidad. Con gran precisión y sobriedad de estilo pone usted delante de los ojos del lector, una escena viviente, en que parece estarse viendo moverse calladamente los personajes entre las sombras de la noche. «Es un crudo relato naturalista», según se expresa el señor Leguizamón, pero sin asomo de desenfado ni otra mira que la de ofrecer una exactísima pintura de costum-

bres camperas. Naturalmente, no podían faltar en ella los términos y frases vulgares del criollaje. Su uso es muy legítimo y necesario a la perfección de todo cuadro de costumbres populares, como lo preconiza el ilustre autor de «Montaráz» y de «Recuerdos de la tierra». Esos términos y frases suelen ennoblecerse, incorporándose al lenguaje ciudadano. En tal caso, se hallan los de «quitanda» y «quitandera», muy usuados y conocidos al Norte del Uruguay, como no dudo que lo serán en Corrientes y Entre Ríos, en Misiones y en el Paraguay. Que Segovia con ser correntino no registre en su «Diccionario de argentinismos» la voz «quitandera» ni lo de «quitanda», como tampoco Garzón en su «Diccionario argentino», no arguye por sí sólo que ignore su existencia. Puede ser que no las registrasen por omisión involuntaria, como me ha sucedido a mí en el «Vocabulario rioplatense». En cambio, las tengo registradas en un trabajo inédito que intitulo «Vocabulario paranaense», para cuya impresión no sé si encontraré editor en la península. Pero el sentido recto de «quitandera» es el de mujer que tiene a cargo una «quitanda», y se da el nombre de «quitanda» a un puesto atendido por mujeres, en el que se venden cosas de merienda (pasteles, alfajores, naranjas, bananas, etc.), en las reuniones y fiestas campestres. Esas mujeres, que por lo regular son chinas, y por lo mismo fáciles, no por eso han de reputarse todas deshonestas. El sentido en que usted aplica la voz «quitanderas», no es el significado originario

y propio que le corresponde, sino una acepción derivada de la condición más común en las mujeres que se dedican a ese tráfico. El episodio que usted magistralmente relata, aunque obra de su invención, está enteramente ajustado a la realidad, así en su composición como en el lenguaje; es posible y verosímil en el conjunto y en todas sus partes, concurriendo, por tanto, al conocimiento íntimo de la vida nacional y de su historia. Trabajos de esa índole se hallan en el mismo caso que la novela picaresca de la décimoséptima centuria en España; forma literaria que no tiene competidora por su mérito intrínseco en ninguna otra Nación. Su excelencia no es debida únicamente al superior ingenio de sus autores, sino precisamente a que tenían delante de los ojos la fuente originaria de sus operaciones: inventadas, pero verosímiles.

Soy del mismo dictamen que el señor Leguizamón y usted sobre la etimilogía de la voz «quitanda» y por derivación portuguesa el vocablo «quitandera», expresiones que del Brasil pasaron a las zonas limítrofes del habla española, uno de tantos rastros de la época gloriosa en que la gente lusitana descubría y sujetaba a su dominio las cosas occidentales del Africa. Hállase la voz «quitanda» (en el sentido de mercado o puesto de venta de comestibles) en los diccionarios de lenguas indígenas de la Senegambia.

Volviendo al episodio de «Las quitanderas», ¡qué contraste ofrece el fallo de la multitud sobre las acciones humanas! ¡Objeto de mo-

fa y ludibrio, por no amar nada, acaba el correntino por ser escarnecido y muerto a palos por amar con ternura infantil!

Doy a usted las más expresivas gracias por el obsequio, ofreciéndome de usted affmo, amigo y atento servidor. q. b. s. m.—*Daniel Granada*—Carranza 5, Madrid.

***

Don Roberto J. Payró, en «La Nación» (1924).

Los creadores de vida, en la novela, en el cuento, en el drama, si merecen el título de tales, o son verdaderos Proteos, poseedores del inestable don de cambiar como se les antoje de espíritu y de forma, de alma y de cuerpo, hasta de sexo, para decirlo todo, o tienen el poder de dividirse en dos personalidades — una agente y paciente, la otra espectadora y observadora — y examinar hasta el más recóndito recoveco de su propio cuerpo y de su propia alma. Estos últimos son generalmente los poetas, que se dan enteros al lector, realizando la fábula del pelicano, como Alfredo de Musset, o los novelistas autobiográficos, que a penas disfrazan su vida con un barniz más o menos espeso de ficción, como el Goethe de Werther. Los Proteos son Shakespeare, Balzac, para no citar si no cumbres. Unos y otros, van alma adentro; los dioses inferiores se quedan en la periferia, no llegan al espíritu, donde reside la vida, no crean sino muñecos,

movidos mecánicamente, que si alguna vez perduran, será sólo por lo ingenioso del mecanismo y lo simpático de su movimiento. Por eso, ante el menor indicio de que se está en presencia de un creador de vida, aunque sólo sea en ciernes, se experimenta la satisfacción en lo moral, que se siente en lo físico respirando el aire vivificado por un poco más de ozono.

¿Es Amorim entonces un creador de vida? Creemos francamente que sí, que es un creador de vida y de belleza, y que no tardará en darnos una prueba todavía más convincente que la muy valiosa encerrada en este libro. Y lo creemos, porque se nos presenta bajo los dos aspectos, pero más en el de descubridor de lo que tiene dentro, que de Proteo transformable en seres múltiples, distintos y vivientes. Sin embargo, su evocación realista suele ser poderosa y alcanza todo su efecto en *Las quitanderas,* pedazo de vida primitiva y ardiente, cuya eficacia se ha olvidado de señalar y exaltar, para no ocuparse sino de una discusión de analogía gramatical, trivial y ociosa, dado el mérito del conjunto. Con osadía, pero sin tropezar, Amorim nos ha llevado a ver al hombre grosero, rústico, en quien no se ha encendido todavía la lucecilla del idealismo sentimental, pero en quien arde naturalmente el fuego de los sentidos, frente al inefable misterio del amor. Son páginas rudas, sin adorno, sin rubores, pero también sin viciosa complacencia.

***

«Las quitanderas» en la literatura francesa. De *Chicago Daily Tribune,* Paris, Marzo 26 de 1929.

L'Intransigeant, descubre una historia literaria muy interesante. El escritor Enrique Amorim, hace tiempo publicó una novela titulada «Las quitanderas». Tanto el título como la novela, pertenece a la imaginación creadora del señor Amorim, al punto de que antes de su publicación, nadie había hablado de esa clase de mujeres. Todo pertenece a la fantasía del celebrado cuentista de «La Nación», de Buenos Aires.

El acontecimiento es muy comentado y reviste contornos muy singulares para la creación e invención del señor Enrique Amorim.

***

Decía *L'Intransigeant:* Vendredi, 22 Mars 1929

L'écrivain sud-américain Amorim avait publié à Buenos-Aires, en 1923, un roman intitulé *Las Quitanderas.* Dans le numéro des «Oeuvres Libres» de fevrier 1929. Adolphe Falgairolle publie une nouvelle sous le même titre. Rencontres à travers l'Océan? ...

***

«Les Nouvelles Littéraires», Samedi 3, Mars 1929. .

L'écrivain uruguayen Enrique Amorim, a publié en deux occasions, en 1923 et 26 une nouvelle sous le titre de *Las quitanderas.* Dans deux occasions, la publication de cette dernière a donné lieu a des avis contraires sus les quitaderas et a la conclusion qu'elle n'ont jamais existé et qu'il ne s'agissait que d'un produit de la fantasie de M. Amorim. Les critiques les plus autorisés sur le folklore américain ont nié l'existence de ce genre de femmes qui vendraient des caresses pendant leur voyage dans la Pampa. Le mot est ainsi une creation...

Ce livre semble avoir fourni a M. A. de Falgairolle un thème pour un roman de moeurs américaines, ou l'on retrouve des passages similaires. L'œvre de M. Falgairolle porte le même titre de *La Quitandera.*

***

En *«Candide»,* París, Abril 1929.

Un groupe d'amis de l'écrivain uruguayen Enrique Amorim s'est réuni, hier à déjeûner, pour saluer celui-ci avant son départ.

Il a été naturellement question de l'amusante histoire de mystification littéraire dont un livre du brillant romancier est le point de départ. M. Amorim avait donné, en 1923, une

œvre d'imagination «Las Quitanderas» qui présentait un personnage féminin inventé de toutes pièces: pour adoucir la solitude des gauchos dans la Pampa, des femmes, les Quitanderas, s'en allaient, amoureuse caravane, offrir une passagère tendresse aux grands solitaires de la plaine argentine. Ce trait de mœurs, comme le nom donné à ces femmes était, bien entendu, de pure invention et aucun philologue ne put jamais découvrir de «quitandera» dans la plus lointaine histoire du pays. Or, les «Nouvelles Littéreaires» viennent de révéler qu'un écrivain français de talent, M. de Falgairolle, avait publié une nouvelle de mœurs argentine, san doute inspirée du conte de M. Amorim, puisqu'il l'a également intitulé «La Quitandera». Le jeune romancier a-t-il été mystifié ou a-t-il voulu lui-même étonner ses lecteurs en utilisant «une bonne histoire» venue de loin? C'est ce que l'on se demande et ce qui intrigue beaucoup les milieux littéraires américains de Paris.

***

*Un juicio de Fernán Silva Valdés. — **Revista «Nosotros», Buenos Aires.***

Cuando uno levanta una piedra que ha estado un tiempo más o menos largo, en contacto con la tierra, deja al descubierto una cantidad de insectos de varias clases, los que se mueven, sorprendidos por la luz del Sol,

en medio de la mancha oscura de la tierra húmeda que marca el sitio en que yacía la piedra. Es lo que ha hecho Enrique Amorim: ha levantado la losa piedra que ocultaba un terreño, un ambiente miserable y tenebroso, en que no daba el Sol, aunque lo diera materialmente. El campo y las vidas que nos presenta el escritor compatriota, son, en nuestra literatura, inéditos. Pero ello no quiere decir que «ese sea el campo uruguayo». Sobre este particular se tontea mucho, se hacen afirmaciones aéreas. Cualquier maturrango de la crítica literaria o plástica, se afirma en los estribos echándose para atrás, diciendo: éste es el verdadero campo; esto es lo gaucho; esto es lo criollo o lo nativo.

El campo —para la obra de arte— tiene múltiples aspectos, mas ellos, en su desconocimiento de lo criollo, o en su criollismo exitista, le ven uno solo, y ya se creen poseedores de sus secretos.

Si este libro obtiene el éxito que merece, Amorim verá con asombro cuántos tontos le van a afirmar que han visto la carreta que él pinta, casi diría, que él —máxima condición— ha creado. La carreta de Amorim no constituye un episodio común de la epopeya campesina; no era nada común ni habrán visto muchos un prostíbulo rodante, sino por excepción. Ello no le quita mérito: se lo da más bien. Copiar, trasladar episodios vulgares es menos importante —siempre dentro de la obra de arte— que crear. Aunque ese tipo de carreta haya existido —caso de excepción— no

puede negarse que Amorim lo ha creado; y al decir crear, no me refiero a la invención pura, sino al hecho de comunicarle vida patente al ser, o al objeto ser que presentamos, haciendo de él un arquetipo.

El artista necesita el documento ambiente, de un modo distinto al historiador. Y sobre todo; no es necesario ser un capítulo de él, como muchos creen. No es necesario, y a veces ello estorba, impide ver lo fundamental por perderse en detalles, detalles supérfluos que suele borrar la distancia. En el escritor, tiempo y distancia, respecto al documento, son como rachas de invierno: arrasan con el follaje efímero, dejando el tronco desnudo y recio.

Si Amorim se hubiera quedado en su Salto y en su estancia, hubiera llegado a ser un buen estanciero, mas quién sabe si un buen escritor. Acabo de leer no sé en donde: «el paisajista no debe formar parte del paisaje». Para saber cómo somos, se lo preguntamos a Waldo Frank, a Keyserling, a Ortega y Gasset (conste que no mento a Paul Morand). José Hernández, guerrero, comprador de ganado, periodista, taquígrafo y ministro de hacienda en Corrientes, escribió su «Martín Fierro» en el ocio de una fonda porteña. Bartolomé Hidalgo, el de los «diálogos» y los «cielos», era montevideano. Estanislao del Campo, no era del campo sino de la ciudad. Antonio Lussich, el de «Los tres gauchos orientales», que le dió el «vamos» al «Martín Fierro», un magnate; Elías Regules, médico y rector de

la Universidad; «El Viejo Pancho», un español que jamás perdió el dejo castizo; Acevedo Díaz, cronológicamente, nuestro primer novelista de alcurnia, político; Javier de Viana un bohemio ciudadano; 'Carlos Reyles, viajero del Mundo, le da a España la novela más apasionante del toreo, etc., etc., y en estos etcéteras entramos muchos.

La capacidad de compenetración con el ambiente del campo, del gaucho desaparecido, es un fenómeno complejo, proveniente de factores que cierran un círculo dentro del cual está vivo el héroe nacional: el gaucho. El que siente en sí trabajar esos factores, lo asimila. Es la atracción varonil que nos tironea desde ayer. El tema es lindo para galoparlo. Se es gaucho por admiración: Hernández; o por desprecio: Sarmiento. El caso primero es arquetípico, el segundo, excepcional. De ahí el apasionamiento ciego de los criollos, quieren quedar viviendo en lo antiguo, en la leyenda. Casi todos los escritores criollos, renegaron y reniegan del progreso. En poesía yo soy el primero que sintiendo y amando la leyenda, le canto al porvenir y a las «chinas» rubias que nos traen un nuevo paisaje.

Esa asimilación del gaucho, es un episodio subjetivo, que hay que nutrirlo de realidad.

Logrado, aunque sea por una vez, el contacto con lo real ambiente, germinado el espíritu, podemos alejarnos de la fuente documentaria y escribir nuestra obra desde Montevideo o desde París.

De ahí que, aun partiendo de un punto, haya

tantos aspectos del campo como escritores le tratan. Si no fuera así, el asunto se habría agotado ya. Si así no fuera no habría obra de arte.

Es lógico pues que Amorim lo vea a su modo. El trae un aspecto inédito en nuestra literatura. Muchos hemos visto el campo en la claridad, en lo poético, desde el pasado o yendo hacia el futuro; todo ello cernido por lo subjetivo, aunque esté devuelto en luz. Amorim —como he dicho— lo da en la sombra, en lo vagabundo-real hasta mellar los ojos, aunque sea caso de excepción el episodio central del vehículo que tenía rumbo fijo sólo cuando se detenía. El ha levantado la piedra; ahí están, moviéndose, en la mancha oscura y húmeda, —como bichos inmundos— los seres dejados de la mano de Dios.

Y ya está dicho lo que quería decir. Lo demás es lo común; la verdadera crítica de la obra que la hagan los críticos, que lo digan otros. Mas no se crea que le saco el cuerpo al asunto. En cuatro palabras: «La Carreta» es una novela iniciadora de otro aspecto del realismo campestre. A este libro puntero se le puede jugar plata en el tiro literario, siempre que el tiro sea largo. Parejero que irá lejos. Cuando sea olvidado quedará en las historias de las letras como una flecha señalando un camino.

Ahora, como detalle, señalo el episodio que creo más alto, página maestra, el sueño de «Chiquiño», la pesadilla antes de morir. Novela sin técnica —como la vida— cuyo per-

sonaje central es la propia carreta canalla y miserable con su carga humana de lo mismo. Nunca árbol alguno tuvo destino más bajo que el que dió madera para esa carreta que concluye en boliche. Y cosa singular: la vemos quedarse en su último «peludo», hasta con tristeza.

FERMÍN SILVA VALDÉS

EDICIONES TRIANGULO

BUENOS AIRES